

Cees Nooteboom
Lluvia roja

El Ojo del Tiempo **Siruela**



CEES NOOTEBOOM

Lluvia roja



Ediciones Siruela

Table of Contents

[La memoria como preludio](#)

[Murciélago](#)

[El jardinero sin jardín](#)

[Isla](#)

[Vecinos](#)

[Correo](#)

[Gallina](#)

[Freixura](#)

[El jardinero sin jardín](#)

[Intermezzo I](#)

[Encuentro con una mayúscula](#)

[Huellas](#)

[Lluvia roja](#)

[Primeros viajes](#)

[Solo o acompañado](#)

[El Gran Río](#)

[Gran Río](#)

[El rey de Surinam](#)

[Herbario](#)

[Turbulencias](#)

[Absenta y Ambré Solaire](#)

[Pseudoinfarto precoz](#)

[La espalda del viajero](#)

[Rembrandt Hotel](#)

[Pastor alemán](#)

[Intermezzo II](#)

[Un encuentro en Recanati](#)

[Entre mañana y ayer](#)

[El paraíso al borde del tiempo](#)

[El camino](#)

[El camino](#)

[Obras de Cees Nooteboom](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Índice

Cees Nootboom

[Cubierta](#)
[La memoria como
preludio](#)
[Murciélago](#)
[El jardinero sin
jardín](#)
[Isla](#)
[Vecinos](#)
[Correo](#)
[Gallina](#)
[Freixura](#)
[El jardinero sin jardín](#)
[Intermezzo I](#)
[Encuentro con una
mayúscula](#)
[Huellas](#)
[Lluvia roja](#)
[Primeros viajes](#)
[Solo o acompañado](#)
[El Gran Río](#)
[Gran Río](#)
[El rey de Surinam](#)
[Herbario](#)
[Turbulencias](#)
[Absenta y Ambré
Solaire](#)
[Pseudoinfarto precoz](#)
[La espalda del viajero](#)
[Rembrandt Hotel](#)
[Pastor alemán](#)
[Intermezzo II](#)
[Un encuentro en
Recanati](#)
[Entre mañana y
ayer](#)
[El paraíso al borde del
tiempo](#)
[El camino](#)
[El camino](#)
[Obras de Cees
Nootboom](#)
[Notas](#)
[Créditos](#)

Lluvia roja

Traducción del neerlandés de
Isabel-Clara Lorda Vidal

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

Lluvia roja

La memoria como preludio

Murciélago

Heredé Murciélago hace años. No un murciélago cualquiera, no. Me refiero a Murciélago, una gata gris de raza cartuja, un nombre que me encanta porque me aficioné a visitar monasterios cartujos en mis viajes por España. Los monjes cartujos, a diferencia de los de otras órdenes contemplativas, llevan una vida solitaria y común. El cartujo es un ermitaño dentro de una comunidad. Vive en una celda donde recibe la comida a través de una trampilla. No ve a los otros monjes sino durante el rezo, las faenas del huerto y dos veces por semana durante un largo paseo, detalle este que a mí me agrada mucho. En Holanda ya no quedan cartujos, se han extinguido.

Bueno, en realidad de lo que quería hablar es de mi cartujo, de Murciélago. Mi gata no es un monje, aunque algo tienen en común ella y los cartujos, pues Murciélago vive aquí nueve meses al año en completa soledad.

¿Cómo se hereda una gata? En cierta ocasión le dejé mi casa de la isla a un irlandés, un tipo peculiar, no abstemio, que respondía al nombre de JohnJohn. El hombre no tenía dónde quedarse. Unos amigos me sugirieron que le dejara pasar la temporada de invierno en mi casa para evitar humedades, pues eso perjudica a los libros (cada vez que regreso, éstos despiden un leve olor a moho y soledad). Como contrapartida, JohnJohn nos abonaría una suma simbólica. Nunca llegó a hacerlo. A cambio nos regaló Murciélago, pues no sabía qué hacer con la gata. Dijo que vendría a recogerla a finales del largo verano. Dicho y no hecho. Murciélago, nos comentó, había recibido ya un «tratamiento», de modo que no debíamos preocuparnos por la hueste de gatos solteros que merodeaban por la isla. A partir de aquel momento nuestra única preocupación fue Murciélago. Le pusimos ese nombre porque se parecía a un murciélago, con sus lindas orejas radar y su habilidad para «casi» volar. En la isla abundan los muros de grandes piedras sueltas. Quien haya visto a Murciélago subir a un muro de éstos no puede concebir que tras un salto de dos metros no continúe su vuelo hacia la estratosfera.

La gata no tardó en adoptarnos. Una vez adoptados nos adiestró para realizar una serie de acciones: ponerle la comida a unas horas determinadas, dejarle un sitio libre en una esquina de la cama para cuando regresara de la caza o de la discoteca a las cuatro de la madrugada, levantarse (nosotros, se entiende) por la mañana sin hacer ruido dado que ella no empezaba el día hasta aproximadamente las once. La gata, por su parte, memorizó el sonido de nuestro viejo Renault 5 como punto de partida de una sucesión lógica de acontecimientos: si se alejaba el sonido, los compañeros de casa, o al menos uno de ellos, se ausentaban; si el sonido regresaba, se colocaba junto a la verja, acompañaba a la cocina a uno de los compañeros de casa, inspeccionaba qué habían traído esta vez del mercado o del supermercado, y, por último, festín.

Al cabo de tres meses nos habíamos habituado a la convivencia. Murciélago se acostumbró a despedirnos varias veces al día. No estaba claro adónde iba cuando nosotros salíamos. Nuestra casa está en el campo y la carretera termina prácticamente delante de ella. Algo más allá, debajo de dos altos árboles, vive el cerdo de los vecinos, un animal de considerables dimensiones, y después empieza la tierra de nadie, campos cultivados y otros abandonados, cercados todos por sus muros de piedras apiladas, algunos cubiertos de zarzamoras y otros de matorrales mediterráneos. Cuando nos

marchábamos, la gata salía disparada en dirección al cerdo. No quería de ningún modo que la siguiéramos, razón suficiente para que no nos preocupásemos en exceso por nuestra partida («ya se espabilará»). Sin embargo, nunca logramos quedarnos tranquilos. Mi otra vivienda está en Holanda y paso gran parte del año viajando. Me era imposible llevarme a Murciélagos a Japón o a Australia. Además, mi jardín era el territorio de Murciélagos, su terreno de caza, su hogar. Trasladar la gata a una ciudad habría sido un crimen. Y no obstante, cada vez que nos marchábamos nos sentíamos culpables. ¿Cómo se las apañaría la gata sin nosotros? Cuando nos la regalaron era todavía pequeña (por aquel entonces se llamaba Mrs. Wilkins, ridículo nombre que le puso JohnJohn y que nosotros le cambiamos enseguida). Su mundo era nuestra casa de Menorca, cierto, pero dejar la sola durante nueve meses olía a traición. La gata no reaccionó cuando nos marchamos. Se quedó mirando algo sorprendida las doscientas latas de Whiskas que habíamos encargado y que nos entregaron un día de finales de septiembre, pero por lo demás no se inmutó. Ni siquiera nos preguntó si no sería mejor pasar el invierno en la isla, que es cuando las lluvias y las fuertes tormentas expanden el aire salado del mar. Hablamos con Nuria, la vecina que vive a unos doscientos metros de nosotros, y acordamos que le daría de comer a diario a la gata. La verdad es que no teníamos claro (ni nosotros ni Murciélagos) si lo haría ni cómo lo haría. El día de nuestra partida fue dramático, pero Murciélagos nos ahorró la vergüenza desapareciendo de casa. ¿Qué sucedería cuando a las cuatro de la mañana la gata descubriera de repente que ya no estábamos allí? ¿Cómo reaccionaría cuando nadie regresara del mercado con pescado fresco y cuando no pudiera ya saltar el muro, como cada noche, en el preciso instante en el que nos disponíamos a empezar el segundo plato? Nunca lo sabremos. De vez en cuando llamábamos a Nuria desde un país lejano para preguntarle por el gato (a Nuria le parecía un sinsentido que Murciélagos fuera gata), y ella siempre nos contestaba que estaba bien. ¿Qué pensaría Nuria de nosotros? Probablemente nos consideraba un par de locos sentimentales que se habían encaprichado de un gato, elegido entre los cientos de gatos vagabundos de la isla, para procurarle una vida con casa propia y servicio. En cuanto a la gata, imposible saber qué pensaba. Ella no escribía ni cogía el teléfono ni llevaba un diario. Lo que sí sabemos es que cuando regresamos a la isla después de nuestra primera partida, hace ahora ocho años, tardó todo un día en aparecer por casa. Seguramente se detuvo a estudiar el panorama desde la distancia antes de volver, desempolvó del archivo de su memoria el sonido del coche y tal vez también el de nuestras voces. Lo único cierto es que aquella primera noche, a las cuatro de la madrugada, escuchamos de repente un *plof* y vimos que el abriguito de piel había vuelto a apoderarse de la esquina de la cama.

Así continuó la cosa durante años: tristeza al despedirnos y alegría al regresar, al menos por nuestra parte. A ella no le interesaban los relatos de nuestros viajes: Japón no le decía nada, América tampoco. Nunca quiso leer mis libros, ni siquiera aquel en el que figuraba ella misma (*La historia siguiente*). Sólo manifestaba su emoción ante el olor de las sardinas a la brasa u otras delicias que en invierno no existían. Eso sí, a veces, muy de vez en cuando, y sin que supiéramos por qué, buscaba un regazo y se ponía a ronronear como un viejo motor de barca. Misterios.

Sin embargo, en cierta ocasión, en uno de nuestros regresos a la isla, todo fue

diferente. Murciélago apareció como solía hacerlo, sí, pero esta vez con el abrigo hecho jirones y con los ojos turbios y velados. Se arrancaba constantemente mechones de pelo y un ojo no paraba de llorarle. El velo de los ojos se le oscureció cada día más. Como no había manera de meter a la gata en una cesta o en una jaula, nos plantamos nosotros mismos en la consulta del veterinario del pueblo. La veterinaria, una chica muy seria que no aparentaba tener más de dieciséis años, nos dedicó una disertación sobre lombrices, pulgas y demás parásitos indeseables. ¿Comía bien la gata? No paraba de comer. ¿Y aun así estaba delgada? Patéticamente delgada, una sombra. ¿Podíamos garantizarle que la gata estaría en casa cuando fuera a visitarla? No, no podíamos. Al final logramos ponerle gotas en los ojos y hacerle tragar las pastillas combinándoselas con pedacitos de calamar o de conejo, pero nos resultó del todo imposible meterla en la jaula.

Hasta que una señora entrada en años nos prestó su jaula, mucho más grande que la nuestra. La señora transportaba en ella a su perro de lanas, de la isla a la península y viceversa. Entretanto conseguimos la dirección de un matrimonio de veterinarios residente en la ciudad. La primera consulta la hicimos de nuevo sin Murciélago. La veterinaria, una alemana joven, nos atendió bajo una galería de retratos de perros y gatos. Ninguno de ellos se parecía a Murciélago. Acordamos con la veterinaria que yo volvería a casa para intentar capturar a la gata. Si lo lograba, regresaríamos enseguida a la consulta. Tras tres intentos, lo conseguí. Fue una experiencia horrible que jamás olvidaré. Murciélago no entendía lo que era una jaula, y, una vez dentro, su estupor adquirió la forma de un sonido que parecía salir de un gato trescientas veces mayor, una especie de monstruo subterráneo. Era como un rugido de pavor y pena por sentirse traicionada, cuya intensidad aumentó cuando colocamos al animal en el asiento trasero del Renault. El rugido no cedió hasta que en la sala de espera de la consulta se puso a examinar a través de los barrotes de su jaula a los otros gatos enjaulados y descubrió un perro inmenso que temblaba y aullaba flojito como si estuviera a punto de desfallecer. Ésta era mi primera consulta a un veterinario. El doctor, un hombre joven y rubio, me preguntó si la gata se pondría muy fiera y le contesté que sinceramente no lo sabía. Yo la veía muy tensa en su jaula provisional. Miraba a su alrededor con una desconfianza capaz de cualquier cosa. Pero fue mejor de lo que me esperaba. Con gran maestría, el doctor la sacó de su prisión y la inmovilizó sobre la mesa dejándola inerte. A continuación le palpó el cuerpo, le abrió la boca felina y analizó y evaluó el arsenal de armas que había en su interior. Murciélago gruñía pero no se movía, y a mí se me impuso la tarea de imitar esa pericia de inmovilizarla sobre la mesa. El cuerpecillo de la gata palpitaba entero, como si por dentro fuera todo corazón. Aun así, se dejó rasurar la pata con una bonita cuchilla de afeitar para gatas. Le extrajeron sangre, una sangre muy roja y fluida, y le pusieron una inyección con una jeringuilla que a su lado daba la impresión de ser enorme. Ya nos podíamos llevar a la gata, nos dijo el veterinario. En aquel momento nos enteramos de que tenía nueve años, pues ésa era la edad que le calculó el doctor. Cuando llegamos a casa, la gata salió disparada como un cohete. No quería volver a vernos nunca más. Resolvió alimentarse en adelante exclusivamente de lagartijas, pequeñas tortugas, saltamontes y ratones de campo. Sin embargo, al cabo de dos horas se presentó para comer como si nada hubiera ocurrido. ¿Acaso había ocurrido algo? Tres días después nos comunicaron que sus riñones e hígado estaban bien, que el

velo de sus ojos desaparecería en breve, que la piel volvería a brillarle y que nos esperaban aún años de felicidad compartida. Bastaba con administrarle unas gotitas por aquí y unas pildoritas por allá. La salud de la gata era en aquel momento mejor de lo que jamás ha sido la mía.

¿Y ahora qué? Se acerca el día de la despedida anual, los primeros dardos de remordimiento nos hieren el alma. La jaula ha sido devuelta al perro y Murciélago hace como que no pasa nada. Cuando nos sentamos a comer se sube al muro de un salto y se tumba con el trasero hacia nosotros. Participa de nuestro segundo plato a pesar de haber comido ya. Luego se marcha en dirección hacia el cerdo y se pierde en la oscuridad. Estamos seguros de que regresará a las cuatro de la mañana, y al amanecer salimos de la cama con cuidado.

La conclusión es que los gatos creen en la eternidad siempre que no les vengas con una jaula.

La eternidad de Murciélago duró ocho años más. Mi eternidad será en proporción igual de breve. En ella distingo a veces la sombra de mi gata deambulando entre los cactus, una diosa del hogar cenicienta que protege a los árboles y a los hombres contra el pulgón verde, las tormentas del invierno y los arrebatos de melancolía.

El jardinero sin jardín

Isla

1

De modo que en mi isla española, enfrente de mi casa, tenía yo a Nuria, Pere, el pino y tres niños pequeños. Su casa era propiedad de la mujer de Pasqual, hermano de Pere. Junto a ellos vivía un payés, con la espalda encorvada de tanto trabajar. Su hijo, si llegaba a viejo, estaba destinado a acabar igual. El viejo payés, de cuerpo retorcido y nudoso como una cepa de viña, me vendió una finca justo antes de marcharse. Necesitaba el dinero para la boda de su hija. Más tarde me topé con él alguna vez en el pueblo, acompañado de su hijo, y luego dejé de verlo.

Ambos hombres, padre e hijo, eran como la tierra de cultivo, una especie en extinción. La finca ha dejado de cultivarse porque no es rentable. Está rodeada de otros campos en barbecho, pequeñas parcelas delimitadas por muros construidos con piedras sueltas y sin cimentar que se deterioran con extrema lentitud. Esos campos pertenecen a unos propietarios invisibles que dejan dormitar la tierra en los catastros con la esperanza de que aumente su valor. Es tierra no edificable. Yo estoy rodeado de todas esas fincas llenas de cardos y zarzas silvestres, el paraíso de las lagartijas y las tortugas. Alguna vez aparcen allí durante un tiempo a un caballo o un asno. Los albaricoques, ciruelos y limoneros han ido sucumbiendo. Con sus estacas reseca, se han ido transformando en monumentos funerarios erigidos a sí mismos. Los he dejado tal cual, porque hasta hace poco no tenía suficiente agua para regarlos durante el verano, que aquí es extremadamente seco, y porque protegen mi silencio. Además, ya tenía suficiente trabajo con el jardín.

Hace casi cuarenta años que llegué a este lugar por primera vez. La casa debió de pertenecer originariamente a un pequeño payés o un jornalero. Tuve que hacer obras y levantar nuevos muros. La casa era blanca, como todas las de aquí. Incluso las tejas estaban encaladas para resistir el tórrido calor del verano. Dos cosas quedaron claras desde el principio: el agua y Nuria. El agua porque no había, y Nuria porque se la oía por todas partes. Reconocería la voz de esa mujer hasta en mi lecho de muerte, una voz penetrante y aguda con la que era capaz de hacer regresar a sus hijos de los confines del mundo. Hablaba el dialecto de la isla, que en opinión de los isleños es una lengua, pero que en realidad es una variante del catalán. A menudo sopla en la isla la tramontana, y con idéntica frecuencia el *xaloc*. Junto con los demás vientos, todos ellos portadores de bellos nombres, han contribuido a que los isleños hayan desarrollado una lengua dura, que rebota, con la que son capaces de hablar contra el viento, una lengua que suena a fragmentos de tiestos de barro arrojados a un barreño de zinc. El menorquín leído es una lengua bellísima, una lengua antigua. Es como si estuvieras leyendo una epístola medieval, sobre todo cuando el texto se refiere a temas feudales, como la distancia que ha de haber entre tu casa y un pozo contiguo cuando pretendes conseguir un permiso para construir tu propio pozo. El agua se denomina aquí *aigu*, un nombre que la transforma en una sustancia distinta, con la que hay que ser muy cuidadoso y que conlleva derechos y obligaciones.

2

En las islas, el mundo se divide en salado y dulce. En ocasiones, cuando me embarga la necesidad de ver el mundo con más claridad, me dirijo al otro extremo de la isla y estaciono mi coche junto a una vieja escuela absurdamente solitaria desde donde arranca el camino empinado que conduce a Santa Águeda. Es una buena subida. Las grandes piedras que parecen haber sido arrastradas hacia abajo por un torrente hacen el camino bastante intransitable. En invierno, la subida se vuelve aún más dura. La lluvia convierte el camino en una corriente de agua. En verano, es un cauce seco que de repente se transforma en un estrecho sendero pavimentado. Menorca ha sido ocupada por pueblos de todo el mundo. Alberga un gran número de enigmáticos monumentos prehistóricos de enormes piedras construidos por los indígenas. Nadie entiende cómo lograron apilar esos bloques de piedra. Más tarde llegaron los íberos, los fenicios, los romanos, los aragoneses y los catalanes. Y del norte de África y de la Andalucía islámica llegaron los árabes, a los que aquí siguen llamando «moros». Mucho tiempo después, también los holandeses pasaron por Menorca. Los franceses tuvieron aquí una guarnición. El nombre de mi pueblo, Sant Lluís, se puso en honor de quien fuera rey de Francia, Luis XV. Finalmente desembarcaron los ingleses, que dominaron medio mar Mediterráneo gracias al importante lugar estratégico que ocupaba la isla. Aunque ya mucho tiempo antes, desde las redondas torres vigía apostadas a lo largo de la costa, los menorquines escrutaban el mar para defenderse de los invasores. En cuanto divisaban naves enemigas, encendían grandes fuegos en las torres, y así, mediante señales de fuego, enviaban avisos al resto de las torres de la costa.

Las torres siguen existiendo, al igual que las ruinas de un gran castillo que los árabes erigieron en 1100 en la cima del monte de Santa Águeda. De vez en cuando subo a la cima de ese monte de trescientos metros de altura transitando por un sendero agreste y empinado. El camino está pavimentado con toscas piedras de gran tamaño. Me complace pensar que fueron los romanos quienes las colocaron. A medio camino se encuentra un curioso lugar de reposo. Ahí, entre unos matorrales silvestres, junto a un cobertizo en ruinas, yace el esqueleto de un coche, de los años veinte o treinta, atravesado por un pequeño árbol. He visto ese coche pudrirse lentamente a lo largo de decenas de años. Creo que es un Hispano-Suiza. Las lluvias del invierno lo han cubierto con una capa de óxido de color escarlata, como sangre reseca. Todo cuanto podía desguazarse ha desaparecido. Sólo el volante asoma torpemente por arriba, como un signo de desesperación. Es imposible que alguien llegara a esta altura en coche. Y sin embargo ahí está, embarrancado a medio camino de la cima. El conductor debió de ser tremendamente terco o estar muy borracho. Esa imagen siempre me proporciona materia para pensar, con la que me entretengo durante el resto de la caminata.

La cima de ese monte es un lugar misterioso. Además de los soldados ingleses, debió de vivir ahí en cierta época una familia de payeses. Hace un par de años aún se veían corderos por allí, pero han desaparecido también. Hay una casa, tan desvencijada como el coche.

Una casa destripada suele causar una cierta desazón. Aquello seguramente fue la

cocina: una mancha de tizne se extiende hasta la chimenea derruida. Una franja descolorida recorre la pared donde alguna vez colgó algo. ¿Un calendario? ¿La imagen de un santo? El lugar está preñado de ausencias, el viento sopla a través de él. Las higueras se han inclinado a causa del poderoso viento del norte, el pozo está lleno de piedras. Y ahora viene el siguiente misterio. Desde aquí puedo divisar la costa norte y sur de la isla, literalmente un mar de agua cuyo sabor salado me resulta familiar. ¿Qué hace entonces un pozo aquí arriba, a esta altura? ¿Qué profundidad tuvo que tener para poder sacar de él agua dulce?

Para llegar de aquí al pueblo más próximo se tardarían dos horas en asno. La soledad debió de ser absoluta en este lugar, la miseria también. Quienesquiera que fueran los que aquí vivieron, tenían el mundo a sus pies. A lo lejos divisó las calas, el cabo de Cavalleria con sus acantilados y su faro, los bosques de pinos y campos de cultivo, granjas apartadas, y, hacia el sur, las barcas de vela sobre esa impresionante llanura de color azul metálico que es el mar.

Quien tiene sed piensa en agua. Una vez más salí a caminar sin suficiente agua. Me senté en el borde del pozo muerto y pensé con cierto dramatismo en un verso que un día se me quedó grabado en la memoria y de cuyo autor no recuerdo el nombre. «Je meurs de soif au bord de la fontaine» (De sed muero cerca de la fuente). Y ello me lleva a la historia de mi propio pozo. Resulta que a mi casa le correspondía el derecho de uso de un pozo seco, compartido con otros dos vecinos. El agente inmobiliario que me vendió la casa me llevó a verlo, porque un pozo es un buen argumento de venta en ese mundo. Era muy profundo, pero no se veía ni una gota de agua, sólo un embudo invertido de piedras apiladas y al fondo nada más que oscuridad.

Ése era pues mi pozo. Se encontraba junto a la casita anexa de los vecinos y estaba muerto y bien muerto. Para poder activarlo tenía que pedir permiso a los otros dos propietarios. Naturalmente ellos también tendrían derecho a sacar agua. Pasqual y su hermano Pere no tenían ningún inconveniente, pero no estaban dispuestos a contribuir a los gastos de la obra. Conseguían el agua de un payés que vivía en las inmediaciones, propietario de un pozo enorme y potente al que estaban conectados mediante unos conductos subterráneos y a quien pagaban por hora. A ambos lados se abría el grifo y el valioso líquido entraba en sus cisternas, las cuales almacenaban también agua de lluvia.

Para mí se pensó en otra solución, y así entraron en mi vida Bernardo y su mula. Mi cisterna tenía capacidad para albergar cuatro mil litros de agua. Se resolvió que una vez a la semana Bernardo acudiría a mi casa acompañado de su pobre mula, que arrastraba un barril redondo con ochocientos litros de agua. Y así fue. Venía cinco veces seguidas, lo cual era suficiente para una semana de agua destinada a las personas, árboles y plantas. La cisterna se cerraba con una tapa de hierro pesada que yo apenas lograba levantar. De la tapa colgaba un aro al que estaba ligada una vieja cuerda azul, una verdadera máquina de tortura para una persona con la espalda delicada. Entretanto, con la temeridad del urbanita, yo había plantado dos jóvenes palmeras (ahora son unos gigantes adultos), y además tenía un ciprés y un granado. Así que de repente me vi encabezando una familia vegetal de cuyo bienestar era responsable. Había suficiente luz, pero el agua tenía que llegar con Bernardo y eso era todo un ritual. El hombre levantaba la tapa del

pozo con gran ostentación de fuerza y los dos nos quedábamos mirando el fondo, casi siempre velado por grandes telarañas de las que no podía imaginar que no acabaran en mi agua potable. Con todo, nunca me puse enfermo. Sí recuerdo sin embargo el eterno miedo a excedernos con el agua; la tapa que había que levantar y el sonido metálico de aquel gran hierro redondo cuando volvía a caer; el fondo hueco del pozo, un poco inquietante, como una cueva, donde se atisbaba ya sólo un poco de agua cubierta por una capa que inspiraba poca confianza.

Cuarenta años son muchos, mucha gente desaparece a lo largo de ese periodo. Uno se hace consciente de ello cuando se centra en una determinada etapa de su vida. Bernardo, la mula, el carrito con el barril, todos han desaparecido. Después de Bernardo vino el jardinero, cuyo nombre nunca llegué a saber. Le llamábamos sencillamente «Señor» y nos referíamos a él como «el jardinero». Él se ocupaba de que yo, al igual que los vecinos, recibiera agua del gran pozo que estaba lejos de casa y que era propiedad de un hombre muy mayor. El jardinero pasaba por casa una vez a la semana. Llevaba siempre un sombrero de paja, era un poco ingenuo pero muy amable, se ocupaba del agua, hacía alguna que otra chapucilla en el jardín, y arrojaba todo cuanto amontonaba con el rastrillo por encima del muro a la parcela de al lado, donde yo ya no llegaba con el agua. Pero tal vez debería explicar antes cómo son los muros de por aquí. Menorca es pródiga en piedras, y, desde hace siglos, la única manera de eliminarlas para labrar los campos es extraerlas de la tierra y construir con ellas los muros. Ese tipo de muros usados como cercas recibe el nombre de «pared seca». Seca porque en su construcción no se emplea ningún tipo de aditamento. Puede que haya cien mil muros de esta naturaleza en la isla. La técnica que se emplea para su construcción es verdaderamente magistral. Todo cuanto se necesita es un gran número de piedras, dos hombres y una cuerda. Las piedras son desiguales en tamaño. Habrá algún lugar donde las piedras grandes se partan para obtener pequeñas, aunque la mayoría de las veces eso no es necesario. Todo ese arsenal de piedras, grandes y pequeñas, se extrae de la propia tierra. Los dos hombres se colocan a cierta distancia el uno del otro, cada cual junto a una pila de piedras, sujetando un extremo de la cuerda. El resto es obra de los ojos y de la tradición: saber exactamente dónde colocar cada piedra, encima de cuál, al lado de cuál. El muro se va formando allí donde se encuentra el constructor, veinte, treinta, cuarenta metros de largo, con al menos un metro de anchura. En el interior de la pared seca, aunque eso sólo se percibe derribando un trozo de muro, están las piedras más pequeñas, de un color mucho más claro al no estar en contacto con el aire exterior. Entre las piedras viven lagartijas y una especie amable de rata de campo. Al pie del muro, las tortugas han debido de encontrar un camino hacia el interior de la pared, aunque ya se encargan ellas de que nadie sepa por dónde se cuelan. Sólo cuando hace mucho calor se atreven a acercarse a la terraza para pedir agua en silencio.

Algunos muros disponen de una especie de escalerita. Ésta se construye insertando perpendicularmente en el muro dos o tres piedras más grandes, no una encima de la otra, sino en diagonal, a más o menos un paso de distancia entre sí, para que se pueda pasar de un campo a otro sin dar toda la vuelta. En las fotografías aéreas la imagen es fascinante. La isla entera aparece como una telaraña geométrica de hilos de piedra, una

obra de arte que se inició antes de Cristo y que sigue extendiéndose. Artistas anónimos, constructores anónimos.

Después del jardinero del sombrero de paja vino Francisco, un hombre muy grande, con su eterno puro en la boca. Levantaba la tapa de la cisterna como si ésta fuera una plumita y luego, muy concentrado, apuntando con su enorme trasero, se ponía a escrutar el fondo como si ahí abajo se ocultara la solución al misterio del universo. Francisco lo arreglaba todo con el viejo propietario del pozo. En la isla el agua es poder, eso lo comprendí definitivamente el día en que fui a visitar al propietario a raíz de un problemilla. El procedimiento no era sencillo. Primero venía Francisco a ver cuánta agua quedaba en el pozo. Si durante la semana llovía, podíamos tirar con el agua que teníamos y la semana nos salía económica. Después de son dear el pozo, Francisco abría un grifo que había debajo de un gran cactus junto a mi cuarto de trabajo. Luego se dirigía a pie hacia el pozo grande y abría otro grifo. Unos instantes después oía yo la valiosa agua penetrar en mi cisterna, uno de los sonidos más bellos que conozco. Cuando el pozo estaba completamente vacío, el concierto duraba una hora. La peseta ha desaparecido, al igual que el dodo, la pieza de veinticinco céntimos de florín y el dinosaurio, pero yo me veo todavía depositando monedas de cobre en las manos grandes y encallecidas de Francisco, un gesto que también ha dejado de existir. Un par de años después, Francisco empezó a tener problemas en su enorme espalda y le sucedió Estéfano, el nieto del viejo propietario y futuro heredero del tesoro líquido. Un tesoro que ha perdido bastante valor desde que el año pasado recibimos por fin agua del ayuntamiento.

España no deja de ser España, de modo que la *diputada* fue la única persona a quien se le suministró agua mucho antes que a nosotros. La señora vivía cerca de mi casa. Era una socialista de ilustre cuna y parlamentaria europea, razones que justificaban el trato preferente. Se acabaron las pláticas sobre política local, sobre el tiempo y el mundo. La cisterna está vacía, es un espacio hueco debajo de la tierra. Pero las antiguas leyes siguen vigentes, pues no hace mucho se presentó una mujer en mi puerta pidiéndome permiso para algo que al principio no entendí. La cañería de agua no había llegado a su casa y quería construir un pozo, pero, como mi pozo muerto estaba a una distancia de ciento cincuenta metros del lugar en el que ella quería abrir el suyo, necesitaba mi permiso por escrito. Ello volvió a ser motivo de deliberación con los otros vecinos. Éstos hicieron sus cálculos y concluyeron que el pozo grande de Estéfano resultaba más económico que el agua del ayuntamiento. El problema se resolvió en mi ausencia. El ayuntamiento colocó finalmente la cañería destrozando una especie de arbusto que tenía en mi jardín, cuyo nombre nunca supe y que en septiembre solía echar unas florecillas amarillas.

¿Estoy contento ahora? No. Echo de menos mi procesión de santos acuáticos y echo de menos la idea de que el agua es un bien precioso. Y, además, el ayuntamiento ha colocado las cañerías tan cerca del camino que lleva a mi casa que el agua en verano ya no es casi nunca tan fría como cuando salía de la cisterna. A veces miro con nostalgia la poderosa tapa de la que ya no cuelga una cuerda, un círculo de hierro oxidado entre las piedras.

Los muertos dejan a veces pequeñas señales, sólo visibles para quien las conoce. En el tronco de la buganvilla de la terraza, en la parte superior, adonde no llego fácilmente, hay un trozo de plástico negro que Pere colocó ahí en cierta ocasión porque a Murciélago le gustaba ese lugar para afilarse las uñas, a pesar de que a la buganvilla, entretanto convertida en árbol, no le agradaba.

El castellano era para Pere una lengua extranjera. Él hablaba el menorquín, y como además era un hombre tímido y sólo tenía un par de dientes, me resultaba difícil entender lo que decía. Por si fuera poco, siempre acudía a nuestra casa de mal humor, pues le enviaba Nuria, cosa que él no soportaba. Pero Nuria no se andaba con chiquitas, de modo que él no tenía más remedio que someterse a sus órdenes. Hacia el mes de octubre, Nuria le enviaba a nuestra casa a preguntarnos si podía recolectar para sus cerdos nuestros higos chumbos, el fruto del cactus que en Francia denominan *figues de Barbarie*. Ahora que Pere está muerto y yo he aprendido al fin cómo pelar los higos chumbos sin que se me claven en la piel esos numerosos pinchos, finos como pelos, sigo preguntándome cómo es posible que un cerdo disfrute de esa manera devorando un cepillo duro. En noviembre yo ya no solía estar en Menorca. Por esas fechas siempre nos llegaba una petición de los vecinos: que si les dábamos permiso para usar en nuestra ausencia la vieja mesa de panadero, que es nuestra mesa para comer. Se trata de una mesa rectangular antigua hecha en la isla, compuesta de un tablero de tres tablas lisas, un cajón enorme y unas cuantas piezas de tronco de árbol como soporte. En el siglo pasado amasarían sobre esa mesa la harina para miles de panes. La primera vez que los vecinos me pidieron la mesa no entendí muy bien para qué la necesitaban, hasta que comprendí que usaban mi casa como matadero: la mesa se transformaba en altar para la matanza, celebrada anualmente en noviembre. Yo conocía a la víctima. Estaba seguro de que era la inmensa cerda que vivía un poco más allá, detrás de mi finca, una solitaria reina en un palacio hecho de plásticos y hierros oxidados, que siempre se mostraba muy feliz cuando le llevaba pieles de patata y tronchos de col. Pere la mimaba ofreciéndole los frutos dorados de mis cactus, que ella se tragaba con todas sus agujas, gruñendo complacida. En invierno, cuando nosotros no es tábamos, Pere se ocupaba de arrancar las malas hierbas del jardín. Cada año Nuria nos enviaba una factura llena de garabatos donde constaban las horas trabajadas fruto de su imaginación. También las malas hierbas las arrojaba Pere por encima del muro, pero no nos atrevíamos a prescindir de sus servicios por no alterar la amada paz.

Nuria era una *force of nature*. Debería decir *es*, pues, aunque ya no vive enfrente de nosotros, nos la encontramos regularmente en el camino o en el pueblo. En la antigua Grecia habría sido una diosa no del todo inofensiva. Tampoco ella tenía muchos dientes, pero entenderla no era desde luego el problema, pues su voz lo penetraba todo. Era una mujer bajita, cuadrada, resplandeciente. Me la imagino como el personaje femenino de *Desgracia*, de Coetzee: una mujer sin cuello, enérgica y rebelde, con una mirada aguda que todo lo capta. Era obvio que Pere no lo tenía fácil bajo el régimen de esa mujer. Su único refugio era el bar del pueblo donde los hombres se reúnen a jugar al dominó. Pere trabajaba en la construcción y cultivaba un huerto en la finca de una condesa inglesa,

criadora de caballos. Nada más jubilarse, el hombre se vino abajo como un roble, probablemente para no ser una carga para Nuria o para escapar de ella. Ella estaba sinceramente afectada por la pérdida. Su pena la manifestó una sola vez en un par de frases, y ésa fue la única oración fúnebre que le dedicó, en cualquier caso más larga que la que dedicó a su hermano. No olvidaré la escena jamás. Yo había llegado a casa después de un largo paseo y me encontré a Nuria junto a la verja con el semblante apesadumbrado. Dolor es lo que se leía en su rostro. De modo que le pregunté qué pasaba.

–Horrible –me contestó.

–Pero ¿qué pasa?

–Mi hermano.

–¿Cuál?

Yo sabía que tenía once hermanos, aunque no los conocía ni mucho menos a todos.

–El menor. Se ha suicidado.

Uno contesta en ese caso «qué horror» aun sabiendo que con eso no termina el asunto. Falta formular una pregunta. Y ésta no se refiere al cómo sino al porqué.

La respuesta fue de una sencillez impactante, y, por la manera en que fue pronunciada, no dio lugar a más preguntas.

–Era muy moderno.

Ésa fue toda la oración fúnebre. Era muy moderno. ¿Drogas? ¿Alcohol? ¿Un crimen?

Ni idea. Nuria no dijo ni una palabra más. Tampoco se refirió nunca más a Pere. Los dos recibieron sepultura en el cementerio del pueblo, ahí donde todos, amigos y enemigos, acaban sus días, junto a esa peculiar rotonda por la que todos los muertos han pasado cien mil veces durante su vida y donde nos reunimos con motivo de la fiesta anual para asistir al espectáculo de los impresionantes fuegos artificiales que simbolizan la despedida del verano.

Vecinos

Al lado de Nuria vivía un hombre viejo y sarmentoso al cual yo llamaba Eumeo, en honor al porquerizo de Ulises, que fue el primero en reconocer al héroe a su regreso a Ítaca. Describiré lo que tengo enfrente. El pueblo al que pertenecemos consta de una calle larga con una iglesia, el *ajuntament* (un vivero político), dos bares llamados Casino y La Rueda y unos pocos pequeños comercios. Todo ello rodeado por un tejido de calles cuya intersección forma ángulos de noventa grados. Las casas son bajas y están encaladas. A diferencia de lo que sucede en Holanda, aquí no hay manera de vislumbrar los interiores de las casas. Las vidas que se desarrollan entre sus paredes son misteriosas. De noche, al caminar por las calles solitarias, se escucha el sonido siempre familiar de las voces de la televisión española, que conectan la isla con el gran mundo de ultramar. Por el pueblo discurre la Avinguda sa Pau (la avenida de la Paz), que fue trazada para descongestionar el tráfico que se dirige al mar. No está permitida la construcción de edificios altos, pero a nosotros ya nos parecen altos los bloques de tres pisos, aunque sólo sea por el hecho de haber visto cómo se edificaban. La isla está plagada de ese tipo de bloques en lugares en los que antes no había *nada*. Por la manera en que pronunciamos esa palabra se entiende que nos referimos a las playas vacías donde ahora se levantan hoteles, extraños senderos que ya no son accesibles para nosotros; en suma: el progreso. En la avenida desembocan un par de carreteras estrechas que constituyen el principio de un laberinto. En cuanto te adentras en ellas alcanzas enseguida un lugar donde no pasan dos coches a la vez, una *zona agrícola* en la que no se puede edificar.

Al final de una de esas carreteras, cada vez más estrecha y sin asfaltar, arranca un camino aún más angosto que conduce al lugar donde viven Eumeo, Nuria y Pere con sus dos hijos y, frente a ellos, nosotros, un hombre y una mujer. Desde 1969. El hombre es el mismo de antes. La mujer, llamada Simone, llegó en 1979. El resto es pasado, pues primero se marchó Eumeo con su hijo, y más tarde Nuria con su tribu. Aquello fue un drama que explicaré más adelante.

En nuestra casa termina el camino y el mundo. Eso hace que no se nos encuentre fácilmente, lo cual es bueno. Un árbol tupido nos protege. Exceptuando el cerdo, el asno y los gallos de Pep, apenas oímos nada. Alto. ¿Quién es ese Pep? Pep es hijo de Pasqual y hermano de Elena, hija de Pasqual y mujer de Jordi al tiempo que madre de Isabel, la cual ama profundamente al asno y sostiene con él largas conversaciones que el animal escucha con paciencia, porque sabe que Isa es la hija única de dos padres trabajadores. Pasqual, que es manco pero todavía muy capaz de salir a faenar, pescar pulpos y cultivar unas inmensas calabazas, es el marido de María Antonia, propietaria de la casa de Eumeo y de su cuñada Nuria. Y el drama fue que María Antonia no quiso renovar el contrato de alquiler a Nuria. Quien crea que la vida rural es sencilla se equivoca. Eumeo se marchó. Su casita blanca de estilo árabe, un anexo de la de Nuria, quedó vacía. Pero Nuria se resistió a abandonar su casa. Ella sentía apego por su pino y por el fin del mundo, al igual que nosotros. Y nosotros sentíamos apego por ella y por el prolongado grito de guerra con el que llamaba a sus hijos cuando éstos jugaban en el campo, por la

manera en que hablaba a Murciélago y se ocupaba del suministro del agua y por las peculiares facturas que nos presentaba una vez al año porque le gustaba controlar las cosas. Conducía su motocicleta como si fuera un caballo de guerra, comadreaba como si fuera un oficio, protagonizaba un drama épico aún por escribir y no sabía leer. Las facturas se las hacían sus hijos, pero en eso no reparamos hasta más adelante, cuando ella ya había perdido la batalla y le habían talado el pino.

Hubo el efímero interregno de la bella hermana de Elena, que se instaló en la casa vacía de Eumeo. La muchacha se relacionó durante un tiempo con un guardia civil que llegaba a casa por las noches acompañado de una radio de música martilleante. Tenía ella unos ojos bellos, de un azul frío impresionante, que al cabo de un tiempo se le pusieron tristes, tras lo cual desapareció el guardia civil y regresó la calma. ¿Y ahora? Ahora viven en la casa de enfrente Jordi y Elena, y en la casa de al lado su hermano Pep. La vida de esa gente es mi reloj. Turno de noche en el aeropuerto (Jordi), acompañar a Isa al colegio (Elena), regresar de noche del restaurante (Pep). Sus coches irrumpen en el silencio con un ruido que aquí en el campo puede resultar ensordecedor. Yo ya me he acostumbrado a él, es una forma de no sentirse completamente aislado del mundo. Pere nos regala tomates y melones cuando es la temporada y alguna que otra vez unos huevecitos, porque sus gallos cantan a las cinco y media de la mañana y piensa que nos despiertan demasiado temprano, no sin razón. A continuación, los acontecimientos del día son guiados por Benno, Yorck y el primer y el segundo Ankor. Recuerdo un verso inolvidable del poeta holandés Theo Sontrop: «El perro cortesano ladra». Yorck, Benno y los dos Ankor son y eran los perros cortesanos, y ladraban cada vez que oían algo que a ellos se les antojaba un acontecimiento, como los pasos de una persona extraña, la bicicleta de Jaume el cartero y todos los ruidos de motor que no identificaban a la primera. Yorck, un perro de caza, grande y melancólico, reacio a ser acariciado, pertenece a Jordi. Tiene un ladrido ronco y profundo y vive escondido en un rincón detrás de la casa. Ya no ladra al oír nuestro coche, pero sí con todos los demás ruidos, en especial con el de la motocicleta del hombre que viene a dar de comer a su caballo Reina, que vive junto a mi cuarto de estudio. Siempre que me desconcentro o me bloqueo al escribir, salgo al jardín y nos miramos. Mejor dicho, yo miro a los ojos de un insondable vacío y ella (Reina es una yegua) queda a la espera de que le dé un higo de la higuera de al lado. Reina es una yegua hermosa, negra y de patas esbeltas, como todos los caballos de la isla. Hay aquí devoción por estos animales, protagonistas de todas las fiestas populares. Los jinetes reciben el nombre de *caixers*. Llevan pantalones blancos y botas, un frac y un bicornio en la cabeza, todo lo cual les confiere un aspecto decimonónico. Los representantes de la nobleza local se suman a la cabalgata, a veces incluso las concejales del ayuntamiento, y no puede faltar el capellán, a quien llaman el *caixer capellá*. Se forma una larga romería, precedida por un hombre montado en un asno que toca la flauta, el *flabiol*. Primero todo el mundo va a misa y luego empieza el baile. La música, siempre la misma, es excitante. Desde todos los pueblos de la isla acuden hombres y muchachos para bailar con los caballos y sus jinetes. Digo bailar porque no sabría cómo describirlo de otra manera. El arte es tratar de que el caballo se mantenga el máximo tiempo posible alzado sobre sus patas traseras. El capellán asiste impertérrito al

espectáculo. Los muchachos bailan prácticamente debajo del caballo, arman jaleo y gritan; la música, incitante, suena con fuerza; los caballos patean el aire con las patas delanteras. Hay que ser un buen jinete para dominar a esos animales, pues las patas deben regresar al suelo en algún momento y preferiblemente sin rozar a nadie. La calle del pueblo se llena de puestos en los que se sirve abundante *pomada*, una mezcla potente de limonada y *gin* inventada aquí en la isla, al igual que la *mahonesa*, que en el mundo entero ha pasado a denominarse «mayonesa».

El propietario de Reina es un primo de Pep y Elena. El hombre acude a diario a cepillar a Reina y a cabalgar un rato, para lo que se cala una gorra especial de terciopelo negro. Entonces veo las cabezas de Reina y del jinete pasando a galope al otro lado del muro. Eso suele suceder cuando nos disponemos a comer, y como Yorck cree que Reina es un perro demasiado grande, le ladra. Cada día. La ciudad de Königsberg tenía a Kant para saber qué hora era, yo tengo a Reina, Yorck y los gallos.

Benno en cambio la tenía tomada con la bicicleta del cartero, que por esa razón ya no quería traernos el correo ni a nosotros ni a los vecinos. Benno era una especie de bola de lana enredada. Con un palo asomando entre su pelambreira habría tenido pinta de escoba mágica. En cuanto se percataba de que lo mirabas, se echaba boca arriba en la tierra, lo cual no contribuía a su limpieza que digamos. Benno y yo nos caíamos bien, y, al contrario que Ankor, andaba suelto y siempre cerca de nosotros, que es lo que a él le gustaba. También Ankor era de Pep, pero a él lo tenía amarrado a una cadena muy corta detrás del muro. Nuestra historia de amor fue breve e intensa. Ankor era muy solitario y no ladraba casi nunca. Era un pastor alemán, no del todo logrado, de ojos tristes, lo cual no mejoró cuando Pep le construyó una caseta de cemento junto al gallinero y lo dejó ahí amarrado a la cadena, que seguía siendo demasiado corta. La caseta estaba detrás de casa, en la finca del vecino. Yo me acercaba sigilosamente por las noches a darle algo de comer al perro y la orgía de gratitud casi me arrojaba al suelo. Cuando Ankor se ponía derecho, atado a su correa demasiado corta, alcanzaba a colocar sus patas delanteras sobre mis hombros. Lo hacía sin ruido alguno, sólo con un suave y agudo gemido de pena incontenible. Intenté en más de una ocasión hablar del asunto con Pep, pero él me contestaba que sólo amarraba al perro en verano mientras él trabajaba en el restaurante. No es que Pep no quisiera a Ankor, pues cuando llegaba a casa por la noche lo soltaba. Yo escuchaba entonces correr al animal como un poseso de un lado a otro del camino. No sé si será algo español, pero lo cierto es que en el campo la gente trata a los animales de otra manera.

Quien abandona su casa en invierno pierde el derecho a hablar. No vale quejarse del jardín ni de los perros del vecino. A partir de noviembre, Pep se llevó a Yorck a cazar conejos, lo cual debió de ayudar al perro a superar su melancolía. En invierno, el restaurante de Pep está cerrado entre semana. Según él, Ankor lo acompañaba entonces a todas partes. Pero transcurrido el primer verano murió Benno, y transcurrido el siguiente, Ankor. Yo aún veo a los dos perros delante de mí, como veo a Murciélagos. Son los únicos instantes en que creo en el más allá. Durante años Nuria echó de comer a

Murciélago cuando nosotros no estábamos. Decían que lo hacía mediante un desafiante grito de reclamo, que empezaba a ciento cincuenta metros de la verja. Nuria no había superado todavía el hecho de haber tenido que abandonar su casa por culpa de los hijos de su cuñado, y aquél era su modo de demostrar que en nuestra casa era todavía bienvenida. Lo único que le preocupaba es que le sucediera algo a Murciélago en nuestra ausencia. Le agradecí que hubiera cuidado tan bien de la gata durante tantos años. Si a Murciélago le sucedía alguna fatalidad, jamás se lo reprocharíamos, le dije, y, si se daba el caso, le pedí que la enterrara bajo la *bella sombra*. Pero Murciélago solucionó el asunto de otra manera: desapareció un buen día y no regresó nunca más. Envenenada, pensaba Nuria lanzando una mirada significativa hacia la casa de enfrente. Yo no me lo creía, pero conviene no inmiscuirse en las tragedias familiares y menos aún si hay una Nuria en juego. Aún recordaba el día en que se presentó en casa con los ojos arrasados en lágrimas preguntando si «esa señora de la televisión» que acababa de morir en un accidente de tráfico era amiga nuestra. A su juicio todos los extranjeros se conocían entre sí, de modo que había acudido a casa a acompañarnos en el sentimiento. Sólo cuando le preguntamos de quién se trataba nos enteramos de que se refería a Grace Kelly. Creo que ni siquiera sintió alivio cuando le aclaramos que no conocíamos a «esa señora».

Exit Benno, exit Ankor. Yo no lograba entender cómo Pep, transcurrido el invierno, se había hecho con un nuevo Ankor, un cachorro de gran tamaño que según él aún tenía que crecer mucho más. Ése sí que era un perro de raza auténtico, dijo él. Sus palabras se me antojaron una última bofetada para Ankor I. Para mí sólo existía un Ankor, pero qué le vamos a hacer, no soy capaz de enfadarme con Pep. Él aprovecha los largos inviernos para arreglar su casa. Sobre su tejado blanco ha colocado una especie de lechuga de piedra y ha construido un pequeño estanque donde los peces de colores nadan en círculos con expresión meditabunda. Nos comentó que tenía la intención de darle un tono rosa a la pintura blanca típica de la isla, pero gracias a Dios logramos disuadirle.

Días lentos. La condesa inglesa pasa cada mañana con su Land-Rover por entre los estrechos muros de nuestra finca para cuidar de sus caballos. Los domingos acude al hipódromo, donde participa en las carreras de caballos con *buggy*. El asno, que antes estaba muy lejos, lo tenemos ahora más cerca. Al igual que nosotros, el animal escucha los largos monólogos de Isa cuando ésta vuelve del colegio y sus padres no están aún en casa. Paco. Así se llama el asno. Y para hablar con él, Isa se sube a un muro y se arrima a su rostro gris. Jordi ha reconstruido los muros alrededor de nuestra casa que habían sido dañados por una fuerte tormenta. Elena nos hace un relato minucioso de sus intentos de perder peso y de las duras oposiciones a asistente sanitario a las que pretende presentarse. Los únicos extraños aquí somos nosotros, porque justo cuando regresa la calma después del verano y la gente vuelve a vivir a sus anchas, nos marchamos a la otra mitad de nuestra invisible vida. Y como los vecinos quieren que entendamos lo que nos perdemos en invierno, el año pasado nos enviaron unas fotos de mi jardín mediterráneo bajo la nieve. Las palmeras, el ciprés, la *bella sombra*, la yuca, los cactus..., criaturas fantásticas, extraños muñecos de nieve en un jardín sin jardinero.

Correo

Antes teníamos a Miquel. Era un hombre muy mayor y tenía cara de pájaro. Recorría, sin perderse, el laberinto de todos esos senderos sinuosos que yo en cierta ocasión comparé con la tela de una araña borracha.

Los perros reconocían sus pasos y lo dejaban en paz. Miquel caminaba al menos cinco kilómetros diarios con sus viejos dedos aferrados al correo. Por aquel entonces no se recibía mucha correspondencia. Miquel era un hombre enjuto, sus ojos penetrantes resaltaban en su cara de pájaro y al caminar se tambaleaba ligeramente. Murió hace ya tiempo. Describí a nuestro cartero en un libro anterior, *Nootebooms Hotel* [1](#). El hombre vestía siempre el mismo traje gris de tela fina cuya chaqueta le hacía la vez de camisa. No lo oía venir nunca, pese al silencio que reinaba en mi casa. De repente oía su voz anunciando: *letter*. Siempre me sorprendía, pues entraba en casa por la puerta trasera. Le temblaban un poco las manos, pero teníamos un remedio para ello. A veces, cuando Miquel consideraba que había transcurrido suficiente tiempo desde la última vez, aceptaba una copita de coñac. En cierta ocasión, con motivo del fin de año, me llegó a Holanda una carta suya. Su estilo de escritura era de otro siglo, como de manual de retórica, al igual que su letra temblorosa. La carta no tenía final. Me deseaba salud y una vida eterna y que regresara en verano, insistiéndome en que él entretanto continuaría siendo mío, mi servidor y proveedor de correo para siempre.

Y así fue, hasta que Miquel, que era soltero y nunca había abandonado la isla, la abandonó por primera vez al tiempo que abandonaba su vida. Siempre que paso por delante de su casita, donde vivió casi noventa años en compañía de su hermana, me acuerdo de aquella vez en que le visité. La casa olía a sus intensos puros negros. Su hermana había preparado unos dulces, que aquí llaman *pasticets*, y él nos sirvió un licor de hierbas tan dulce que los ojos se me arrasaron en lágrimas, ese tipo de lágrimas que no acaban de brotar del todo. Corrían hacia dentro, como un bálsamo. El secreto de su vida eterna.

A Miquel le sucedió el cartero de las gafas. Éste ejercía su oficio con muy pocas ganas, pues le tenía miedo a Benno. Algo en ese hombre sacaba de quicio a la bola de lana, normalmente pacífica. En cuanto oía a lo lejos su bicicleta, Benno echaba a correr tras él y se ponía a bailar a su alrededor. La oficina de correos, del tamaño de una habitación, estaba en un callejón detrás de la calle principal, no lejos de la iglesia. Cuando llevaba una temporada larga sin recibir correo, acudía a la oficina, donde me encontraba con una pila de cartas esperándome. A Benno no podía explicarle que eso era un fastidio, ni al cartero tampoco.

Aquello fue en la época anterior a internet. Yo no tenía teléfono, el correo era mi única conexión con el mundo. Los domingos por la noche podía usar el teléfono para llamar y recibir llamadas en casa de un chino de Rotterdam que había abierto un restaurante en la isla, El Dragón Dorado. Trece años duró ese apaño. El chino se llamaba Kok y había sido un gran viajero. Era un excelente narrador, razón por la cual las cosas se

complicaban un poco. Justo cuando la sopa *wantan* estaba lista, yo recibía una llamada, y cuando él alcanzaba el clímax de su historia volvía a sonar el teléfono desde Holanda. Con todo, yo me negaba a poner teléfono en casa y no me rendí hasta que Kok se arruinó y buscó amparo en el Estado español, que sigue haciéndose cargo de él por el hecho de haber sido el primer chino de la isla.

Al hombre de las gafas le sucedió Jaume, un *beau garçon* de unos treinta años. Por qué Benno le permitía a él llegar a nuestra casa y no al de las gafas es una incógnita. Al cabo de un tiempo apareció Montse, una mujer menuda, guapa y de una sorprendente palidez, como si se bañara a diario en leche de burra. No era menorquina sino riojana, se maquillaba con primor y trabajaba en la oficina de correos. Enviar una carta certificada se convirtió así en un acto casi sagrado, que, por si fuera poco, nos brindaba la ocasión de departir acerca del contenido de *El País*. Junto a ella, Jaume se convirtió en *Lady Chatterley's lover*; era maravilloso verlos a los dos juntos. Al cabo de un tiempo la oficina de correos se quedó demasiado pequeña, de modo que fue trasladada a una bocacalle de la avenida. Inauguraron una oficina moderna que disponía incluso de ventilador. Los expatriados residentes en la zona recogen ahí su correo de unos casilleros de aluminio que cubren toda una pared, una pequeña ágora que yo frecuento poco. Una vez al año asisto a una fiesta que Jaume y Montse organizan en la oficina de correos, donde sirven algo para picar y mucha *pomada*. Acudo para relacionarme con el resto del pueblo, que parece haber sido asolado por un tornado tras tres días de juerga y los fuegos artificiales con los que concluyen la fiesta, unos fuegos de los que no se avergonzaría Nueva York.

Montse y Jaume se casaron el año pasado. Desde entonces ella no ha vuelto a pasar por casa con un certificado. Jaume llega más temprano que nunca, lo oigo silbar en su bicicleta, un hombre feliz. A veces hablamos de Miquel, que recorría a pie todo el trayecto que Jaume ahora hace en bicicleta. Pero es que ahora hay mucha más correspondencia que antes, se justifica Jaume, y entonces nos ponemos a hablar de los muertos y de los vivos y de todo lo que ha cambiado y nunca volverá, y luego él se marcha en su bicicleta con su camisa amarilla que algún diseñador de Correos del lejano Madrid ha inventado para él.

Gallina

Pertenezco a una tribu de nómadas compuesta de dos personas. Ha llegado de nuevo el momento de la travesía anual del rebaño por Francia. Cruzamos los Pirineos en dirección a Aragón, y luego hacia Barcelona y la isla. Nuestro coche, como el de un inmigrante marroquí, va cargado hasta los topes con todos los trastos necesarios para un largo verano: los libros, el archivo, las cámaras, los ordenadores, la salsa *sambal* y el *bumbus*, una mezcla de especias que no encontramos en la isla. Por el camino efectuamos paradas para descansar en casa de amigos en Normandía, Poitou, Bordelais. Y cada año nos detenemos en Jaca, invariablemente, pues ahí está la catedral románica más bella de España. En la antigua bodega que está frente al templo compramos el vino. A continuación nos espera el tumulto de Barcelona y el tumulto aún más denso del barco rápido. El barco lento realiza la travesía por la noche y tarda más de nueve horas, el rápido lo hace en cuatro horas y durante el día, pero es un sufrimiento. Los españoles son adictos al ruido o insensibles a él. En ese barco hay un salón flotante con las sillas todas dispuestas hacia el mismo lado, y en cuanto el artefacto (un *jet-foil*) se eleva por encima del agua, se encienden al unísono todos los televisores, y no de manera normal, sino a todo volumen. La mayoría de las veces se trata de programas infantiles, para que las criaturas aprendan cuanto antes a no leer. Gritos, alaridos, chillidos, la violencia no se escatima. Animales despedazados, personas aplastadas, sangre corriendo por la pantalla, un pandemonio de cuatro horas de duración en el que la civilización humana ha sido abolida. Si te fijas en la gente, te das cuenta de que en realidad casi nadie mira el televisor. Es como si llevaran unos tapones mentales para el oído, contemplan el mar en movimiento, duermen y hablan haciendo oídos sordos al ruido electrónico. Pedir que bajen el volumen no sirve de nada; indicar que apenas nadie escucha, tampoco. «Hay gente que lo quiere más alto», es la respuesta. Subir a cubierta está prohibido. En el único lugar apartado, el bar, resuenan los bajos y los chasquidos de una música pop inmisericorde, para que el pasajero se sienta en casa. Al fin vacaciones.

Hacia las nueve asoma la conocida silueta de la isla. Desembarcamos en el extremo opuesto y cruzamos en coche el paisaje vespertino en dirección al silencioso rincón donde resido. Colinas onduladas, horizontes y pueblos que conozco desde hace una eternidad. Cuando llegamos a casa es de noche, pero no nos importa, pues en realidad no queremos ver nada todavía. Éste es, cada año, el momento de mayor suspense. ¿Habrá venido el carpintero? ¿Y el pintor? ¿Se habrá ocupado el jardinero de lo que le encargamos? ¿Funciona el teléfono? La respuesta es cuatro veces no.

Las contraventanas no han sido pintadas. No han arreglado la puerta. No han talado el viejo árbol. Y el teléfono no funciona. En la casa de los vecinos no hay ninguna luz encendida. Pero Venus aparece en el cielo seguida por un regimiento de estrellas. También aparece el ave nocturna de siempre con su reclamo lejano y melancólico. El alcaraván, la lechuza, todos presentes. Todo está en orden, aquí sí. Son las personas las que no son de fiar. Entonces aparece Leonor, la gata de Pep, que ha reconocido el sonido del coche. Ella es la sucesora de Murciélago. Se presentó en casa el año pasado. En

cuanto Pep se va al restaurante con su hijo, Leonor aparece para comer, dos veces al día. Como sabemos que en su casa también le dan de comer, no entendemos por qué está tan consumida. Es una gata blanca con manchas marrones y tiene la cola quebrada. Por eso la reconozco. En realidad se ha vuelto irreconocible, es casi un esqueleto y está ciega de un ojo. Donde antes tenía el ojo hay ahora una canica azul de plástico sin pupila. Su otro ojo es de color ámbar. Ignoro cómo funciona la memoria de los gatos, pero sé que para ella hoy es ayer y que nunca nos hemos marchado. ¿Dónde está la comida? Tomo a la gata en mis brazos, no pesa nada. Lo que todavía no sé es que ha parido tres crías a las que tiene que dar de mamar. Lo que tampoco sé es que Ankor II ha muerto, al igual que Benno y Ankor I. De todo ello me enteraré al día siguiente. Primero hay que ver si la casa nos deja dormir. Un urbanita en el campo. Otros ruidos. Ningún ruido. Luego, a medianoche, oímos el coche de Pep que reconozco de inmediato, como Leonor. Después su hijo, otro ruido. A continuación se instala el gran silencio, acompañado por el viento en los árboles, ese suave susurro que sólo sabe imitar una batería tocada con escobillas por una mano experta. A las cinco el canto de los gallos, más distante que otras veces. Pep ya no tiene gallos, deduzco. Seis de la mañana, el coche de Jordi, o bien tiene turno de mañana o bien a pescar. A las ocho Elena acompaña a Isabel al colegio, a esa hora yo ya me he sumergido en el sufrimiento del mundo a través del BBC World Service: Afganistán, Irak, Darfur, Bush, Bangladesh, Israel, Fatah, Hamas... Es hora de barrer las bayas del suelo.

Keats, en *Hyperion*: «But where the dead leaf fell, there did it rest» [Y donde la hoja muerta caía, allí quedaba]. Y ésa es pues mi tarea para la primera mañana y para todas las demás.

Il faut cultiver son jardin. Voltaire ya fue consciente de ello, y eso que en su época existían también las noticias internacionales.

No soy un monje japonés, de modo que no les hago reverencias a mis árboles, pero sí los amo. Durante las primeras horas me entretengo con ese maravilloso utensilio que no puede llamarse rastrillo: una estructura en forma de V de finos radios de rueda de hierro, doblados en el extremo, con el que uno arrastra hacia sí las hojas muertas. Hojas, ramas, malas hierbas, conchas de caracol vacías, negros y duros excrementos de tortugas, piñas, pinocha, polvo de los arbustos y de los muros, plumas de pájaros, las balas naranjas de los dátiles incomedibles bajo las palmeras, las pequeñas y finas hojas del árbol del paraíso, las hojas alargadas y reseca de las adelfas, el pergamino endurecido del ficus, los grandes guantes de boxeo medio podridos del viejo cactus, y, como compensación, sus flores amarillas en el extremo de los frutos que al cabo de dos meses estarán maduros. Restablecemos mutuamente nuestra intimidad. Bajo el almendro encuentro dos huevos. El alcance de ese hallazgo no se me revelará hasta un par de días después.

Antes debo solucionar mis asuntos con el resto del mundo. El teléfono es una línea de vida, así que empezaremos por él. No hay teléfono, no hay internet, y yo tengo que enviar mi trabajo. Me siento como una araña a la que le han destrozado la tela, una dependencia humillante. De repente nos damos cuenta de lo lejos que vivimos del pueblo. Ni siquiera en la ciudad, que está aún más lejos, hay un lugar donde telefonar. *Outsourcing*, la plaga del capital. Cuando llamas para quejarte te salen voces femeninas

en lo más profundo de Turquía o Marruecos, o Dios sabe en qué lugar de la India, y las voces de esas poderosas madres al otro extremo de la línea no son alentadoras. Dos días después estoy furioso, cuatro días después resignado, seis días después indiferente. Al final resulta que el vicedónsul holandés en la isla conoce a una persona que conoce a otra persona que antes trabajaba en Telefónica, la cual nos revela que todas nuestras llamadas nunca fueron registradas. La cuestión es que después de esto el problema se resuelve enseguida. Al noveno día se presenta Agustín, un alegre peruano con una melena rizada hasta el hombro y un humor inquebrantable. Mira a su alrededor, ve todos mis libros y me pregunta a qué me dedico. Escribo. ¿Periodista? Sí, periodista. Eso le llega al alma, porque su hijo mayor estudia periodismo. ¿Dónde? En Lima, en la universidad. Su familia vive ahí, y él trabaja en Menorca para enviarles dinero. Seis hijos, comprenderá usted. Lo comprendo. *Outsourcing*, inmigración, el mundo movedido de las migraciones. Consuelo, la asistenta que viene a limpiar la casa una vez a la semana, tiene a sus padres en Ecuador y a su hija aquí. Empieza a trabajar cada día a las seis de la mañana en un hotel, así puede enviar algo de dinero a Quito.

Durante los días sin teléfono me consagro a mi jardín, menos agraviado que otras veces. Al parecer ha llovido mucho este año, y, como hemos llegado antes de lo habitual, la flor de Pascua luce todavía una fina capa de hojitas carmesí, como si quisiera enseñarme en el último momento cómo fue su aspecto en invierno. Ha crecido mucho, si me descuido se convierte en árbol. Las palmeras han perdido su esplendor, los extremos de las ramas inferiores empiezan a estar de duelo, habrá que trabajar duro a principios de septiembre. El tercer tronco de la yuca, que el año pasado apuntalé con dos grandes bloques de roca porque se estaba extendiendo por el suelo, ha comprendido mi intención. Ahora alza su cabeza con los cincuenta estiletes hacia la luz, un peligroso inválido incorporándose poco a poco. En el tronco superior hay una torre de blancas flores colgantes que se abren lentamente. Dentro de tres semanas todas esas flores habrán alcanzado su máximo esplendor, un esfuerzo que no soportan más que un par de días. Luego irrumpe de improviso su invierno y detrás de esos cuchillos afilados todo se torna *memento mori*.

Poco a poco la vida recupera su antiguo ritmo. Leonor nos ha presentado a sus crías, pero hemos acordado que sólo ella puede recurrir a las normas del Derecho Consuetudinario. Le damos de comer cuando nosotros comemos, y ella deberá pasarles el alimento a las crías mediante la lactancia. Al cabo de dos semanas, la gata empieza a brillar, a la tercera ya vuelve a ser blanca como la nieve. Con sus patas delanteras alcanza el borde de la mesa. Ahora que está medio ciega ha desarrollado más su sentido del olfato. Mientras no haya ningún olor que le llame la atención, mueve la cabeza arriba y abajo olisqueando. El ojo ámbar, cuyo color contrasta de forma extraña con el azul de la canica ciega, observa la mesa, y, si le gusta lo que ve, posa una de las dos patitas sobre mi mano izquierda y presenta su solicitud. Todo lo que entonces cae en su plato lo saca y lo deposita sobre las baldosas rojas, lo que al cabo de un par de minutos provoca la aparición de las primeras hormigas, cuyo órgano del olfato debe de ser muy superior al de cien gatos. Acuden desfilando en largas hileras, como escuadrones de la muerte, y en un par de minutos ha desaparecido todo lo que había dejado Leonor.

Una nueva aparición. Es anunciada, con mucho tiempo de antelación, por el hondo ladrido de Yorck, el perro de caza de Jordi, un ladrido como una campanada fúnebre. Al cabo de un rato escucho, con mi imperfecto oído humano, el sonido ligero de una vespa y la pestaña del buzón de fuera golpeando la pared del cobertizo que hace de garaje. Esta vez no es Jaume con su bicicleta, es una aparición femenina en camiseta blanca con un casco de Correos del mismo color de su vespa, un amarillo fuerte. Jaume se ha trasladado a vivir definitivamente a La Rioja. Montse no aguantó vivir ahí, la nostalgia la llevó de vuelta.

Pero entonces será él quien sufra nostalgia, le digo.

Ella también lo cree. La península está muy lejos para la gente de la isla. Montse piensa que Jaume regresará algún día. Aquí se acostumbró al espacio y a la libertad. Y, además, una ciudad como Logroño no es nada para un menorquín. Pero antes de partir, Jaume le insistió en que se ocupara de mi correo y eso es lo que hará, aunque a veces sea mucha cantidad, cosa que él también le dijo. Y que no tuviera miedo del perro, puesto que ése tenía más miedo de la gente que la gente de él.

Para mí el perro es un reloj, le digo a Montse, porque sé exactamente por quién ladra y cuándo. A las ocho y cuarto de la noche, cuando nos sentamos a la mesa, le ladra al dueño de Reina cuando pasa por delante de la casa con sus dos grandes perros daneses para cepillar a la yegua. Un instante después, el hombre se cala la gorra negra de jinete y se pone a cabalgar por el camino. Yo lo veo pasar al otro lado del muro y levanto mi copa en su honor.

Con su látigo, el jinete le da un toque a su gorra y desaparece de nuestra vista. Media hora después regresa a galope formando una nube de polvo, anunciado por Yorck. En ese instante empieza el telediario español. Como no quiero satélite, tengo que conformarme con lo que hay. Muchos escándalos con detalles gráficos, y los culpables siempre a la vista: incendios forestales, casos de corrupción, estafadores tratando de ocultar el rostro, constantes conflictos políticos y esa patética política de desgaste por parte de la oposición que todavía no ha superado haber perdido las elecciones. Sed de venganza, crispación.

Más adelante aparecen las imágenes relacionadas con lo que he escuchado por la mañana en la BBC, vehículos siniestrados, casas demolidas, víctimas, hambrunas, todo ello seguido de una orgía de deportes. Pero cuando llega ese momento, yo me encuentro con la mirada posada en el jardín y Leonor subida a mi regazo. Veo caer la noche lentamente, escucho el canto de las primeras aves nocturnas.

Casiopea está en el cielo a mis espaldas, en el lugar donde, cuando me despierto a las cinco de la mañana, Orión me indica que no tardará en amanecer. Y la luz es aquí luz de verdad, brillante y omnipotente, un poder.

Entonces escucho un débil sonido que viene de debajo de mi campanilla palmeada y sé que Gallina está en su puesto. Gallina es la nueva inquilina, pues resolví el misterio de los dos huevos. Como ignoraba cuánto tiempo llevaban ahí los huevos, no me atreví a comérmelos. Unos días después me encontré otro huevo, blanco como la nieve, debajo del hibisco. No podía ser sino de la gallina negra que había visto merodear por allí los últimos días y que echaba a volar con un aria nerviosa cada vez que me acercaba

demasiado a ella. Dos días después puso otro huevo, pero alguien se me adelantó, pues me encontré con la cáscara.

Al cabo de unos días vi a Gallina deambulando de forma extraña junto al muro en el lugar donde un arbusto silvestre ha arraigado debajo de un enorme árbol para acabar trepando por encima del muro. Gallina fingió no verme, se posó sobre el muro y desapareció debajo de un par de ramas del arbusto cuyo nombre ignoro. Unas hojas gruesas, grises, como de cuero, un lugar resguardado. Cuando me acerqué con precaución vi que Gallina hacía unos extraños movimientos, como si arrastrara las patas, y descubrí que había anidado entre dos piedras ocultándose al fondo. Había anidado, sí, ésa es la expresión adecuada, pues cuando al día siguiente vi de nuevo a Gallina merodeando por el jardín me dirigí al muro desde el otro lado y levanté una de esas ramas cargadas de hojas. Siete huevos. Les puse la mano encima, estaban calientes. Calientes y hermosos. Qué belleza aquellos siete huevos dispuestos uno al lado de otro sobre las ásperas piedras. Los siete huevos eran por supuesto una tentación, pero comprendí que no me estaban destinados y resolví esperar a ver si Gallina regresaba. Por supuesto que lo hizo. Gallina revolotea en torno al muro fingiendo ser invisible e intentando desaparecer. Cuando me acerco a mirar con mucha precaución veo su graciosa cara con la crestita rojiza asomando por encima de las piedras.

La naturaleza es fascinante. No sé qué hace Gallina en el jardín cuando se aleja momentáneamente de los huevos. Lo que es comer, desde luego que no. Así llevamos ya días, ella se pasa las veinticuatro horas del día ahí sentada, empollando. ¿Dónde ha aprendido eso? Lo que yo quiero es que se dé prisa, que nazcan los pollos antes de que las tres crías de Leonor hayan sido destetadas. Además sé que viven ratas en el muro, de las campestres. A veces las veo trepar por las ramas de la palmera que cuelgan del muro, pero eso no puedo contárselo a Gallina. En realidad no puedo contarle nada a Gallina, tampoco que volveré a marcharme cuando acabe el verano y no podré cuidar de ella, como no podré cuidar de Leonor, ni del hibisco, el jazmín azul y la higuera, hasta que regrese al año siguiente a un jardín lleno de gatos, gallinas, hojas muertas y un teléfono roto. Pero ahora tengo a Agustín.

Freixura

Fue un año cualquiera, hace ya mucho. Nos dijeron que en Montmorillon o en sus alrededores encontraríamos un hotel con un buen restaurante. Como cada año, viajábamos de Ámsterdam a la isla con el coche cargado hasta los topes. El cocinero local gozaba de notoriedad. Era incluso autor de un libro de cocina, que se hallaba expuesto en una vitrina del vestíbulo del restaurante, junto a unos tarros de cristal con *tripes* y *foie gras*. El título del libro era sencillo e iba al grano: *La cuisine du mouton*. La carta incluía un plato del que no tenía yo muy claro en qué consistía: *fraisure d'agneau*. Cuando pregunté qué era, percibí un ligero titubeo en el camarero. Me contestó que se trataba de carne de cordero pero agregó un enigmático comentario, algo así como: «De todos modos, a la mayoría de los extranjeros no les gusta». Una vez que el camarero entendió que a nosotros sí nos gustaba, nos confesó que en realidad su problema era que le resultaba difícil explicar en inglés en qué consistía el plato, pues ignoraba esos términos. Como es natural, nuestra siguiente pregunta fue: ¿términos referidos a qué? Resultó que se refería a los pulmones, el corazón, los riñones, el bazo y otros órganos contenidos en las cavidades de los animales, que en alemán reciben el bello nombre de *Innereien*, «entrañas».

En neerlandés esas exquisiteces se designan con vocablos despectivos, tales como *afval*, despojos, término relacionado con el inglés *offal*, que tampoco suena muy prometedor. Yo profeso un gran respeto por los vegetarianos, pero no por quienes arrojan a la basura medio animal y se comen únicamente lo que no les da asco o no les causa remordimiento. No comparto semejante actitud, yo me comunico con el animal entero y no sólo con la parte sobre la que se sienta, si es que se sienta. Me refiero, claro está, a las vísceras: los intestinos, los pulmones, el corazón y todo cuanto les envuelve. El progreso, que ha hecho que la gente se arredre ante todo lo relacionado con la muerte, ha logrado asimismo encubrir de forma hipócrita aquellas partes de los animales que durante siglos pertenecieron a la cocina más esencial. No se encuentran ya vísceras en ningún mercado europeo, aunque todavía sí en el llamado Tercer Mundo. Quien haya viajado por el mundo sabe que en esas tierras se honra aún al animal entero. Las inmensas cabezas de vaca miran fijamente con expresión afable; su acanalada pared del estómago reluce junto a las orejas rosadas; los pulmones resplandecen con el color de las rosas frescas; en suma, la *materie* se manifiesta en la inagotable variedad que ha inspirado la cocina popular de todos los continentes desde hace siglos.

Me compré el libro de cocina, empeñado como estaba en ensayar la receta en la isla. Hace cuarenta años el mercado de Menorca no estaba todavía contaminado por esa gran mascarada hipócrita de la corrección. Las cosas eran lo que eran y el entorno hacía el resto. El mercado estaba en el interior de un edificio alto que sobresalía por encima del puerto y que lindaba por un lado con el mercado de pescado y por el otro con la iglesia. Se subía una escalerita y se iba a parar a un gran espacio cuadrado tenuemente iluminado que encerraba un patio interior abierto. El mercado propiamente dicho ocupaba lo que podría llamarse la galería o el pórtico de un monasterio. Los puestos de venta se

alineaban contra las paredes y en el centro. Había payesas de la comarca vendiendo sus verduras frescas del huerto; un viejo sin más mercancías que un conejo salvaje y un par de huevos; mujeres con gallinas y el queso curado de la isla; puestos de arenques salados, nueces y olivas, bacalao y panes medievales. La carnicería era como las de México o el norte de África, una realidad sin máscara. El resto del mercado se parecía un poco a un *souk*, como los de las localidades ubicadas en el linde del Sáhara: pescado en salazón, mujeres vestidas de negro vendiendo especias frescas y secas, la inevitable gitana con sus telas bordadas y, entre todo ello, los pequeños cafés en los que uno podía tomarse un café despiadadamente negro, una tisana verde como las lentejas de agua o un coñac de los bajos fondos.

La cocina es un trabajo manual, con énfasis en *trabajo*. La mayoría de la gente ya no tiene tiempo o ganas de cocinar. Mi corazón da un vuelco cuando en el supermercado veo a una de esas parejas con dos sueldos dudando ante los estantes de los platos precocinados, listos para el microondas. Y me viene a la memoria el año en que residí en Los Ángeles, donde los ingredientes para mi *fraisure* sólo se encontraban en el gran mercado mexicano o en el supermercado, en la sección de comida para perros. Y en la única pescadería existente en el mercado biológico de Santa Mónica, el *rock cod* (bacalao) se vendía exclusivamente en rodajas, puesto que un pescado entero suscitaba en los clientes enigmas irresolubles.

Uno de mis libros de cocina favoritos es una biblia voluminosa de Henri-Paul Pellapat, un hombre influido por las tradiciones locales y empeñado en conservarlas. El libro salió a la luz en 1935, en una época en la que todavía no existían conceptos como los de la comida rápida y otros tabúes posteriores que hoy amenazan con destruir también la tradición francesa. Pellapat describe el *fraisure de mouton* del siguiente modo: «El término se refiere a los despojos (otra vez esa palabreja) del cordero, que comprenden el hígado, el corazón y los pulmones, con los cuales se elabora una especie de *ragoût*. Trocee los pulmones en dados y corte el corazón en lonchas. Fríalos con un poco de aceite y espolvoréelos con harina hasta dorarlos. Añada unas cuantas cebollas, un ramillete de hierbas aromáticas y especias. Añada a continuación un poco de ajo, agua y un chorro de vino tinto. Déjelo hervir durante una hora y media, sofría en manteca el hígado cortado en lonchas en una sartén y añádalo en el último momento al *ragoût* para evitar que hierva y se endurezca». Esa receta no era exactamente como mi receta de Montmorillon, pues, según la recordaba yo, variaban los ingredientes.

Comoquiera que fuera, yo me presenté en la casquería del mercado y expuse mis intenciones. El casquero, tras escucharme con paciencia, me contestó que el guiso que yo quería preparar se llamaba en la isla *freixura*, lo cual se aproximaba lo suficiente a *fraisure* como para resultar verosímil. En aquella época en la isla sólo se sacrificaban reses una vez por semana. Obviamente, siempre hay menos corazones e hígados que otras partes de la res, de modo que el casquero me recomendó volver a la semana siguiente. En España, la semana siguiente acostumbra ser la semana posterior a la semana siguiente, pero al fin llegó el día señalado: el hombre me había apartado los ingredientes para mi *freixura* y ufano fue a por ellos. Vi cómo descolgaba de un gancho

de metal una cosa enorme y alargada y la embutía en una bolsa de plástico transparente. Pese a todo lo que he dicho anteriormente, me asusté un poco al abrir la bolsa en casa. Yo, que no había estudiado para cirujano, tenía en aquel momento entre mis manos la lengua de un cordero, que había sido usada para colgar la bolsa del gancho, además de la laringe y el largo esófago al que estaban adheridos otra serie de órganos, uno de ellos de un extraño color morado que tal vez fuera el bazo y con el que no sabía muy bien qué hacer. Lavé las entrañas para eliminar en lo posible la sangre, extendí todas aquellas piezas sobre la encimera de la cocina, imbuido de respeto por la naturaleza y sus misterios, y empecé mi tarea por donde Dios me dio a entender.

Además de una cebolla, corté una zanahoria larga en rodajas finas, lo bañé todo con cerveza oscura, añadí una gran hoja de laurel de mi propio jardín y dejé que la tradición siguiera su curso durante un par de horas. Ya me había dado cuenta de que aquello iba a ser excesivo para dos personas, pero afortunadamente estaba Nuria que entonces aún vivía en la casa de enfrente. No sé si olió el guiso desde su casa, pero de repente me la encontré en la puerta de la cocina fingiendo que acababa de descubrir el olor y gritando FREIXURA con mayúsculas. Le dejé saborear el guiso y ella me hizo el cumplido que yo necesitaba. Me dijo que la última vez que había comido asadura había sido hacía mil años y que yo la había cocinado como su abuela. Un milagro. Según ella, ya nadie sabía preparar ese guiso. Un aplauso.

Un par de meses después mi reputación sufrió un grave revés. Con las primeras lluvias del otoño llegan los caracoles. Algunas noches, ejércitos enteros reptan por el camino y entonces no hay quien los esquive. Se oyen crujidos bajo los neumáticos. Al día siguiente el jardín sigue invadido de caracoles. En la isla los guisan con un trocito de pata de cangrejo, especias y un poco de vino. Yo no los había preparado nunca y quise intentarlo, dado que se me ofrecían desde todas las ramas de los árboles. Los recolecté como si fueran una extraña especie de frutas móviles y me presenté en casa de Nuria para preguntar cómo se cocinaban. Recabar información no resultó una tarea sencilla, pues en aquel momento Nuria tenía visita de las señoras con las que solía darse un paseíto por las tardes, como era costumbre en la isla hasta que la televisión se impuso definitivamente. Las opiniones estaban divididas. Quince minutos, media hora, una hora. Con tomate, con vino o sin vino, pocos o muchos dientes de ajo, tomillo, perejil sí o no... Se produjo un enfrentamiento de tendencias escolásticas que dejaban traslucir cierta compasión hacia mi persona, puesto que los hombres no cocinan en casa, sólo en los restaurantes. En casa cocinan las mujeres. Los extranjeros están locos, eso lo sabe todo el mundo. Con toda aquella información confusa, estaba a punto de llegar a la verja de mi casa cuando vi que la mayor de las amigas de Nuria me seguía con mirada de conspiradora bajo su blanca cabellera. Me aseguró que todo lo que había oído no era sino una sarta de tonterías. Los caracoles se preparaban de una manera muy sencilla: un poco de perejil, algo de tomate, ajo también, naturalmente, y no más de veinte minutos de cocción, a fuego lento, sobre todo a fuego lento.

Hice todo lo que la señora me dijo. El resultado no valió un pimiento, ni siquiera un pimientito.

Al día siguiente Nuria me preguntó cómo me habían salido los caracoles. Regular. Un poco amargos. Me preguntó dónde los había comprado. No los había comprado, los había recolectado yo mismo, recogido, o como se diga. ¿Y dónde? En mi jardín. ¿En el jardín? ¿Cuándo? Ayer. ¿AYER? ¿Y eran ésos los caracoles que yo había guisado? Sí, ésos eran. *Un silencio prolongado e inquietante.* Y otra vez: ¿ayer? ¿Y los cocinaste inmediatamente después de recolectarlos? Sí. ¿Y luego os los comisteis? Los ojos de Nuria dictaron sentencia: semejante barbaridad no se había dado jamás en la historia. Todo el mundo sabe que antes de cocinar los caracoles hay que conservarlos un par de semanas en una bolsa con serrín. No, yo no lo sabía. ¿Acaso no había visto nunca en el mercado unos sacos llenos de caracoles? Sí, ahora que ella lo decía recordaba haberlos visto, unas redes trenzadas con esos pequeños caracoles de la isla que sirven como tapa en La Rueda. Pero ¿por qué hay que conservarlos previamente un par de semanas en una bolsa? Porque hay que eliminar la *caca*, por eso. Ese último pedacito que hay en el extremo del caracol es amargo. Es su..., ya sabes. ¿Acaso no me había dado cuenta? Sí, me había dado cuenta. Pero ¿por qué no me lo contaste cuando fui a tu casa a preguntar? PORQUE ESO LO SABE CUALQUIERA, ZOQUETE. Eso último no lo dijo, pero estaba claro que yo acababa de perder todo el crédito que había ganado con mi *freixura*.

Alguna vez he vuelto a preparar *freixura*, aquí en Ámsterdam. No es la mejor ocasión para invitar a cenar a los amigos, la verdad. Eso sí, el carnicero marroquí se pone siempre la mar de contento cuando me decido. En su carnicería el corazón de cordero está colocado al lado de los riñones, el hígado y las lenguas, pero lo que hay junto a éstas, unos torpedos en miniatura como de mazapán de color rosa pálido, ovalados y de aspecto inocente, es algo a lo que he tenido también que acostumbrarme. Mi primer encuentro con eso se produjo en Barcelona. En la carta leí *criadillas* y quise saber qué era. El camarero se sonrojó. No sucede con frecuencia pero así fue. Me miró y me dijo que el plato al que me refería contenía la diferencia entre lo masculino y lo femenino. Los criptogramas no son mi fuerte, de modo que repetí la pregunta. Esta vez el camarero retrocedió un paso, apartó la mirada de las comensales femeninas y me contestó en inglés: *it is balls*. Añadió que eran una exquisitez si se preparaban con pimienta recién molida y unas gotitas de limón. Y llevaba razón. Durante los años siguientes hice un pequeño acopio de sinónimos eufemísticos de las criadillas, como *rognons blancs* y *frivolités* (en un mercado de París). En el Medio Oeste americano se denominan *prairie oysters*. Pero el nombre más bonito lo escuché en mi isla, pues estaba presente cuando el payés que sacrificó el cerdo (macho) de mi amigo Franz le fue a llevar la porción que le correspondía en forma de pañuelo sanguinolento con contenido. Cuando Franz le preguntó qué había dentro, el hombre le contestó que *sesos de abajo*, lo cual abre unas perspectivas totalmente nuevas.

El jardinero sin jardín

Un día de invierno en Ámsterdam. He leído en *El País* que en mi isla hay nueve grados de temperatura y llueve. No suelo padecer de nostalgia, pero sí me embarga a veces la conciencia dolorosa de una doble vida. La de aquí y la de allá. Cuando esta sensación se agrava, cierro los ojos y pienso en mi jardín. Lo veo delante de mí y me veo a mí mismo abriendo la verja, entrando en el jardín, girando hacia la izquierda, pasando por delante de un par de míseros papiros a los que consagro grandes esfuerzos a lo largo de todo el verano. Son un poco débiles esos papiros, no les agrada mi ausencia. Tienen unos tallos altos y verdes con una estrella de hojas estrechas al extremo. No son más que dos. Cada año, a mi regreso, me encuentro los extremos de las hojas un poco resecos, y entonces hay que cuidarlas. Yo no planté los papiros, lo que significa que ya llevan mucho tiempo en mi jardín. Enfrente de la casa, en la parte exterior de los muros, se alza un árbol parecido al laurel que los ingleses llaman aquí *mile-a-minute* (*Polygonum perfoliatum* o también *Russian vine*: parra rusa), y que es mi santo protector a la vez que mi Némesis. En primer lugar porque nos procura la sensación de estar aislados del mundo, segundo porque en verano caen a diario cientos de bayas negras y duras que yo tengo que recoger, tarea nada fácil porque el árbol está levantando lenta pero tenazmente la galería de piedra que rodea la casa. Yo lo llamo mi ejercicio zen, y en el transcurso de los años he ideado numerosas estrategias para practicarlo de la manera más eficiente posible. Para barrer las bayas empleo una escoba de finas ramas flexibles, como las de las brujas, pero la tarea no es sencilla, pues se trata de bayas de reconocida naturaleza desafiante. Les encanta rodar hacia el lado que no deben por la pendiente que el árbol ha creado en la tierra o saltar por debajo de la escoba o caer justo en el lugar que acabo de barrer.

Esas bayas son frutos, sí, pero incomedibles. Si las pisas sin querer dejan unas manchas moradas en el suelo. En pleno verano caen del árbol con una pasión orgiástica, y en septiembre, una vez superada la inútil cosecha y cuando ya puedo realizar mis meditaciones sin bayas, empiezan a caer las hojas, pues también para los árboles de hoja perenne existe la muerte. A veces una parte del árbol muere de forma inexplicable. Se produce entonces un orificio de madera carcomida, que relleno con tierra roja para evitar que la lluvia acabe de pudrirlo. Con todo, no quiero talar ese árbol, pues sigue creciendo hacia nuevas direcciones por distintos lugares del tronco y sus hojas nos protegen y nos procuran sombra. Ese árbol tampoco lo planté yo, ya estaba ahí, al igual que el granado, ahora ya muerto, los pinos cada vez más altos (*Pinus maritima*), las plantas suculentas silvestres (*Aeonia*) y ese ciprés que, más aún que a los demás, considero mi amigo, pero que agoniza lentamente. Los árboles carecen de espalda, por supuesto, pero no se me ocurre un nombre mejor para designar ese costado del árbol orientado hacia el viento del norte que empieza a quedarse calvo por causa de una quimioterapia de la que ya no se repondrá. No quiero ni imaginarme el espacio vacío en el aire que dejará su ausencia, y plantar un nuevo ciprés sólo tendría sentido para mí si yo alcanzara los ciento cincuenta años, así que espero que él abandone este mundo al mismo tiempo que yo, porque no quiero tener que echarlo de menos. Debido a su altura, el ciprés es lo primero que se ve.

Tiene algo de triste un jardín al que amas pero que no puedes cuidar durante gran parte del año. Como jardinero no soy gran cosa, pero no será por falta de amor. «Un hombre feliz sorprendido por la duda» es uno de los versos más bellos de Hugo Claus, y ésta es la duda que me embarga cuando pienso en mi jardín durante el invierno holandés. En la isla, el invierno significa lluvia, lluvia es agua, y agua significa que el jardín, que en la época en que yo estoy en Menorca está seco como un desierto, empieza a vivir. Las escasas veces que he estado en invierno el jardín no me ha reconocido, se ha reído de mí. Por la mañana, la alta hierba, brotada de la nada, aparece recubierta de rocío; los pájaros andan a la caza de lombrices; las lagartijas, con sus caritas de vieja, que en otras ocasiones acechan desde el muro a las arañas o a las moscas, se comportan cual minúsculos dinosaurios en una selva. Cuando sale el sol todo empieza a exhalar vapor, las grandes azucenas (de las que a mi regreso no quedan sino sus tristes cadáveres marrones) se alzan exultantes entre las plantas suculentas que han renunciado a su humildad y asoman de repente cargadas de flores amarillas. Malas hierbas han invadido pueblos, tribus y razas. Habíamos acordado con Nuria que Pere se ocuparía de eliminarlas, pero el Inglés... (así me llamaban, pues por aquel entonces Holanda era para Pere un concepto demasiado elevado, hasta la aparición de Cruyff y Koeman), el Inglés desaparece durante el invierno en algún lugar de hielo y nieve, y a su regreso el calor se encarga de secar el jardín, lo cual facilita el trabajo. Pues el Inglés tiene, como se ha dicho anteriormente, una parcela detrás del muro donde arrojar todas las hierbas.

Antes de marcharnos solíamos reunirnos con Nuria para deliberar junto al hibisco y la buganvilla. La conversación se centraba en la poda que habría que realizar durante el invierno. Nuria aseguraba que Pere se ocuparía de la tarea. Él no lo veía muy claro, era como pedirle que me extrajera el apéndice. Y ése era el aspecto que solía presentar el jardín después de haber sido sometido a las operaciones del vecino: el de un paciente que sólo con una gran dosis de amor (agua) y cuidados lograría resucitar poco a poco.

Tardé muchos años en comprender a mi jardín y en asumir el rencor debido a mi ausencia. Un jardín sin jardinero está triste y se vengá. Había (y sigue habiendo) muchas cosas relativas a la jardinería que ignoro. Cometí errores garrafales y aprendí la lección. No hay que plantar una adelfa al lado de una palmera, pues la palmerita acaba haciéndose inmensa y se bebe el agua de la adelfa aun cuando ésta se encuentre a tres metros de distancia. Mi empeño en no dejar morir a la adelfa fue una quijotada que se prolongó durante tres años. Cada año me ponía muy contento cuando, gracias a mis cuidados rigurosos, del arbusto enano brotaban milagrosamente unas flores. Yo veía que las adelfas de los vecinos crecían mucho más que las mías y que a ellos ya les llegaban por encima de la cabeza. Echaba parte de la culpa a los expertos cuyos consejos había seguido. *Los hibiscos amarillos no crecen bien en la isla.* Nunca debí haber hecho caso de eso. Y cuando las hojas de mi hibisco rojo (cada año más grande) empezaron a ponerse amarillas –únicamente el mío–, unos me recomendaron regarlo con frecuencia y otros no. En cierta ocasión arranqué de entre las rocas de la costa sur de la isla una planta que planté en mi jardín, una *euphorbia*, según supe mucho tiempo después. Ésa no resistirá, me dijeron, pero yo me negué a creerlo. La desenterré con su follaje denso y un poco rojizo. De haber sabido lo que sucedería más adelante, la habría plantado en otro lugar, pero de momento no sucedió nada, pues llegó el mes de octubre y me fui a

Japón. A mi regreso al año siguiente me encontré con un esqueleto, lo que me permitió ver su estructura. Un tronco corto con toda suerte de ramificaciones, una especie de estaca muerta afanándose por mantenerse derecha, en realidad más un gráfico de una empresa con beneficios que un ser vivo. Me llamó la atención que, aun así, la planta hubiera crecido durante un tiempo y luego se hubiese dado por vencida. Nada quedaba de su lencería roja. Habría tenido que reconocer mi derrota en aquel momento, pero me negué, de modo que regué la planta a diario, durante meses, sin que ella me diera nada a cambio. Hasta que llegó el mes de septiembre. Un día, de improviso, asomó en el extremo superior de las estacas, estrecho y aplanado, un puntito de verdor que se hizo cada vez más grande a lo largo de las semanas siguientes. Consulté la *Enciclopedia de Menorca*. Por lo que entendí del texto en catalán y de una foto algo vaga, el rojo es la primavera de esa planta y el amarillo su verano. Ahora bien, su verano es mi invierno, que es cuando soy un jardinero sin jardín y la *euphorbia* y las azucenas florecen para nadie salvo para sí mismas. Entretanto, la *euphorbia* ha alcanzado la categoría de jugador de baloncesto americano entre pigmeos, pero ya es demasiado tarde para trasplantarla.

El ciprés, la *euphorbia*, el hibisco rojo y rosado, los pinos con sus agradables susurros en los que residen algunas palomas, el *mile-a-minute* que alimenta a los mirlos, la buganvilla morada que trepa por los muros de la casa y que ya existía cuando yo llegué..., todos se han convertido en mi familia. Al fin y al cabo me trato con ellos a diario. La mayor sorpresa en esta vida familiar nos la procuró el ágave. Yo sabía que esa planta no florece más que una vez cada veinticinco años y que tras su floración muere. Pero saber no es lo mismo que experimentar. En realidad esas plantas no necesitan agua, pero cuando riegas no puedes evitar rociar también sus hojas grisáceas, de punta dura, con la esperanza de que les resulte agradable. No sé si eso contribuyó en algo. Un día, sin previo aviso, el ágave inició su salvaje y veloz erección. Fue impactante. De repente vi asomar un falo erguido de varios metros de altura, e inmediatamente después, al menos esa impresión me dio, brotó una enorme torre de exuberantes flores blancas a las que yo ni siquiera llegaba con la mano. Fue como si el ágave se hubiera apareado consigo mismo y acto seguido hubiera dado a luz las flores. Yo lo visitaba un par de veces al día sintiéndome como su comadrona. Veinticinco años había tardado en alcanzar ese instante. El ágave había concluido su misión y yo había tenido el privilegio de asistir al espectáculo. El ágave podía morir en paz y eso es lo que hizo. Las escenas de agonía en el último acto de una ópera no son nada al lado de eso. Puede que sea un disparate botánico todo lo que digo, pero de ilusiones también vive el hombre.

El lugar que ocupaba el ágave está ahora vacío, y quizá es mejor que sea así, pues la *bella sombra*, que plantó en mi jardín un conde croata amigo mío cuando se mudó de casa, empieza a desplazarse con sus pies de elefante en dirección al espacio que ha quedado libre. Paul era de esas personas que cada diez años cambia de identidad. Lo conocí cuando era propietario de un restaurante en el puerto; luego ejerció de payés durante diez años en un valle solitario, y cada mañana a las seis acudía al mercado con sus frambuesas. Actualmente es un anticuario en Londres especializado en mapas de

España. Cuando se trasladó al valle treinta años atrás, le dio pena abandonar la *bella sombra* y la plantó en mi jardín entre el ciprés y el ágave. De haber prestado un poco más de atención, podría haberme percatado de lo que me esperaba. En la ciudad más cercana, junto al mercado de pescado, hay dos árboles de éstos y están empezando a levantar la isla entera.

La exageración es una figura estilística. Las raíces de una *bella sombra*, superficiales en parte, son asombrosas. Son patas de elefante de madera y tienen una corteza que recuerda en verdad la piel de un elefante viejo. El árbol hace honor a su nombre, pues bajo su sombra se puede leer muy a gusto. Tiene las hojas finas, alargadas y acabadas en punta, y unas hermosas flores, dispuestas en racimos, un poco pegajosas al tacto. De las numerosas axilas invertidas sobre esas raíces como patas brotan cada temporada nuevas *bellas sombras*, unos tallos pequeños y delicados que se precipitan hacia la luz y que hay que cortar de inmediato para no acabar siendo propietario de una selva privada.

La sombra es estupenda para las personas pero no tanto para los almendros. Es una lástima, pues el mío tenía derechos adquiridos. Mi almendro considera a la *bella sombra* una invasora y ahora sólo florece bajo protestas. Una vez, en enero, tuve que volar expresamente por él a Menorca. Al fin y al cabo, invierte un año entero en producir sus exiguas almendras, con esos envoltorios como de fieltro a lo Joseph Beuys, y en arrojarlas al suelo, donde permanecen hasta que la cáscara se abre y yo las recojo con gesto de payés recolector.

Quitar las malas hierbas, rastrillar, barrer, regar, exterminar, mimar, espulgar, replantar, hablar a las plantas, serrar, transportar, prestar servicios de comadrona y asistencia a moribundos... En cuanto llego a la isla, mi vida experimenta un cambio radical. Las primeras semanas intento que no me afecte el rencor que me profesan mis plantas. Hay que trasplantar el ficus a una maceta con más *espacio vital*, buscar un par de piedras grandes y apilarlas para apuntalar de nuevo uno de los tres troncos de la yuca, la cual, a modo de venganza y para ponerme en ridículo, está extendiendo por el suelo su blanca torre de flores. Hay que meter a los muertos en el coche y llevarlos al lugar prescrito por el ayuntamiento, pues los vecinos se darían cuenta si les prendiera fuego. Eso está prohibido. Subido a una escalera tambaleante intento cortar los olivos silvestres, esos acebuches que pueden conmigo, y a los que debo eliminar porque no quieren compartir la luz con los demás. Y hay que eliminar de las escamas de las palmeras las plantas rastreras y los chupópteros y con ello aniquilar poblaciones enteras de insectos, lo cual es un horror para el hindú que se oculta muy dentro de mí. En fin, no hay escapatoria. En mi jardín me transformo en otra persona. El jardín es un retrato de tu alma, me dijo en cierta ocasión una vieja amiga, y me da miedo pensar que lleve razón. Pero ¿quién tiene un alma con dos palmeras?

Las dos palmeras pueden verse en una antigua fotografía. Nos llegan a la rodilla, a mí y a mi amigo Hugo Claus, pues él estaba conmigo cuando las planté. La fotografía no está fechada. Ahora las palmeras son ya tan altas que dominan el jardín entero, unos gemelos poderosos, exigentes y glotones. No toleran nada a su alrededor y extraen el agua de las profundidades. Una vez al año hay que cortarles las ramas inferiores. Antes eso se hacía fácilmente, cuando aún no eran muy largas, aunque ya tenían, cerca del

tronco, unos peligrosos estiletes extremadamente afilados. Los corto uno a uno para evitar que alguien se raje la mano en el vertedero de residuos del jardín. Con el resto de las ramas hago tres pilas, pues de lo contrario no hay quien las transporte. Como los basureros corrientes no se las llevan, me las llevo yo mismo y durante días me las encuentro en mi camino hacia el mar, un montoncito de ramas castradas y desarmadas pudriéndose lentamente. Cada año me encuentro también con los racimos anaranjados de los dátiles, con sus frutos incomedibles y sus estrechos tallos bruñidos con los que podrían fabricarse elegantes mazas. La última vez me llevé entre las ramas una camada de ratas que eran como crías bonsái. Me dio la impresión de que los chillidos de las crías venían de muy lejos, a pesar de tener toda la camada en mis manos, un sonido que aún hoy escucho en mi cabeza.

¿Y los animales? Además de las ariscas ratas, sobrevuelan la casa las palomas y los mirlos, las gaviotas y las águilas ratoneras. A veces también una abubilla poco común, con su atuendo tropical y esa curiosa forma de volar con bruscos ascensos y descensos. Alguna que otra vez encontramos una serpiente, demasiado pequeña como para hablar de manzanas y del bien y del mal, y, por lo demás, tortugas, lagartijas, salamanquesas, arañas notables que tejen sus trampas geométricas y polillas del tamaño de un pulgar con sus abrigos de piel, toda suerte de escarabajos que no hacen más que flirtear y copular y siempre se pierden en el camino de mi escoba. En otoño aparece la solitaria mariposa vulcana, que cada año se posa sobre el mismo *aeonium*. Los animales reproducen su aspecto físico de generación en generación, así que ¿quién soy yo para sostener que no es la misma mariposa del año pasado? Si todos esos animales fueran personas, yo sería el propietario de un enorme *sex-club*, pues la verdad es que esas criaturas no conocen el pudor, son pura naturaleza dinámica y compulsiva. Lo más impresionante son las tortugas. Al copular emiten un sonido agudo, como un llanto. Al principio no entendía de dónde venía ese sonido, pero ahora, siempre que lo oigo, salgo corriendo al jardín como si fuera el padre de todos los *voyeurs*, pues se trata de una verdadera hazaña. No sé por qué el macho es más pequeño que la hembra e ignoro qué se habrán dicho el uno al otro antes de emprender el acto. Yo sólo veo que la tortuga macho intenta montar a la hembra una y otra vez, y que a cada intento ella reacciona avanzando unos pasitos, como para hacerle la puñeta al macho —o por pura desesperación, quién sabe—, lo cual hace que él se caiga de nuevo. El macho intenta literalmente echarle el gancho a la hembra, un gancho curvo que yo siempre creí que era su cola oculta. Lo cierto es que el macho no lo tiene nada fácil, pues cada vez que está a punto de pillar a la hembra, ella vuelve a avanzar fatalmente unos pasos. No queda muy claro cuál de los dos entona esas arias durante la cópula, pero no cabe duda de que son unas arias trágicas. El canto no se detiene hasta que el macho ha logrado arrinconar a la hembra (o a la inversa) entre las piedras del muro, impidiéndole así escapar. Ése es el origen de las tortuguitas que más adelante encuentro debajo de la tierra. Ahora lo sé, pero la primera vez que las vi me llevé un buen susto. No sé cuántas tortugas tengo, será porque en realidad no las tengo, son ellas las que me tienen a mí. Eso se demuestra sobre todo cuando hace calor. Entonces las tortugas vuelven a alzar la cabeza hacia mí apremiantes. ¡Agua! Riego las baldosas rojas de la terraza y veo a esas doctas cabecitas lamiendo muy lentamente el fluido vital.

Luego dejo de verlas durante mucho tiempo. Mis tortugas escriben libros.

Mi jardín se encuentra en el camino de la luna. Ello me permite saber cuánto tiempo llevo viviendo aquí. Antes la luna llena avanzaba sobre el muro de atrás y sobre los grandes cactus de caprichosas formas. Ahora se oculta detrás de la *bella sombra*, avanza lentamente hacia arriba ocultándose detrás de los olivos silvestres y asoma entre los pinos que también han crecido mucho. Para ver la luna de verdad tengo que acercarme al mar, de donde emerge grande y dorada, o aguardar hasta más tarde, cuando todo está en calma y silencio, y la luna ya muy alta baña todo el jardín en plata. Y entonces, por un instante, uno se siente capaz de beber esa luz.

Intermezzo I

Encuentro con una mayúscula

Uno nace pelirrojo o castaño, en el siglo XX o en el XV, y pronuncia un discurso ante la Accademia della Crusca en Florencia, y del cesto con las veintiséis letras con las que se compusieron *MacBeth*, *Ulises*, *María Estuardo* o el *Quijote* cae la letra «L», que en italiano es la primera letra de la palabra «libertad», aunque no así en mi lengua.

Era verano, un caluroso día de julio, y yo estaba en mi isla. De pronto entró volando en mi casa esa letra «L», tan inevitable como ser pelirrojo o como mi año de nacimiento: 1933. La «ele», con la que llevo manteniendo una relación más o menos íntima en su forma múltiple –de letra minúscula, de entrometida y apresurada cursiva, de lambda griega despatarrada y de mayúscula que a la vez quiere ser cifra–, se sentó frente a mí en su forma de mayúscula. Imagínensela, ha sido creada para esta postura, y yo tengo unas sillas españolas rústicas bastante rectas. Al entrar, se detuvo unos instantes en el vano de la puerta con toda su sencillez vertical a la que llamamos injustamente minúscula, aunque sentada poseía la dignidad del énfasis, lo que confirió a nuestra primera entrevista un aire de solemnidad pero también de examen. Además, iba ataviada con un severo Elzevir holandés, carácter tipográfico que le daba un porte calvinista.

Las letras, como saben, hablan todas las lenguas, y por ello esta «L» hablaba un neerlandés impecable, con un deje parecido al de nuestra reina, que, créanme, no puede ser más bonito. Pero mi «L» no había venido a divertirse.

–¿Ha comprendido usted bien lo que le ha encargado la Academia? –me preguntó.

–Creo que sí –contesté–. Me piden que busque una palabra en mi lengua que represente la idea de libertad y que empiece por usted.

–¿Y? ¿Ya ha encontrado alguna? –preguntó en tono inquisitorial.

Nunca me he sentido muy cómodo en los exámenes.

–En honor a la verdad, todavía estoy dudando –le dije–. Hay dos palabras en mi lengua que han sido importantes en mi vida, pues ambas me han ayudado a encontrar la libertad.

–¿Y qué clase de palabras son ésas? ¿Sustantivos?

–No, verbos.

Se produjo un silencio.

–Me gustaría saber qué vendrá detrás de mí –dijo finalmente la «ele».

–Lo comprendo –contesté–, pero concédame un tiempo de reflexión.

–Así que tiene usted que elegir entre dos verbos. Los sustantivos expresan los conceptos mucho mejor, ¿no cree?

–Piense en el verbo *zijn* (ser) –objeté, ligeramente irritado–. Toda la filosofía se fundamenta en ese verbo. Heidegger lo escribe incorrectamente con una «S», como *seyn*, pero su significado es esencial, acuérdesse de *essere*...

–La «S» y la «Z» no son mis colegas favoritos –repuso la «L» poniéndose en pie–. Bien, le concedo a usted un día para pensárselo. ¿Existe en esta isla una biblioteca decente donde pueda dormir esta noche?

–Hay una biblioteca pública –dije–, pero ahí va a parar de todo, también periódicos y esas cosas.

–No puedo permitirme ningún capricho, mi función es servir.

–Lo sé, pero ¿qué le parece la catedral? Hay ahí unos misales enormes, magníficos. Dispondría usted de espacio.

–Tal vez –repuso la «L», y se encaminó hacia la puerta–. Reducida de nuevo a su estado de minúscula resultaba mucho más simpática.

–¿Me permite participar de su dilema? –preguntó de pronto.

–Mientras no me influya usted, no tengo inconveniente –contesté–. La cuestión está entre caminar y leer, *camminare* y *leggere* en la lengua de la Academia.

–Lo primero lo practicó usted antes que lo segundo.

–Así es. Pero, después de lo segundo, lo primero lo practiqué de otra manera. Y hemos quedado en que usted no me influiría.

Caminar y libertad, pensó la «L» en voz alta. Y luego, leer y libertad, yo diría que...

Aquella noche tuve tiempo para reflexionar. Con lo de caminar no me refería naturalmente al sencillo acto que inicié en 1935 a base de caerme e incorporarme, sino al hecho de viajar, que ha dominado mi vida.

Pero hay otra actividad, con la que empecé justo después de la Segunda Guerra Mundial, que ha determinado igualmente mi vida: la de descifrar signos secretos y traducirlos a la realidad que designan.

Me pregunté cuándo había empezado a leer de verdad. En el seminario de los franciscanos y los agustinos leí a Cicerón y Ovidio, Platón, Jenofonte y Homero, de modo que ya me había adentrado en el Parnaso antes de conocer las periferias, arrabales, parques y desiertos de la literatura contemporánea. Más adelante envidié a escritores como Proust, Borges y Nabokov por hallar en las bibliotecas de sus padres todos los tesoros con los que se alimentarían el resto de su vida. En mi casa no había libros, a mí me tocó descubrirlo todo solo, libros y mundo. Los monjes me enseñaron a leer, eso sí, y les estaré eternamente agradecido por ello. Pero la relación entre la lectura y mi propia vida –una literatura que no fuera de mármol, sino que tuviera que ver conmigo mismo y con el desconcertante mundo que me rodeaba– no la descubrí hasta más tarde. Son procesos que no empiezan un día determinado, aunque sí creo que puedo indicar el año: 1953. Fue el año en que decidí descubrir el mundo en autostop, sin equipaje y sin dinero. Tenía diecinueve años, y eché a caminar, literalmente. Pero también fue el año en el que leí por primera vez a Sartre y a Faulkner. Lo recuerdo porque siempre apuntaba la fecha en los libros que compraba. *Sanctuary* de Faulkner, *L'Existentialisme est un humanisme* de Sartre, los dos en su lengua original. A saber lo que comprendí de ellos entonces, pero de una cosa estoy seguro: aquel año, viajando y leyendo, abrí la puerta de mi libertad. Desde entonces no he dejado de caminar y no he dejado de leer.

Al año siguiente me hice escritor, o mejor dicho, escribí un primer libro y desde ese momento todo el mundo me llamó escritor. A veces casi lamento que fuera así, y no sólo porque sucediera demasiado pronto. Borges afirmó en cierta ocasión que leer es una actividad mucho más edificante que escribir, y aun cuando él escribió un considerable número de obras –lo que tal vez invalida en parte su afirmación–, creo que entiendo lo que quiso decir. El escritor jamás conocerá la libertad absoluta del lector espontáneo que sólo es lector. No empleo este sólo con intención despectiva, todo lo contrario. El lector que sólo lee por leer es el único verdadero lector. Los escritores leen con rapacidad, en realidad son incapaces de leer sin pensar en la escritura. Algunos escritores leen como

espías industriales, otros como amantes celosos. Comoquiera que sea, son lectores corrompidos, muy lejos de esa figura luminosa platónica, el lector ideal soñado, la prolongación viva, natural y única de cada libro: aquel que reescribe el libro siempre de nuevo sin preguntar nada al escritor, que ya ha entregado sus palabras.

Lezen (leer): el vocablo posee originariamente un doble sentido en mi curiosa y en gran parte misteriosa lengua nórdica. Según la etimología, procede del *Middelnederlands*, el neerlandés que se habló y escribió en la Edad Media, *lesen*, en sajón antiguo *lesan*, en antiguo alto alemán también *lesan*, en frisón antiguo *lesa* y en noruego antiguo *lesa*. En godo, *lisan* significa *zamelen* (coleccionar), vocablo que en el neerlandés actual ha caído en desuso. Nosotros lo empleamos ahora en su forma *ver-zamelen* (recoger), y en este sentido entronca con el lituano *lesù, lesti*: picar, en el sentido de tomar la comida con el pico. Más de un lector estará de acuerdo con ello. Se trata de saber escoger, cualidad que todo buen lector ha de poseer, aunque sólo sea porque el vocablo remite a la palabra «elección» y ésta, a su vez, a «libertad».

El lector escoge, y lamento complicar las cosas mostrándole los entresijos de mi misterioso idioma, pero «el lector escoge» constituye en mi lengua una tautología, dado que originariamente «leer» podía significar también «escoger» o «picar». En mi lengua, «el lector lee» podría significar «el lector escoge», pues además del significado original de «leer» como «picar», el verbo posee otras acepciones como «escoger, doblar, leer, renunciar, enseñar, narrar, estudiar». En el sajón antiguo se añade otro significado más, el de «recoger», y en algunas de las otras míticas lenguas germánicas antiguas, que tanto fascinaban a Borges, ese verbo significa además «informar, narrar, leer en voz alta». Total, que en otros tiempos, en mi lengua, no sólo se leían libros, cartas, testamentos o sentencias, sino también frutas o espigas, lo cual se hacía, a su vez, con la finalidad de separar lo bueno de lo malo, elección que, de nuevo, implica el ejercicio de la libertad. Voces eruditas me explican que ese significado de picar y recoger que evoluciona hacia «leer» se encuentra asimismo en el *legein* griego y en el *legere* latino, pero a mí me interesa sobre todo la idea de «recoger». Uno recoge una cosa y no otra, uno escoge. En su *Germania 10*, Tácito se refiere a «recoger» en el sentido de «leer» cuando habla del arte adivinatorio realizado mediante varillas que se lanzaban al aire, y al caer se leían e interpretaban los caracteres rúnicos escritos con las que estaban marcadas.

El lector lee, el lector escoge. En la librería, en la biblioteca, el lector escoge un libro y no otro. El lector es libre.

–Pero tan sencilla no es la cosa –intervino la «L».

La «L» había regresado a primera hora de la mañana, esta vez elegantemente ataviada de Bodoni. Había dormido bien, dijo, había pasado una noche magnífica en el Antiguo Testamento, si bien éste le había inspirado algunos pensamientos sombríos.

–Pero ¿cómo es eso? –le pregunté–. Es un libro maravilloso, lleno de historias extraordinarias.

–Sí, pero tú hablas de la libertad del lector. Existen (si olvidamos por un momento la angustiada mayoría de no lectores) dos clases de lectores. Los lectores de muchos libros y los lectores de un único libro. El judaísmo, el cristianismo y el islam se inspiran los tres en un único libro. Una civilización que se inspira en un libro es algo maravilloso, desde luego. Pero si ese libro excluye a otros libros, y si, por causa de ese libro, las personas

que leen o escriben otros libros son quemadas en la hoguera, como sucedía antes aquí, o asesinadas y amenazadas de muerte, como ocurre hoy, mal anda entonces la libertad. Y no hay ninguna necesidad de que sea así.

La mirada de la «L» se ensombreció.

–En la España de otros tiempos, gobernada por reyes ilustrados, emires y califas, convivieron los tres pueblos de un único libro bajo formas de unidad en la diversidad que el mundo ya no ha vuelto a conocer. Los libros de la Antigüedad clásica traducidos por los eruditos árabes supusieron un tesoro para el desarrollo del Renacimiento y de la Ilustración. A partir de entonces la civilización occidental se fue apartando de su único libro y, tras largos y graves conflictos, se produjo, en palabras de los agustinos, el paso de la *Civitas Dei* a la *Civitas Terrena*. El mundo occidental es un mundo secular, por mucho que el presidente de Estados Unidos invoque a Dios y el Papa siga residiendo en Roma. Y tal vez peque de pesimista o simplista, pero a veces parece como si esa invisible guerra visible que se libra en el mundo fuese también una guerra entre lectores, los lectores de ese único libro (que no tolera ningún otro libro) contra los lectores de muchos libros, y, como víctimas inocentes, la gente que nunca lee.

La «L» guardó silencio unos instantes y luego preguntó:

–¿Y al final qué has elegido?

–Leer –le contesté, conforme a la verdad.

–Es un círculo –dijo–. Leer es escoger, pero para poder escoger hay que leer.

La «L» se quedó mirando al infinito y luego dijo de pronto:

–Si supieras lo bonita que soy en árabe. Ni en el más bello escritorio benedictino he sido caligrafiada de esa manera. Y, además, figuro dos veces en el nombre de su Dios, así que, imagínate... –y luego añadió de inmediato–: Lo que necesitaríamos hoy es a una personalidad como Erasmo. Su biblioteca no contenía más que quinientos libros, pero reunía toda la sabiduría de la civilización antigua. Reunir, leer, ahí está otra vez. Una biblioteca leída. En 1518, cuando desde Roma se preparaba una nueva cruzada contra los turcos (es decir, contra el islam), Erasmo escribió una carta a Paul Volz, el abad del monasterio benedictino de Hügshofen (quien por cierto se convertiría más adelante al protestantismo), en la que le decía que habría que hacer leer a los turcos las obras de Ockham y Duns Escoto, para que comprendieran nuestro mundo. El pueblo de ese *único* libro emprendió la guerra contra el pueblo de ese otro *único* libro. Y, fuera cual fuera su intención, Erasmo consideró que era bueno que los unos leyeran los libros de los otros, en plural.

La «L» se puso en pie y añadió:

–Tengo la impresión de que en los últimos quinientos años no han cambiado mucho las cosas. Pero debo irme, me necesitan por todas partes. A veces desearía ser una «X».

Junto a la puerta se volvió una vez más hacia mí:

–Da recuerdos de mi parte en Florencia. Si quieres verme de joven, en todo mi esplendor, vete a mirar allí.

Y la «le» desapareció por el camino del jardín. Cuando creyó que ya no podía verla, se vistió rápidamente con una cursiva Windows 2000 y echó a correr como si emprendiera una maratón.

Huellas

Lluvia roja

Uno de los aspectos más curiosos de hacerse mayor es que casi todo evoca un recuerdo. A lo largo de la vida uno construye un inmenso marco de referencias en el que todo guarda relación con todo. No es una frase muy afortunada eso de que todo guarda relación con todo, pero es así. Mientras escribo esto, en España es verano, y, a pesar del elevado grado de humedad que hay en mi isla, el viento procedente del mar calienta la tierra sin clemencia. Hace semanas que no llueve. Jaume, el cartero, y yo observamos las nubes grises. ¿Lloverá o no lloverá?

Jaume no sabe si lloverá, pero si así fuera, dice él, habrá barro, y yo sé qué significa eso: arena roja del Sáhara que las gotas de lluvia transportan hasta la isla. Mañana los muros encalados de mi casa mediterránea habrán sangrado un poco. Lluvia roja. Todo guarda relación con todo, sí, pues recuerdo ahora mi primer viaje a Marruecos por el borde del Sáhara. ¿Y por qué veo ahora, de pronto, a una mujer que lleva años muerta? ¿Y por qué veo casi al mismo tiempo una cajetilla roja de Pall Mall cuando hace ya años que no fumo? Con esa mujer hice hace mucho tiempo un largo viaje por los oasis tunecinos, Nefta, Tozeur. Aún siento los surcos de la pista y me pregunto si en lugar de pistas hay ahora, casi medio siglo después, carreteras de verdad. Es probable que sí, y no sé si me gusta la idea. Era emocionante circular por aquellos caminos polvorientos que eran como tablas de lavar hechas de arena. Por la noche acababa uno molido. Ella y yo nos encontrábamos no sé dónde en un cuartito de piedra escuchando el llanto y los agudos ladridos de los perros que envolvían el oasis como un gran círculo. Muchos años después, en otra vida, la mujer se cayó de una roca en una isla griega. Yo acudí a su funeral en Ámsterdam y me acordé de su risa, su voz profunda, su estupenda manera de emborracharse y el inolvidable brillo de sus ojos. El libro que escribí sobre aquellos viajes tunecinos se lo dediqué a ella, y sin embargo cuando salí del cementerio me sentí como si la hubiera traicionado, una sensación que jamás he olvidado. Los vivos abandonan a los muertos dejándolos solos en su noche perpetua.

¿Y la cajetilla de Pall Mall? Aquello debió de ser en Tinerhir o en Uarzazate, una noche en la kasba, hace ya casi también cincuenta años. Oscuridad, una tenue luz amarilla, calles sin pavimentar, un callejón angosto, un laberinto, me he perdido pero no siento pánico. Un grupo de hombres en chilaba. Uno de ellos lleva una flauta de madera. Me piden tabaco y yo tengo la cajetilla de Pall Mall. Me proponen un trueque, los cigarrillos a cambio de alguna que otra calada de la pipa que se van pasando entre ellos. Kif, una palabra que hoy ya no oigo mucho.

Subimos por una escalera estrecha, entramos en una pequeña habitación, apenas hay luz. Uno de los hombres toca la flauta, una melodía que envuelve y atrapa. La pipa se parece a la flauta, de madera tosca sin barnizar. Los hombres comprueban si lo hago bien. Le doy una fuerte calada a la pipa y el efecto es inmediato, no transcurre ni un segundo. Debía de ser un material excelente, pues mientras yo estaba en el suelo sentado entre los cuatro hombres, ellos me izaron y me colocaron boca abajo, de modo que acabé sentado en el techo cabeza abajo y desde ahí contemplé el mundo. Ahora, al describir la escena, se me antoja un delirio, pero sucedió así de verdad. Recuerdo que la

poca conciencia que me quedaba me dictó salir de aquella habitación cuanto antes. Me pregunto ahora si hice bien en seguir los dictados de mi conciencia. Tal vez, de haberme quedado, habría vivido algo excepcional. No recuerdo haber sentido miedo. Sí recuerdo mi decisión pero no su desenlace, pues ¿cómo se baja uno del techo sin caerse al suelo? ¿Acaso regresé a casa volando? ¿Y cuál era mi casa? La memoria me deja en la estacada.

¿Cómo será la memoria absoluta? Trato a veces de imaginarla. Una memoria que te devuelva todo cuanto has hecho (visto, oído, leído), todos los instantes de plenitud y de vacío. El problema es que esa memoria requeriría una vida de más, tan larga como tu vida ya vivida, y eso es imposible. ¿Adónde van a parar entonces todos los instantes vividos? Si yo no los recuerdo, ¿existen en la memoria de otras personas? ¿Se acuerda de mí alguna vez aquella muchacha de Casablanca, si es que todavía vive? ¿Y cómo me imagina ella? De eso hace ya también una eternidad. La chica, de una belleza espectacular, trabajaba en el Syndicat d'Initiatives de Casablanca. Eso lo recuerdo bien, y sin embargo no logro recordar su aspecto. ¿Qué valor tiene entonces semejante recuerdo? Ojalá pudiera volver a verla una vez más tal como la vi entonces, pero la memoria tampoco quiere ayudarme a recuperar esa imagen. Lo que sí recuerdo es que no me atreví a abordarla y que por eso salí afuera despreciándome a mí mismo profundamente, furioso por no atreverme a dirigirle la palabra. Me encaminé a la esquina, pensé en la enésima noche solitaria que me esperaba, me di la vuelta de inmediato y le pregunté a la chica si aceptaría cenar conmigo. Su respuesta fue enigmática. Sí estaba dispuesta a acompañarme, pero no comería conmigo. ¿Por qué no? Porque era judía y empezaba la Pascua judía o estaba a punto de empezar, y durante ese periodo no le estaba permitido probar bocado ni beber una gota. Y, en efecto, así fue.

Eran otros tiempos en Marruecos. Los judíos aún no habían emigrado a Israel y la chica tenía amigos árabes que regentaban un restaurante. Y ahí, sentada frente a mí sobre un gran cojín de seda, se pasó horas sin comer nada. ¿Por qué no recuerdo su rostro ni el tema de nuestra conversación pero sí el gran cojín de seda dorada? Gilberte Cahen, así se llamaba, su nombre sí lo he retenido. A veces lo pronuncio en voz baja como si de una fórmula mágica se tratara. Me acordé de ella más de una vez, como cuando me topé con la Gilberte de Proust, el gran amor imposible de Marcel, el protagonista de la novela. Marcel siempre estuvo convencido de que su amor no era correspondido, pero al final de su vida, cuando ya era demasiado tarde, Gilberte le confesó que ella también le había amado.

La lluvia roja no ha llegado. Hace bochorno, el viento ha amainado. Me encantaría volver a estar sentado con ella sobre aquellos cojines y escuchar lo que le dije aquella tarde, pero el tiempo que media entre aquel instante y el presente me ha hecho sordo y ciego. De aquí a Marruecos no habrá sino unos doscientos kilómetros de distancia, y sin embargo no podré regresar ya jamás a aquel pasado.

¿Cuándo se hace uno mayor? El departamento de Fanfarronería (en el mío trabaja más de un empleado interino) me ordena comunicar que hace dos años realicé el viaje de los 33 templos en Japón por segunda vez, lo cual exige caminar y buscar mucho, subir bastantes cuevas y escaleras de templos, algunas con 888 escalones. Poco tiempo

después realicé una travesía en barco desde Valparaíso a Buenos Aires rodeando el cabo de Hornos. Es verdad que el timón del barco no lo llevaba yo, pero también hay que decir que no cualquiera resiste un viento de fuerza 10 en el cabo. Lo que sí hice yo mismo fue conducir en coche hasta Bolivia por la famosa Ruta 40. La Ruta 40 es una carretera que no es carretera, pero es lo único que hay. Es más bien una pista, como la del Sáhara. Baches, agujeros, ni un tramo de asfalto, nada más que grandes guijarros y tierra. Nos advirtieron que era imposible circular por allí con nuestro coche. Basta que llueva un rato para que te quedes atrapado. Y llevaban razón, pues la lluvia forma enseguida unos surcos en la tierra que permanecen cuando ha dejado de llover, unas hendiduras tremendas; piedras arrastradas por la súbita corriente, el desierto a izquierda y derecha, lamas y bípedos con aspecto de avestruces que echan a volar cuando te acercas, alguna esporádica señal de presencia humana, algún coche circulando en dirección contraria envuelto en una nube roja de polvo, y así durante unos doscientos kilómetros. No puedo ni imaginar el día en que no pueda ya hacer cosas como ésas. Sé que llegará, pero todavía no, y esa frase pienso sostenerla un buen tiempo.

En fin, tendré que retornar a la pregunta inicial: ¿cuándo se hace uno mayor? Mi madre cumple este año noventa y siete años, con lo que yo sigo siendo un niño, eso ayuda. Se habla mucho de que la gente se hace cada vez más mayor, ¿y qué decir de los niños cada vez más mayores? Yo tengo ahora setenta y cuatro años, pero ¿cómo verías a un niño que se acerca a los ochenta? La primera vez que fui dolorosamente consciente de mi edad fue cuando una chica guapa me cedió su asiento en el tranvía. Yo no entendí lo que quería, y cuando lo entendí ocupé su asiento sólo por complacerla, pero me sentó un poco mal, la verdad. A mí todavía me agrada cederles el asiento a las señoras mayores y a las mujeres embarazadas. ¿Qué solución tiene esto? En primer lugar, cuando empieza a ser obvio que eres mayor porque te ceden el asiento, dejas de pensar que se trata de una chica guapa. ¿Cómo te atreves a pensar en eso? Esos tiempos ya han pasado. En realidad, lo que más me afectó en aquel caso fue el hecho de que para ella yo era un hombre mayor mientras que yo aún no me veía a mí mismo así. Quizá la chica vio algo en mi aspecto físico que yo no percibo interiormente. De todos modos, hay suficientes razones para ver la cosa desde otra perspectiva. En los últimos años se me han muerto amigos que eran más jóvenes que yo. Tal vez pueda medirse la edad contando el número de personas muertas que uno ha conocido. La imagen se invierte en el momento en que conocemos a más muertos que vivos. Pero eso no quiere decir que uno se sienta necesariamente mayor. Venga, venga, Nooteboom, ¿de verdad no te sientes mayor? Bueno, sí, la quinta copa de anoche me cayó peor que en otros tiempos. Y sentarme mucho rato sobre los talones en un templo japonés tampoco se me da muy bien, pero eso ya me pasaba antes. La paciencia para aguantar conversaciones estúpidas también se me ha agotado bastante; la crítica practicada por la nueva generación de incompetentes me es indiferente; y cuando veo venir el tranvía de lejos ya no intento batir el récord de los trescientos metros.

¿Qué te aporta la edad en compensación? En mi caso, un súbito regreso al pasado. Hace unos tres años escribí unas líneas un poco nostálgicas acerca de Homero, al que

leíamos en el internado en un libro encuadernado en tela marrón en el que no figuraba ni una palabra en neerlandés. Toda la *Iliada* y toda la *Odisea* impresas en destacados caracteres griegos. Mientras escribía aquel artículo volví a ver aquellas letras griegas delante de mí. Debí de perder el libro en alguna parte durante el largo trayecto entre 1949 y el presente, y tal fue la nostalgia con la que escribí acerca de mi Homero que una lectora residente en Limburgo me envió su propio ejemplar antiguo. De pronto me vi de nuevo en el instituto Immaculatae Conceptionis de los curas franciscanos en Venray. Veía la sala de estudios rectangular, cientos de muchachos, todos inclinados sobre sus libros, y entre las filas el monje que nos controlaba, el vigilante, con sus sandalias que crujían cuando caminaba. Volvía a tener frente a mí el libro de entonces, pero me sentí mucho más ignorante que el muchacho de dieciséis años que fui entonces, pues apenas logré descifrar ya nada del griego. Exceptuando un par de sustantivos, todo se había tornado hermético. Era incapaz de recordar el funcionamiento del sistema verbal, así que golpeé las puertas de mi memoria en la que alguna vez estuvo almacenado, pero el archivo estaba cerrado y bien cerrado, la cerradura se había oxidado. En algún lugar debía de encontrarse ese conocimiento, y sin embargo me era imposible llegar a él. El muchacho de entonces sabía más que yo ahora y no me dejaba pasar. Sentí cómo se cerraba todo un mundo delante de mí. Me acababan de des terrar de Troya y de Ítaca. Podría regresar, eso sí, pero únicamente mediante el desvío al que obliga otro idioma. ¿Y ahora qué? Hace diez años, creo, no habría tenido la paciencia de hacerlo, pero ahora, muy cerca del mismo mar en el que discurrieron las aventuras de Ulises y rodeado de un paisaje similar al de la *Iliada*, he regresado con prudencia a aquellos años perdidos. El libro y los caracteres son los mismos, pero junto al libro tengo ahora una traducción alemana, otra inglesa y un diccionario griego-neerlandés. Vuelvo a estar donde estaba cuando tenía quince, dieciséis, diecisiete años, me encuentro apostado frente a Troya en compañía de Agamenón y Menelao, y me sigue irritando como antes que los dioses inmortales se inmiscuyan en la guerra de un modo inaceptable. He regresado al lugar del que nunca me fui del todo. Han desaparecido las prisas con las que abandoné todo aquello. Dispongo de tiempo, y tal vez sea eso lo que caracteriza esta fase tardía de la vida, que uno se toma el tiempo que tiene.

Las nubes de esta mañana han desaparecido. El asno de mi vecino rebuzna como hace siglos que rebuznan los asnos. La lluvia, que me infundió la idea de que todo guarda relación con todo, no ha llegado. En su lugar, he pensado en Gilberte Cahen, en una pipa de kif, en la tormenta en el cabo de Hornos, en Homero y mi antiguo instituto, en una chica que me cede su asiento en el tranvía y en los amigos que ya se han ido. Y he pensado en el lugar que, según Proust, ocupamos en el tiempo y que es mucho mayor que el que ocupamos en el espacio. Sólo que para ello hay que haber vivido y no haber dejado de hacerlo.

Primeros viajes

1. Fronteras

«Serena is determined to learn the truth about the past, without realizing that the past, like the future, can only be imagined»². Esta frase la copié no hace mucho de una reseña de un libro, porque me pareció que contenía una gran verdad. No recuerdo de qué libro se trataba, pero sí que me llamó la atención que *imagined* pudiera entenderse como imaginar, e imaginar como «inventar». Explorando mi pasado imaginario, me encontré un día con un par de diarios antiguos.

No fue un placer releer esos diarios, la verdad. Su autor me resulta bastante insufrible, aunque reconozco que semejante afirmación es una muestra de vanidad y de falso pudor. Me cuesta identificarme con ese muchacho romántico, un poco exaltado, que se está haciendo a sí mismo y que aún tardará mucho en ser alguien. Los diarios que encontré recientemente estaban en unos cuadernos azules. La pedantería es ya notoria desde la primera página cuando empiezo con esa frase latina no del todo lograda: *Uglantarius hoc fecit* o bien *Esto es obra de Nooteboom* (mi apellido significa en neerlandés «nogal»). Con todo, yo le perdono a este joven sus defectos. Qué voy hacer si no. Le perdono sus ridículos amores por estrellas de cine y por chicas reales, su exaltación por lo que consideraba arte y su afición a la monserga ética que delata el ambiente del internado de curas en el que vivió. De querer aportar algo en su defensa, alegaría las miserias de la guerra, el divorcio de sus padres, el fallecimiento de su padre y su paso por familias adoptivas, pero no voy a hacerlo, prefiero recurrir al engaño de la tercera persona con el que procuro mantener a distancia esa imagen juvenil de mí mismo. Gracias a Dios no hay fotos de aquella época. La primera vez que llegué a Ámsterdam yo alardeaba de un bastón de rota, intentaba parecerme a otra persona sin saber a quién, seguramente a Truman Capote tal como figura en el reverso de *Other voices, Other rooms*, un escritor apasionado con un chaleco de brocado que, como en mi caso, tampoco se parecería a su posterior yo envarado. La pregunta es si lo contrario es también verdadero. Ese hombre de setenta y cuatro años, que mira con más aversión que afecto su propia letra redonda de su diario de antaño y lee un fragmento sobre las veces que ha pasado en bicicleta por delante de la casa de su enésima Beatriz imposible, ¿guarda aún alguna similitud con aquel chico exaltado de entonces? Que las pasiones de la juventud no se superan jamás lo aprendí en los pasajes idénticamente desesperados del diario de Thomas Mann, cuando el septuagenario se tortura a sí mismo con la pregunta de si el ascensorista de su hotel en Zúrich le ha mirado o no. Leyendo mis torpes confidencias de antaño me pregunté si en esas turbulentas y disparatadas reflexiones reflejadas en mi diario no se alojaba ya el núcleo de lo que más tarde sería el motor de mi escritura. Es casi imposible que no sea así, pero el aterrizaje no fue suave.

Al igual que esa tal Serena del libro que jamás leí, yo tuve que aprender que el pasado, también el pasado de uno mismo, sólo puede inventarse.

Sólo a partir de mi novela *De ridder is gestorven* (El caballero ha muerto), época que coincidió con el inicio de mis grandes viajes, empecé a acercarme a la persona que he sido posteriormente. Del tiempo anterior a esa época sé mucho y no sé nada. La escuela fue un fracaso. Me expulsaron de todos los internados, me fui de casa con dieciocho años y mi primer empleo lo obtuve en un banco, ocupación de la que sólo he retenido la

palabra *staffelen*, pues eso era a lo que me dedicaba. De hecho, no recuerdo en qué consistía la tarea. Según el diccionario Van Dale se refiere «al cálculo gradual de intereses de una cuenta corriente, que se realiza determinando el saldo tras cada movimiento y calculando los intereses de este saldo durante el tiempo en que no ha habido movimiento». Pues eso debió de ser lo que hice. Entretanto, en mi minúscula buhardilla, me consagraba a la lectura de Faulkner y de novelas femeninas. A saber qué entendía yo del inglés de Faulkner. Corría el año 1952. Sin duda escribía versos, que no quisiera volver a ver nunca más, y planeaba viajes. Me estaba haciendo a mí mismo, un proceso que no discurrió sin dolor. Ganaba unos cien florines y mi pensión ascendía a setenta y cinco.

Dos años antes, cuando aún no me habían expulsado de mi último internado, emprendí mi primer viaje al extranjero: fui en bicicleta desde la ciudad holandesa de Hilversum hasta Bélgica y Luxemburgo. Partí el 2 de agosto de 1950. Cincuenta y siete años después mi diario resulta tedioso de leer, pero algo tiene que contarme. Para empezar, que a mis dieciséis y diecisiete años todavía no sabía escribir. No se aprecia ni una pizca de talento en mi escritura. Incluso un par de años después, a la edad en que Rimbaud escribió sus *Illuminations*, Leo - pardi había aprendido hebreo, Huizinga estudiaba sánscrito y Mozart ya había compuesto unas cuantas sonatas, yo me relataba a mí mismo todo cuanto ya sabía, como que me había levantado a las cinco de la mañana y me había puesto un pantalón bombacho azul con una camisa de colores y sandalias o el jersey blanco de alguien llamado Enno, cuyo apellido no logré descifrar. Junto con este Enno, vergonzosamente borrado de mi memoria (por mucho que me esfuerce, no logro evocarlo, se ha esfumado por completo de mi mente, tendría que reinventarlo), emprendí aquel día mi primera gran aventura. Mi bicicleta era una Rufa Birota, aunque tampoco la recuerdo. Al inicio del cuaderno escribí con letra clara, mi letra posterior, «prohibida su publicación». Afortunadamente no se me ha ocurrido quemar el cuaderno en todos esos años, de lo contrario no podría ahora explicar qué es lo que fallaba en mi relato. En ninguna parte del diario me refiero a lo que después sería el recuerdo más importante de aquel viaje: el instante en que crucé la frontera belga y más tarde la luxemburguesa. Lo único que evoca la emoción de aquella experiencia en mi relato es que escribí la palabra frontera con mayúscula inicial: Frontera. Lo cierto es que la idea de frontera me fascinó durante mucho tiempo, tal vez por el simple hecho de que en aquella época, a diferencia de ahora, uno no la podía cruzar sin más ni más. Las fronteras, se me ocurrió ya pensar entonces, son tanto más misteriosas cuanto más invisibles son. En los puestos fronterizos resultaban demasiado obvias, por la barrera de rayas blancas y rojas y la caseta del aduanero. Era en el campo o en el bosque donde la frontera se tornaba misteriosa: de pronto, el territorio que se extendía al otro lado, cuyo aspecto era idéntico a aquel sobre el que te encontrabas, era otro distinto. En ese otro territorio estabas obligado a demostrar quién eras, pues reinaba ahí un rey que no era el tuyo, y aunque las gentes de esa tierra hablaran una lengua similar a la tuya, leían otros periódicos en los que se hablaba de otros políticos. Ante ti, cruzando invisible el aire, estaba la línea donde se detenía tu mundo y empezaba otro sistema de actitudes, leyes y opiniones procedentes de la lejana capital de aquel otro país. Comoquiera que fuera, aquel primer viaje fue mi primer encuentro con lo «otro», un encuentro que he seguido persiguiendo

incesantemente durante el resto de mi vida. A ello se añadió más adelante, durante ese mismo viaje, el sonido de otro idioma, ese punto también invisible en el que dos sistemas lingüísticos se rozan y donde, si querías ser entendido, debías articular los sonidos de otro modo. En el colegio ya había estudiado un poco esa lengua, pero ahora ésta se hacía realidad. Las personas con las que me encontraba no hablaban como mi profesor, sus voces y acentos poseían la emoción de lo auténtico. Si querías participar, tenías que mezclarte entre la gente, escucharla. Aprender mediante la imitación, que a su vez requiere invisibilidad, pues sin ésta no existe la observación. Como es natural, yo no sabía todavía que era eso lo que buscaba, pero cuando ojeo ahora mi cuaderno de hace casi sesenta años descubro mi primer intento de escribir una crónica de viaje. Hicimos el trayecto en bicicleta hasta Den Bosch de un tirón, visitamos allí la catedral y dormimos en Tilburg, la ciudad natal de mis padres. Ni una palabra le dediqué a la catedral, pero sí pegué en la siguiente hoja una postal de los bancos del coro de Diest, una localidad belga. Al pie de la postal puse 1491 con esa letra de patas de gallo de mi alma aún sin formar. Debería volver a visitar Diest, pues me resultan interesantes las *miseriordes* labradas sobre las que los canónigos apoyaban el trasero que aparecen en la postal. Era el 4 de agosto. Numeré las hojas de mi diario (61) y las llené de postales. Los bancos del coro de Diest, el valle del Hoëgne, una vista de La Gleize desde el Trou du Coq. Y, sí, de nuevo descubro algo en lo que me reconozco, aunque no lo mencione explícitamente en el diario: mi afición por ciertos nombres. El Agujero del Gallo suena prosaico, pero en francés resulta sugerente, Trou du Coq, un lugar que hay que visitar. Es sólo un ejemplo de esa fascinación por los topónimos que nunca me ha abandonado: Samarcanda, Balikpapan, Timbuktu, Isfahán, el mundo está lleno de nombres ideados por la poesía popular y local. Enigmas que se formularon hace siglos y cuya solución se ha perdido en la mayoría de los casos. Primeras fronteras, primeros nombres, primeras colinas, primeros castillos. El castillo de Falkenstein, el *donjon* de Vianden, Gorges du Loup; una factura de cincuenta francos del doctor P. Godart, médico inspector del distrito Grevenmacher en el Gran Ducado de Luxemburgo; una foto del autor siendo niño en un prado, acompañada de una nota que dice «depresión»; una foto de una chica llamada Mía. Ella viajaba con François, que trabajaba en una mina y no era su novio, lo que me permitió enamorarme de ella. Mía era alta y morena, según se observa en la foto que le hice. A François también lo fotografié. Está sentado encima de un muro y detrás de él se extiende un paisaje. Tiene la mirada seria y apocada. Al fondo, un río traza un meandro y se pierde en el paisaje brumoso. Quizá tenía que haberme hecho fotógrafo. Detrás de Mía, que acaba de bajarse de su bicicleta, se ve un carro con una pila muy alta de heno en una curva de la carretera. También hay unas colinas al fondo. Yo todavía no estaba acostumbrado a que un paisaje pudiera elevarse. Curvas, voluptuosidad, nombres, lenguas, los primeros «otros», a nada de ello me refiero en mi diario. Puede que todavía me faltaran palabras para describirlo.

Algo me aconteció en aquel viaje para que éste se convirtiera en el principio de una adicción que jamás he superado. Al término de aquel magnífico verano me esperaba de nuevo el internado de los agustinos. Acerca de la escritura no digo nada. El cuaderno concluye con una visita al Achelse Kluis, un monasterio trapense belga próximo a la frontera holandesa. Y aunque mi antiguo yo no me lo permita, escribo ahora sobre lo que

escribí entonces.

Next day to... Achel.
Un contraste extraordinario.
Coro-Hoguera
Albergue juvenil-Monasterio.
Chicas-Monjes.
Se estaba bien ahí. La comida, nada mal.
¡Había que levantarse a las tres de la madrugada!

Los monasterios contemplativos observan la norma de la hospitalidad. De eso era yo muy consciente, pues desde allí me dirigí al monasterio benedictino de Oosterhout. Hay una fotografía de ese monasterio en mi diario. Una bóveda muy alta de ladrillo, unas cuantas mesas austeras, los bancos sin respaldo en los que se sentaban los monjes. Platos vacíos, jarras de agua. Al fondo, la mesa para los huéspedes. Yo debí de haberme sentado a aquella mesa, pues en la foto aparece una crucecita y una fecha: 30-8-1950. El diario me cuenta cosas que ya no recuerdo: «Algo parecido había en Oosterhout. Visitando al Dom Boer O.S.B. El padre invitado era Dom George, del monasterio Barón Sloet tot Everloo, donde se oficiaba la misa. Visité la tumba de Dom Pieter van der Meer de Walcheren, hijo de Pieter van der Meer de Walcheren, quien escribe sobre esa tumba en *Los hombres y Dios*. Oficiar la misa en hábito original era muy divertido, al igual que pasearse en susodicho hábito. Finalmente tuve que marcharme de ahí también, pues ya era el 1 de septiembre y seis días después empezaba el colegio. Fui en bicicleta hasta Gorcum; en total hice en bicicleta mil kilómetros... Estaba agotado, de modo que hice autostop y me subí a un gran camión».

Un mes después empecé el internado. Anoté también con esmero mi horario diario: 5:45 Levantarse. 6:15 Misa. 7:00 Estudiar. 7:50 Desayuno. 8:15 Libre. 8:30 Clases. 12:10 Comida. 12:30 Libre. 13:30 Estudiar. 14:20 Clases. 16:00 Refectorio (comida). 16:15. Libre. 17:00 Capilla. 17:30 Estudiar. 19:15 Refectorio. 19:40. Libre. 21:00 Cama.

Dos años después yo ya formaba parte del mundo real. Había demasiada libertad a mi alrededor y me expulsaron del internado. Lo que me esperaba era un cuarto de pensión, un empleo en un banco, unas clases nocturnas en un instituto que pronto abandoné. Hermans y Reve³ habían escrito ya sus primeros libros, pero yo aún no había oído hablar de ellos. El empleo en el banco fue el único trabajo con contrato fijo que tuve en mi vida. No me planteaba estudiar en la universidad, y del servicio militar me libré por pesar menos de cincuenta kilos. Lo único que quería era volver a emprender un nuevo viaje. La ocasión llegó en 1952.

2. ¿Quién era Arthur Edell?

En 1952 cumplí diecinueve años. Empieza entonces la siguiente parte de mi diario. Mi caligrafía se torna más puntiaguda y ha llegado el momento de razonar. Tengo todavía dieciocho años cuando escribo: «Aquí somos gitanos, peregrinos hacia un país lejano. Así quiero sentirme». Había visto una película protagonizada por la actriz Pier Angeli, *Domanni è troppo tardi*, y me enamoré de ella. Le escribí una carta y recibí respuesta. Veinte años más tarde Pier Angeli se suicidó. Fama súbita, drogas y problemas. La fotografía y la carta que recibí de Hollywood procedían de una agencia, claro está, pero yo no lo vi así. Yo había enviado un mensaje a un mundo inalcanzable y me habían contestado. Eso me bastaba. Mi decisión estaba tomada: «Este verano solicitaré el despido del banco donde, Dios sabe cómo, he aguantado casi un año. Sacaré el dinero que poseo y viajaré al país que ha dado a luz a Pier Angeli. Qué lengua tan maravillosa es el italiano. Voy a estudiarlo, lo digo en serio».

El italiano acabaría siendo español, «el dinero que poseo» no resultó suficiente para llegar a Italia. Eso tendría que esperar a la siguiente primavera. Pero mis propósitos eran firmes: «Seré un vagabundo por los caminos de Dios, un hombre sin cuitas. [...] Ojalá pueda escapar de este país infinitamente sombrío en el que estoy confinado. [...] Lo que surja de ello será un maravilloso Libro Azul. ¡Oh, sentiré el calor del sol! Iré en bicicleta hasta Luxemburgo, de ahí en autostop, etc., por el este de Francia. *Metz, Nancy, Besançon, Lausanne et alors à l'Italie, et peut-être en étant économique... à la Grèce*». Mi francés no era todavía muy bueno, la verdad, y no seguía el paso de mis sueños y deseos. Sin embargo, sí era capaz de echar un jarro de agua fría sobre mis propios proyectos, como se observa en las líneas que escribí a continuación: «Planes, planes. A saber qué saldrá de todo ello. Pero ahora me toca hacer matemáticas. Matemáticas odiosas, abominables, aburridas. ¡Bah!». Cuánto lamenté más adelante haber renunciado a ellas, un arrepentimiento que todavía siento hoy. El viaje italiano acabó siendo un viaje a París. En el diario, éste no ocupa sino un par de páginas ilustradas con un retrato del autor, que en realidad aún es un niño, orlado con billetes de metro (Porte d'Orléans, Pigalle) y entradas de *musées, collections ou monuments appartenant à l'état*. El rostro del niño de la fotografía me resulta casi tan ajeno como sus palabras. «La reencarnación no acontece después de la vida sino durante la misma», escribí casi cincuenta años después a propósito de mi diario. Sí advierto que el soñador de esa fotografía no vivía todavía en los Países Bajos de Reve y Hermans. Aún tenía que escribir *El paraíso está aquí al lado*⁴, aunque eso él no lo sabía.

Un año después adquirí la obra de grandes poetas, como Lodeizen, Lucebert, Campert y Claus, pero antes seguramente conocí a Arthur Edell. El 24 de septiembre escribo la crónica de mi segundo auténtico viaje. Empieza con la declaración de que en breve partiré a Montreal. Nunca sucedió. Deberíamos disponer también de un atlas negativo, en cuyos mapas vinieran señalizados los viajes jamás realizados. Mi otro plan sí se hizo realidad, y dejaría su huella hasta en mi novela *Rituales*: mi primer viaje, inolvidable, a París, haciendo autostop junto con Arthur Edell desde Bruxelles. Escrito *Bruxelles*, no Bruselas. La afectación, entre bastidores, ya se me notaba en los pantalones bombachos.

Pero ¿quién era Arthur Edell? Vuelve a sucederme lo mismo que con el misterioso Enno: cierro los ojos y no veo nada. Probablemente sea una cuestión de reciclaje. En aquella etapa de mi vida en que las impresiones se sucedían a una velocidad de vértigo, necesitaba despojar de su identidad a las personas que de alguna manera, aunque bajo otra forma, habían ido a parar a uno de mis relatos o libros. Esas personas conservan su nombre y éste se torna un misterio. Le cedo ahora la palabra a mi joven yo.

«El 1 de junio era Pentecostés. El 3 de junio partí en tren hacia Bruselas, adonde llegué por la tarde. Tuve que coger un montón de autobuses y tranvías para llegar a la Avenue Hamorre 14.^a en Uccle; me costó muchos francos, energía y tiempo –tardé al menos una hora– y nadie sabía nada. Resultó que Marijke ni siquiera estaba en Bruselas. Regresé a B. con Mlle. Haps (?), que me regaló un billete de tranvía, y el viaje fue mucho más rápido que a la ida. Ahí busqué el albergue juvenil. Me fui a comer con un americano cuyo nombre no recuerdo y con un sobrino del famoso escritor noruego Gulbrandsen, llamado Tove. Por la noche salimos por el centro de la ciudad. Mi plan era quedarme en Bruselas, pero cuando conocí a Arthur Edell, de NY, me fui con él. Llevaba una mochila - la inmensa, además de una caja llena de pequeños bloques con la que cargué yo por echarle una mano. Es imposible describir todo nuestro viaje en autostop. En un momento determinado íbamos en el coche de un tal señor Robert Mine de Tournai. Éste nos contó que en Tournai había una catedral con cinco torres, lo cual suscitó la curiosidad estadounidense de Arthur, quien no descansó hasta haber fotografiado la catedral con todas las torres y su interior. Era una catedral magnífica –recuerdo que había una gran cantidad de sepulturas de canónigos, *chanoines*, construidas en el interior de la pared como panales de miel–. Con tanta visita se nos hizo muy tarde. Al fin logramos cruzar la frontera y llegamos a Lille. Nos soltaron en plena ciudad de Lille. Es imposible hacer autostop en la ciudad, de modo que tuvimos que salir de la ciudad (Lille) con todo nuestro equipaje a rastras. Se nos hizo cada vez más tarde. El señor Mine nos invitó a una cerveza. La cosa se lió cuando un comunista francés hizo lo mismo. El hombre conducía un monstruo de camión y nos soltó todo un discurso a voz en grito del tipo *les Russes-amis, les Américains-amis, Hollandais-amis, tous-amis*, etc. Edell, que sólo entendió la palabra *Américains*, pensó que el camionero era antiamericano, pues justamente en aquellos días se habían desatado huelgas en París por el asunto del general Ridgway (*Ridgway, go home, assassin*). Así que, por si acaso, Edell ocultó una banderita americana que llevaba consigo. El comunista nos llevó a un café, nos invitó a cervezas y nos enseñó a una mujer de lo más sexy. Más tarde me dijo Edell: “Cuando la tipa se inclinó ¿pudiste ver si todo era auténtico?”. Era una mujer verdaderamente *exciting*, y, encima, casada.

»No llegamos a París, claro está. Por la noche, en Bapaume, nos detuvimos en un bar de carretera. Pasamos ahí toda la noche, *vin ordinaire rouge*. Ninguno de aquellos camioneros, unos individuos grandes y orondos vestidos con monos azules, quiso llevarnos consigo. Fueron entrando en el café durante toda la noche hasta la una de la madrugada. Apenas repararon en nosotros. Preguntaban por Thérèse –pedían Pernod, coñac–, liaban sus cigarrillos –negros–, echaban partidas de dados y se marchaban. Duro el trabajo de esos hombres, circular en plena noche por la carretera con aquellos

tremendos carros y sus remolques camino de Portugal, de Marsella o de donde fuera. A la una de la madrugada nos echaron del bar. Arrastramos nuestro equipaje por Bapaume. Hacía frío. Nos echamos a dormir en un banco de un parque. A las tres y media me desperté y mi compañero también, ateridos de frío. Nos pusimos en pie y nos pusimos a caminar un cuarto de hora más. Enseguida salimos del pueblo. Empezó a amanecer cuando pillamos nuestro primer coche, a las cuatro. El hombre nos dejó en París –170 km–, donde llegamos a las ocho y media de la mañana, y a las diez entramos en el albergue juvenil. Edell montó todo un numerito en el autobús porque ni él ni yo entendíamos cómo funcionaba el sistema de los billetes. A mí lo que me gustó es la llegada a París, esa imagen lejana de la ciudad, vista desde la altura de la cabina del camión, como una silueta. Una imagen que todavía hoy echo de menos y que siempre echaré de menos. Me siento en casa en París, me gustaría vivir allí. Fueron unos días maravillosos los que pasé allí. Conocí a Patricia Beck, 6 Oxford Terrace, Tackleway-Hastings, Inglaterra. Y también a Siegfried Widmann, Stuttgart, Korntal, Hindenburgstrasse 43. Era un matrimonio, ella era una chica maja –creo que tenía unos veintiocho años y era madre–, una mujer verdaderamente encantadora que me enseñó muchas cosas acerca de la policía alemana. Esta noche les escribiré una carta.»

Así termina mi diario de 1952. ¿Escribí una carta aquella noche? ¿La conservaron ellos? ¿Vive todavía esa pareja? Sus rostros, restregados contra el muro del tiempo, han desaparecido, la memoria los ha borrado, no veo a ninguno de los dos.

¿Acaso mi memoria está demasiado llena? Quizás en algún lugar del mundo vive un Arthur Edell o una Patricia Beck, al igual que el señor Mine y el comunista que ha permanecido anónimo, camino de los ochenta años. ¿Qué hacemos con la gente que hemos conocido? ¿Son ellos las personas extrañas que a veces pueblan nuestros sueños? ¿Rostros cuyo nombre se ha desgastado? ¿Han dejado huellas en algún lado? ¿Son partículas minúsculas que participan en la escritura de mis libros? ¿Asociaciones inconscientes que vibran cuando pienso en comunistas, equipaje, americanos, carreteras nocturnas, camioneros, bancos de los parques, mujeres, franceses o policía alemana?

3. *Sì, Eminenza*

Mi viaje italiano lo emprendí la primavera siguiente, si no recuerdo mal. Como no conservo ningún diario de ese viaje, no estoy seguro. La memoria me arroja jirones de imágenes. Mucha luminosidad y resplandor, era mi primera incursión auténtica en tierras del sur. Veo la imagen de una carretera estrecha bordeando la costa a gran altura. Todo en aquel viaje fue dramático, una ópera. En realidad yo no estaba preparado para aquello. Recuerdo los olores de la carretera, tomillo, romero. Un idioma que no conocía sino del cine. En aquella ocasión viajaba solo y buscaba un lugar para dormir. Abajo, muy al fondo, había una bahía y unas lucecitas inaccesibles desde donde yo estaba. Descubrí entonces un cobertizo abierto en cierto lugar. Me encaminé hacia él con cautela. No había nadie, el cobertizo estaba aislado, no pertenecía a ninguna casa. Por aquel tramo de la carretera no circulaban coches, era una zona muy apartada. Luego, imposible recordar cómo, me alejé de la carretera principal y me perdí. Estaba cansado y

hambriento, eso sí lo recuerdo.

En el cobertizo hay un barco colocado sobre un soporte con ruedas. Me quito la mochila y me guarezco detrás de la proa en un lugar abierto y estrecho e intento dormir. No por mucho tiempo. Al rato oigo el sonido de una vespa, unas voces. Un hombre y una mujer. Están nerviosos. Ella rechaza al hombre entre susurros, él le insiste con voz ronca. El hombre apaga el motor de la vespa, durante un instante reina un profundo silencio. Resuellos, suspiros. El hombre también susurra ahora, en tono imperioso. Una luz ilumina por un momento el cobertizo, yo permanezco inmóvil mientras oigo a la pareja subirse al barco que al cabo de un momento empieza a balan - cearse ligeramente sobre el soporte. Estoy fascinado y a la vez siento miedo. Es demasiado tarde para darme a conocer, una navaja es lo menos que espero. Contengo la respiración mientras arrecia la tormenta encima de mí: cuchicheos, susurros, unos extraños gemidos, un grito triunfal, un llanto contenido, el sonido de la ropa al ser alisada. La pareja se baja del barco, veo cómo descienden sus pies. Permanecen en silencio. La vespa se pone en marcha y desaparece. Oigo alejarse el sonido en la distancia y me incorporo. Al cabo de un rato voy caminando de nuevo por la oscura carretera. Muy de vez en cuando pasa un coche que me ilumina fugazmente con la luz amarilla de los faros, pero nadie se detiene. La carretera desciende. Al amanecer, una niebla gris se adentra en el valle. Una hora después veo las luces del primer café. Un par de hombres hoscos están sentados en la barra detrás de una copa de vino. Fuman Nazionali. Practicando mi italiano les digo lo mejor que puedo que tengo mucha hambre: *sono molto famoso*. Resulta que no significa exactamente eso. Todo el mundo quiere ver quién es ese muchacho tan famoso con esa miserable mochila a la espalda. Una vez resuelto el malentendido y después de que todo el bar se haya desternillado de risa, me ofrecen unas rebanadas gruesas de pan con un trozo de salchichón.

De la Roma de entonces conservo unas cuantas imágenes. La figura de pájaro deshilachado de Pío XII en su *sedia gestatoria*, que sus sucesores dejaron de usar. Los primeros zapatos italianos de ante negro que me compré en unas rebajas y que a la primera lluvia se me cubrieron de moho. Gente guapa por las calles. Una chica con la que fui a ver *Enrique VIII* en un pequeño cine en la Via della Croce. Burl Ives, orondo y lujurioso, hacía de rey. Su voz doblada resultaba demasiado liviana para ese cuerpo inmenso bajo el que suspiraban todas aquellas reinas. Cuando acabó la película, la chica quiso verla otra vez y luego otra vez más. Yo no pude con tanto, de modo que la dejé sola en el cine, ya vacío, en compañía del rey Enrique, que por tercera vez empezaba su historia con sus cinco mujeres, y salí a la calle desconsolado. Nunca he olvidado a esa chica, pues siempre que paso por la Via della Croce vuelvo a buscar a aquella muchacha de dieciséis años. Las señoras de mi edad, que suelen lanzarme miradas extrañas cuando me ven merodeando por ahí, no se parecen en nada a ella.

También trabé amistad con un chico llamado Franco. Nos conocimos sentados en el borde de una fuente. Debía de tener aspecto de hambriento y le inspiré compasión. Yo ya había aprendido la diferencia entre *fame* y *fama*, así que no volví a incurrir en ese error. El chico trabajaba en Hacienda. Me invitó a comer con él en la cantina y me advirtió que repitiera lo que él decía, *pasta con fagioli*, *bistecca con patate*, muy

sencillo. La cantina estaba en un enorme sótano, tenuemente iluminado, donde comían unos doscientos funcionarios. Mientras mantuviera la boca cerrada nadie repararía en mí. Comí lo que comió el chico y durante un rato fui un joven funcionario italiano. Entretanto se me ocurrió otra cosa para conseguir dinero. Un monje del monasterio de Eindhoven, donde yo había estado interno, era *sacrista* del papa. Recordé que se llamaba Monseigneur van Lierde. Un *sacrista* es un sacristán de alto rango. Hay que ser cuando menos obispo para ocupar ese puesto: sacrista, sagrestano, *del Papa, prelado domestico che regola le funzioni liturgiche del Papa*. No sé cómo lo hice, pero la cuestión es que conseguí una cita con él en el Vaticano. Había que presentarse ante la Guardia Suiza, con su uniforme diseñado por Miguel Ángel. Recuerdo bien aquellas prendas teatrales de color amarillo y azul intenso, y en especial los altos yelmos con bordes y las alabardas, que parecían salidas de un museo. El hombre que me acompañó a visitar al obispo era, a mi lado, un gigante. Recorrimos unos pasillos anchos, infinitos, flanqueados por bustos de mármol de emperadores romanos, poetas y filósofos. ¿Será cierto eso? No he regresado nunca a ese lugar. Lo que yo *veo* ahora son unos pasillos interminables y la severa falange de cabezas romanas.

Al fin llegamos a una puerta estrecha de tono oscuro. Mi acompañante entró sin llamar y me hizo pasar a la antecámara, lo que me permitió comprobar cómo era semejante lugar. De hecho, la antecámara no es sino la habitación que está enfrente –o al lado– de la estancia situada detrás de la siguiente puerta. Un pequeño banco de felpa roja, un crucifijo, sin lugar a dudas, y la imagen de un santo; por lo demás nada. Detrás de la puerta oí una voz. El Vaticano es una corte encabezada por un monarca absoluto. Sabemos que además es otras muchas cosas, pero en aquel momento lo que se me ocurrió fue aquello. Me encontraba en una corte y oía hablar a un cortesano. Las cortes son jerárquicas, y aquel cortesano le estaba hablando a un superior, eso lo deduje del tono que empleaba y del título con el que se dirigía a él una y otra vez: *Eminenza*. Así se dirige uno a un cardenal. *Mas sì, Eminenza. Naturalmente, Eminenza. Senza dubbio*. Esa última expresión me la había enseñado Franco, por lo demás no fui capaz de seguir ni una palabra de la conversación. No obstante, algo aportó aquella experiencia a mi conocimiento del mundo, pues más adelante, cuando empecé a escribir mis crónicas de viaje, más de una vez me vi en la necesidad de hacer antecámara en las casas de mandatarios más o menos poderosos. El tiempo de espera se convierte en tales circunstancias en el indicador de tu lugar en el mundo. Por aquel entonces yo aún carecía de lugar, obviamente, pues aquella conversación se extendió ad infinitum, hasta que de repente entró en la habitación una figura, toda cubierta de púrpura, con el brazo derecho apuntando hacia abajo, gesto que interpreté como una orden: me hincué de rodillas y besé la gran piedra preciosa de su anillo de obispo. Se me daba muy bien eso de hincarme de rodillas. Junto con el besamanos vienés, la acolada rusa y el *knicks* inglés, es una práctica en vías de extinción. Por un instante te identificas con un personaje de una película de época. El obispo se dirigió a mí con amabilidad y afirmó acordarse del internado de los hermanos de su orden religiosa. Al término de la conversación sacó de debajo de todo aquel púrpura una cartera y extrajo de ella un billete de mil liras, unos diez florines de los de antes, cantidad que en 1953 no te permitía ir muy lejos pero sí avanzar un poco. Esa débil imitación del *old boys network* me procuró unos beneficios

adicionales, pues obtuve una recomendación para albergarme un par de días en un monasterio. Poco tiempo después concluyó mi viaje. Había conocido el sur, sin saber todavía que mi país no sería la luminosa Italia de la invariable ópera bufa, sino la España dura, mucho menos accesible, de Franco, que se extendía más allá de los Pirineos como un bastión cerrado. Al otro Franco, el muchacho que compartió su plato de pasta conmigo, lo volví a encontrar cuarenta años después en Milán. Había acudido a la presentación de un libro mío («un nombre tan raro no se olvida nunca») y lo vi sentado en primera fila. A pesar de la gran cantidad de años transcurridos, lo reconocí de inmediato. Nos abrazamos. Franco era jefe de la aduana italiana. También él había recorrido un largo camino desde el sótano de Hacienda. A veces desearía uno volver a verlos a todos, a los otros, a todas esas personas que ha conocido a lo largo de la vida de manera casual o menos casual, los rostros olvidados o recordados.

Nicole, Arthur, Franco, François, Mía, ellos fueron esos «otros» de mis primeros viajes, transformados y desfigurados por la imaginación de la que yo no era consciente entonces porque todavía no sabía que para poseer un pasado tendría que inventármelo, como el personaje de Serena con quien inicié este relato. Mi siguiente gran viaje fue el que me llevó a tierras del norte. Ese viaje, durante el cual conocí a la chica a quien dediqué mi primer libro, se convertiría, junto con el otro viaje a la Provenza que hice en su día con Philip Mechanicus, en mi fuente de inspiración de *El paraíso está aquí al lado*.

Y España, que vino después, es, al igual que mi primer viaje al trópico, otra historia.

Solo o acompañado

Solo o acompañado, ésa fue la pregunta crucial en un pasado para siempre perdido. Se formulaba en el confesionario y se refería al pecado de la carne. Dicho pecado podía cometerse de tres maneras: de pensamiento, palabra u obra. Para el pecado de pensamiento no se necesitaba compañía, pero si el pecado había sido de obra, uno sabía que le esperaba la eterna e ineludible pregunta: ¿solo o acompañado?

El rostro apenas visible del otro lado de la reja estaba deseando obtener una respuesta a esa pregunta, pues de ella dependía la penitencia que debía imponer, más severa si el pecado se cometía acompañado. Es curioso que me asalte ese recuerdo ahora que trato de reflexionar sobre el acto de viajar. Será porque cuando uno viaja se le plantean también esas dos opciones: solo o acompañado.

Suelo escribir mis crónicas de viaje en primera persona. Ello obedece a un doble motivo. El primero es que una gran parte de mis viajes los he hecho en solitario, y el segundo es que, cuando no viajo solo, la primera persona del plural me resulta estilísticamente incómoda, aunque sólo sea porque no queda claro quién es el que habla. Pero hay más. Aunque te acompañe otra persona –un fotógrafo, por ejemplo–, la mirada y las reflexiones siguen siendo las tuyas, de la misma manera que el fotógrafo mira por la lente con sus propios ojos. Nada tiene de heroico o romántico el viajero solitario. Ahora bien, quien viaja solo con frecuencia conoce bien las sensaciones que ello procura: el vacío de una habitación de hotel sin ninguna voz que te acompañe; la imposibilidad de compartir tus experiencias con otra persona; la falta de compañía que se compensa con un sentido más agudo de la observación; la ausencia de distracciones de la que se dice que favorece la concentración. Pero ¿es verdad todo eso? ¿Son las crónicas que he escrito como viajero solitario mejores que las que he escrito viajando acompañado? No lo creo. Aunque viajes con un amigo, el aparato de registrar sigue siendo tuyo. Durante el día tu amigo y tú tomáis a menudo caminos separados, y de noche, en la habitación del hotel, casi siempre estás a solas con las experiencias acumuladas del día.

Para ciertas cosas tengo una memoria pésima. El problema es recurrente. De lo contrario no se explica que no recuerde nada del primer gran viaje que hice con un amigo, excepto su nombre, que más adelante empleé como título de un libro. Él siempre me lo ha reprochado (y con razón). Pero debo empezar por el principio. Uno de mis primeros viajes en autostop fue al norte. Apenas había pisado el extranjero por aquel entonces. El viaje lo hice en solitario hasta que en Dinamarca conocí a una chica francesa. Irreparablemente transfigurada, esa mujer se convertiría en uno de los personajes protagonistas de *El paraíso está aquí al lado*, que escribí al año siguiente, en 1954. De alguna manera, ya no sé cómo, fundí en mi recuerdo aquel viaje al norte con otro viaje, también en autostop, a la Provenza. Éste lo hice en compañía de un chico, quien se convirtió más adelante en el fotógrafo Philip Mechanicus, el héroe protagonista de mi novela. Si no me equivoco –aunque en este tipo de cosas suelo equivocarme casi siempre–, nos conocimos en un albergue juvenil cerca de la Porte d'Orléans en París. A diferencia de mí, Philip sí tiene memoria. Eso conlleva curiosas consecuencias, como que él me atribuya toda suerte de dotes y proezas eróticas que deseo intensamente haber

practicado. Pero yo no me fío del todo de lo que dice, porque también sostiene que yo era capaz de interpretar silbando *suites* enteras de Bach, y sé que eso es mentira.

Fuera como fuera, en mi primera novela el protagonista, Philip, realizaba su viaje en solitario. Durante su viaje conoció a gente extraña y buscó y encontró a una chica china para más adelante volver a perderla. Y, como suele suceder con la ficción y la realidad, en la novela del Philip imaginario no aconteció ni una sola de las cosas que acontecieron en la realidad, que son las que el Philip real recuerda. En su interpretación de los hechos, yo fui un autostopista bastante obsesivo que sabía exactamente dónde debíamos colocarnos –y dónde no– para que se detuviera un automóvil. Lo pasamos muy mal, porque no teníamos un duro, pero en la novela no hay ninguna referencia a ello. Recuerdo que tuvimos que dormir en un mismo saco y que no había manera de meternos los dos dentro en posición horizontal. Así que nos metimos de pie, espalda contra espalda, cerramos la cremallera y a continuación nos tumbamos. Vivíamos a base de cebollas fritas y latas de caballa, eso sí me lo creo, aunque sólo sea por mi deseo de haber vivido semejante experiencia. Escribir una novela exige olvidar muchas cosas. Hay que borrar gran parte de la realidad vivida para dejar espacio a la imaginación. A mucha gente esto le puede resultar difícil. Mi pésima memoria, llamémosla así, se puso de manifiesto años después. Durante los cincuenta años que siguieron a aquel primer viaje lleno de aventuras, Philip y yo nos vimos con regularidad. El se convirtió en un famoso fotógrafo, escribió magníficos artículos sobre gastronomía en la revista *De Groe - ne*, hizo para mí algún que otro trabajo de fotografía, jugaba al billar en De Krings, y durante una época mantuvimos una correspondencia culinaria algo *snob* para una revista ya desaparecida. Más tarde vi sus magníficos retratos en los catálogos de subastas de Sotheby o Christie's, y durante todo ese tiempo él estuvo legítimamente convencido de que yo aún recordaba todo cuanto vivimos durante nuestro primer viaje, muchos años atrás, por la Provenza. Convicción errónea, pues hace un par de años vino a cenar a mi casa y para su asombro –y eterna vergüenza mía– no se me ocurrió otra cosa que preguntarle a media cena: «Oye, Philip, ¿cómo nos conocimos?». La respuesta sincera de Philip provocó mi sonrojo: «¿Recuerdas que una vez escribiste una novela titulada *El paraíso está aquí al lado?*». Mucho vino y *marc de champagne* se necesitaron aquella noche para arreglar mi metedura de pata. A continuación Philip escribió para el semanario *De Haagse Post* un artículo en el que me llamaba el Muchacho y en el que, para mi vergüenza, volvía a relatar nuestra historia con pelos y señales.

Hay cosas que uno olvida y cosas que sencillamente ignora, y ello me trae a la memoria a otro compañero de viaje, el filósofo alemán Rüdiger Safranski. Con él realicé a principios de 2005 una travesía en barco desde Valparaíso hasta Montevideo y Buenos Aires, a través del estrecho de Magallanes, el cabo de Hornos y el canal de Beagle. También este encuentro, hace ya dieciocho años, tuvo que ver con *El paraíso está aquí al lado*. Me habían invitado a impartir una conferencia en una librería de Berlín. Corría el año ¹⁹⁸⁷ y se acababa de publicar *Rituales*; aquella era una de mis primeras conferencias en alemán y yo estaba bastante nervioso. Después de todo, el acto no salió nada mal, la pequeña librería estaba bastante concurrida, la gente era amable y, al

concluir mi intervención, la librera me dijo: «Muy bonita su charla, elija usted un libro».

Sí, elige un libro entre diez mil libros mientras la gente charla. Miré a mi alrededor con aire desvalido y reparé en un libro grueso colocado en posición vertical sobre una pila. Schopenhauer, alcancé a ver desde la distancia. Le pedí el libro a la librera y ésta se echó a reír, por lo que pensé que había elegido el más caro, aunque no era el caso. «No, no», dijo ella. «Me río porque su autor está aquí hoy entre nosotros.» Por un instante me cruzó por la mente la idea de que no podía ser el propio Schopenhauer, aunque dicho así no se entienda muy bien. Lo que quiero decir es que por un segundo sentí la presencia del espíritu de Schopenhauer aun a sabiendas de que eso era del todo imposible. «Pues a lo mejor el autor me haría el favor de firmarme el libro», le propuse a la librera. El autor aceptó pero con una condición: que yo firmase el libro que él llevaba consigo, y que no era sino la primera edición alemana de *El paraíso está aquí al lado*, la de 1958, que por aquel entonces ya tenía treinta años de antigüedad. En su día el libro desapareció de las librerías inmediatamente después de su publicación sin dejar rastro alguno. No suscitó reacción alguna, no mereció una sola crítica, que yo supiera, y no me aportó ni un céntimo. Mis expectativas e ilusiones se frustraron. Sólo el diario *Vrij Nederland* publicó una crítica, mala naturalmente, con lo que la debacle fue total. Y sin embargo, en ese momento, en aquella librería, de repente tenía frente a mí a un desconocido –que, por si fuera poco, era autor de un ensayo sobre Schopenhauer– tendiéndome un libro mío que yo llevaba treinta años sin ver. «¿De dónde ha sacado usted este libro?», le pregunté. Y él me contestó: «Ese libro circuló en nuestro colegio como una recomendación secreta». Aquel instante se me ha quedado grabado en la memoria. El rumor de la gente al término de mi charla y aquel hombre frente a mí, en cuyo colegio, muchos años atrás, mi libro había sido una *recomendación secreta*. Pero aquello no fue todo. El hombre me confesó que desde sus diecisiete años había releído el libro cada año. Los libros llevan en efecto una vida secreta. Cuando les viene en gana se hacen los muertos. Desaparecen y no los vuelves a ver nunca más o reaparecen años después y les da igual si uno vive todavía o hace tiempo que ha dejado de existir. Si aquello fue para mí una sorpresa, para el hombre lo fue por partida doble, pues como no había vuelto a oír de mí, me creía muerto. Suposición errónea, obviamente, pues aquella misma tarde su mujer le había dicho: «Ese Nooteboom del que hablas a veces no está para nada muerto. Esta tarde imparte una conferencia». Y así nos conocimos. No mucho tiempo después recibí una invitación para instalarme en Berlín durante todo un año y aquel hombre que conocí en la librería se convirtió en una de las amistades más sólidas que he tenido en la vida, capaz de resistir hasta el viento de fuerza ¹⁰ en el cabo de Hornos. Pero no sin golpes ni embates, pues hubo que vencer otro cabo. Su admiración por mi libro se mantuvo siempre intacta. Sin embargo, uno mismo no admira sus propias obras. Las escribe, las conserva en su interior durante un tiempo, habla de ellas en entrevistas, se traducen, y al mismo tiempo desaparecen gradualmente, se desvanecen, le pertenecen a uno cada vez menos, y cuando al cabo de los años, por la razón que sea, uno las vuelve a ver, no reniega de ellas pero sabe que están ya lejos. Uno ve sus fallos, contempla su propia ingenuidad como en una foto de juventud. Nunca podré volver a ser el autor de ese libro. Para mí eso es algo muy natural, pero para la persona que ha guardado ese libro en su corazón no lo es, por lo visto. Noté que aquel hombre me reprochaba la distancia que había surgido entre mí y

El paraíso está aquí al lado. Incluso llegó al extremo de publicar no sé dónde que casi habría sido mejor que yo hubiera muerto después de escribir ese libro. En lugar de morirme pasé un maravilloso año en Berlín, y él y yo nos vimos con frecuencia, experiencia que reflejé en otra de mis novelas, *El día de todas las almas*⁶. Sólo Dios sabe qué sucederá con ese libro dentro de treinta años. Puede que pase algo o que no pase nada, yo ya no me enteraré.

Berlín había sido también mi destino un día de invierno en los años sesenta. Esa vez tampoco viajé solo. Me acompañaron dos personas, amigos míos y amigos entre sí, el poeta E. Hoornik y el periodista W. L. Brugsma, a quien más tarde dediqué mis *Notas berlinesas*. Para mí fue un viaje emocionante, para ellos un viaje normal. El motivo oficial era un congreso del partido comunista de la Alemania del Este, en el que estaba previsto que interviniera Jruschov, y que yo iba a cubrir para el diario *De Volkskrant*, pero en realidad se trataba de una visita a una Alemania distinta, una Alemania que había dejado de existir, en la que los dos amigos habían estado internados en un campo durante la guerra. Hacía frío y nevaba. En la frontera, que ya no existe, unos hombres con uniforme alemán verde registraban con espejos los bajos del coche. A mis amigos aquello les debió de evocar otros tiempos: hombres con perros, hombres vociferando en la misma lengua de entonces, hombres de uniforme. Ambos permanecieron en silencio. Conocían todo aquello, sabían que ya no debían ponerse nerviosos. Su excitación se manifestó más adelante, una vez pasados los controles de aduana, el congreso y las infinitas esperas que éste trajo consigo. No supe el objetivo secreto de la expedición hasta más tarde: mis amigos habían querido sumergirse en la nostalgia alemana, como una especie de conjuro o exorcismo. La fórmula mágica consistió en entregarse a una orgía de platos típicamente germánicos, desde el *frische Blut- und Leberwurst* ⁷ hasta el *Schweinhaxe, Hackepeter y Saumagen*⁸, acompañados de cervezas Bommerlunder y Pilsener Urquell. Aquello fue una misa teutona inolvidable que no recuerdo cómo acabó, pues su final ha desaparecido en una bruma de *aquavit* y cerveza por la que deambulé por el Kurfürstendamm de camino al hotel. También ese viaje se transmutó más adelante en palabras en *El día de todas las almas* y *Notas berlinesas*.

El hombre con quien más he trabajado es un fotógrafo, Eddy Posthuma de Boer. Cuando hace cuatro años cumplí los setenta, mi editorial me sorprendió con un álbum de fotografías de nuestros viajes de antaño por Brasil y Bolivia, Japón y Tailandia, Gambia y Mali. En las instantáneas que me hizo Eddy el paso del tiempo se observa en mi rostro, hasta que, allá por los años ochenta, desaparezo del libro. Aquél fue el momento en que dejamos de viajar juntos. No mucho tiempo después, la revista *Avenue*, para la que trabajamos durante años, moriría a causa del afán modernizador de una nueva redactora jefe apoyada en su empeño por algunos directivos, que como siempre creían saberlo todo mejor que sus lectores.

Los viajes con Eddy no los olvidaré jamás. Hubo de todo, selvas y desiertos, hoteles siniestros y aviones cutres, detenciones, palacios presidenciales y muchas otras cosas que hacen inolvidable una amistad de años. Al hojear el álbum se agolpan en mí todos los recuerdos: las bellas mujeres peulh de Mopti con sus aretes de oro del tamaño de la

mano de un niño; las rejas de Gambia tras las que me encerraron por no bajarme a tiempo de la bicicleta al pasar el automóvil del presidente; una red enorme llena de cráneos calcinados perte necientes a los cazadores de cabezas en el *longhouse* de los dajaks en el interior de Kalimantan; los fríos espacios vacíos del hotel Esplanade en el Postdamer Platz de Berlín, con vistas al Muro y al lugar en el que habían estado apostados los tanques de Hitler. Todo un mundo que ya para siempre formará parte de mi archivo interior: las conversaciones con ancianos sacerdotes en el interior de Bolivia; la pasión de Eddy por los campos de fútbol y la mía por los cementerios; ciertos caprichos que nos concedíamos el uno al otro y sobre los que luego hablábamos durante horas en insólitos hoteles; su paciencia cuando me explicaba que había ciertas cosas que no debían fotografiarse. Jamás discutimos, creo yo, durante todos aquellos años. Sí recuerdo que un día Eddy se quejó de que le obligaba a comer continuamente. Espero que entretanto me lo haya perdonado. En mi libro *Nootebooms Hotel 9* intenté expresar lo que para mí es la esencia de su arte, una definición que sigo creyendo válida: «Algunas de sus fotos las llevo tan grabadas en el alma que a menudo siento como si hubieran sido impresas sobre mi persona en lugar de sobre papel. Se hicieron en mi presencia; yo vi la transformación, en un solo segundo, de una persona en fotografía, y sé que de otro modo ese segundo se habría disuelto en la inmensidad del olvido en que transcurre nuestra existencia, porque sin el olvido nos volveríamos locos».

Releyendo mis palabras, soy capaz de sentir las literalmente. Todos aquellos viajes que hicimos juntos se recogieron no en uno, sino en dos libros. Uno es el libro que se puede sujetar en las manos para leer los textos que yo escribí y mirar las fotos que él tomó; el otro es el libro interior, tanto de Eddy como mío, cuyas fotos, en mi caso, están impresas sobre mi persona en lugar de sobre papel. Cinco amigos: Philip Mechanicus, Rüdiger Safranski, W. L. Brugsma, Ed. Hoornik, Eddy Posthuma de Boer. Bromas, confidencias y recuerdos compartidos, viajes a lugares próximos y lejanos, viajes únicos y siempre distintos, nostálgicos e intrépidos, duros y divertidos, en gran parte olvidados y sin embargo inolvidables.

Mucho más no necesita uno.

El Gran Río

El *Gran Río* no era un barco grande. Todavía hoy me acerco alguna vez a las esclusas de IJmuiden para contemplar los barcos que pasan, los grandes y los menos grandes. Si el día no está cubierto y no hay niebla, pueden seguirse con la vista a gran distancia, hasta ese punto siempre impreciso en el que uno deja de avistarlos definitivamente. Entonces los barcos pertenecen al mar, lo que significa que se han perdido de vista. Si, por el contrario, uno se halla en el mar, pierde de vista todo un país, y eso no es poco. Me enrolé como marinero en el *Gran Río* porque me había enamorado de una muchacha surinamesa. Por aquel entonces, si uno quería salir con una chica menor de veintiún años, se requería el permiso del padre. El padre en cuestión juzgó que antes de nada debía ir a presentarme. Ese señor era director del SMS, la Compañía de Navegación de Surinam, en aquellos tiempos todavía colonia neerlandesa, y su flota constaba de un buque costero, el *Prins Bernhard*, y unos cuantos barcos transbordadores. El buque hacía la travesía de ida y vuelta entre Surinam y Curaçao, San Juan, Nueva Orleans, Belém y Cayenne. Había llegado el momento de adquirir un segundo buque y ése fue el *Gran Río*, entregado en el verano de 1957. Éste haría su primera travesía hacia Sudamérica para no regresar nunca más. Para realizar aquel viaje inaugural se necesitaba tripulación. Mi futuro suegro me hizo una propuesta por escrito: viajar gratis como pasajero o costearme el viaje trabajando de marinero y ganando 459 florines. Esta última propuesta la acompañó con un comentario entre paréntesis: (eso haría un americano). Entendí que el hombre me había reclutado y me enrolé como marinero. Reclutar, enrolarse, unos términos que me hacían sentir como si hubiera ido a parar a un libro de aventuras para chicos. El buque iba a permanecer en aguas caribeñas, de modo que no estaba nada claro cómo iba yo a regresar. Dinero no tenía. Así que decidí personarme en la revista *Elsevier*. Aquélla fue una visita memorable. El redactor jefe era por aquel entonces W. G. N. de Keyzer, del cual se decía que había arrojado a un rival suyo por las escaleras. Yo acababa de publicar una primera novela lírica y era mucho más joven que los gerifaltes que trabajaban para la publicación. El hombre tenía un despacho impresionante. A mis ojos, aquello era el mundo real. Con mi voz de soprano le expuse mis planes. Escribiría artículos sobre todos los puertos en los que íbamos a recalar y luego continuaría mi viaje hacia la Guayana francesa. El redactor jefe me escuchó sin decir una palabra, hasta que sonó el teléfono. También al teléfono se mostró parco en palabras. De vez en cuando decía «sí, Eppo», «no, Eppo», de modo que deduje que se trataba de Eppo Doeve, el ilustrador de la revista. El hombre puso de repente la mano sobre el auricular, me lanzó una mirada penetrante y dijo: «Es Eppo Doeve, está en el océano Ártico, a bordo del *Crucero de las Siete Provincias de Su Majestad*». Entretanto garabateó algo sobre un papelillo que me entregó nada más colgar el teléfono: dos mil florines para gastos de viaje, ponía. Así fue como me convertí en marinero a la par que en periodista, sin saber todavía lo que me es peraba. Embarqué con mi Olivetti 22, un tomo del *Cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell y, si mal no recuerdo, los poemas de Slauerhoff. Me presenté ante el resto de la tripulación, en gran parte surinamesa, un verdadero arco iris que empezaba por el blanco (capitán, maquinista, primer oficial),

pasaba por diferentes colores, desde el choco - late hasta el negro y el capuchino, y desembocaba de nuevo en el blanco, que era yo, el inferior. Mis tareas consistían en servir a los oficiales en la mesa, bajar por la escalera de hierro al cuarto de máquinas, donde hacía un calor de muerte, portando una bandeja con limonada, hacer de pinche de cocina y limpiar los servicios. El *Gran Río* pesaba catorce toneladas, pero el camarote que yo compartía con un chico surinamés era muy pequeño. Él dormía arriba, yo abajo. No nos comunicábamos mucho, pues él hablaba el sranan tongo, la lengua de Surinam. Nos entendíamos mediante risas. El chico se llamaba Demarara, y era tan negro como yo era blanco, es decir, muy negro. La memoria y la realidad no están emparentadas, como bien se demuestra en las cartas que escribí por aquel entonces a mi novia y que más tarde me fueron devueltas, cartas enamoradas que destilaban quejas: que tenía que trabajar más de lo convenido, que el buque avanzaba muy despacio, que era difícil soportar la visión diaria de esa infinita masa de agua gris. La memoria, sin embargo, me habla de otra cosa, me habla de la primera noche en Lisboa, del buque anclado en medio del río, de la ciudad meciéndose inalcanzable en la oscuridad. Yo ya había estado anteriormente en Lisboa, durante un viaje que hice en autostop, y sabía que en esa ciudad que tenía enfrente, en un barrio de oscuras callejas, se cantaban fados, y que el poeta Slauerhoff se había paseado por ahí. Aquel suave vaivén en medio del río me resultaba insoportable. El resto de la tripulación tenía otros deseos. Finalmente logramos que nos concedieran permiso para tomar una lancha y acercarnos al muelle. Ésa fue la primera vez que escuché a Alfredo Marceneiro, una voz áspera y ronca que contenía toda la desesperación del mundo, la *saudade*, esa particular provincia portuguesa de la melancolía, territorio favorito de los enamorados.

Al día siguiente, después de la carga y descarga de mercancías, zarpamos muy temprano. Era el 20 de junio. Pasamos por delante de la torre de Belém y enfilamos hacia el océano. Yo no podía saber aún que esa travesía retornaría treinta años después a mi libro *La historia siguiente*¹⁰. En realidad uno escribe siempre mucho antes del propio acto de escritura. En el barco no era yo quien escribía, sino el capitán, que en su cuaderno de bitácora hacía sus anotaciones en una lengua que para mí era indescifrable, un código secreto. *Profundidad y estado de la marca de los imbornales respecto a la línea de flotación. El calado medio del barco en agua dulce y zona de navegación tropical es 13'10"4, en zona de navegación tropical de agua salada 13'07". Calado controlado al entrar en alta mar: Lisboa, 20 de junio de 1957, el calado de Proa 07'01. Popa 08'10. Distancia desde el centro del círculo de la marca de los imbornales hasta la línea de agua (línea de carga) – Etribor +05'04"5. Babor +05'04"5 – Peso específico del agua 1.015.*

El trayecto Ámsterdam-Lisboa nos llevó cinco días. En el cuaderno de bitácora leo: «El barco cabeceaba y daba ligeros bandazos», y así fue durante toda la travesía. En la página 18, la pluma no siempre clara del capitán escribe en su código secreto: 20:55 C. Roda, el oficial de puente, embarca en la bahía de Cascais. Remontamos el río Tajo según indicaciones del oficial de puente. Pasamos a las 22:25 Forte d. Sao Julio 22:57 Belem Castle Anclamos en Lisb. 23:20 SB ancla + 75 sdm – cadena en 18 sdm. Las luces del ancla funcionan bien. Los cálculos son los mismos. A continuación vienen las

trece extensas páginas de *Lisboa hacia Port of Spain*. En mis cartas leo que tanto el capitán como el primer oficial, quien me permitía pasar con él mis horas libres en el puente de mando, me confesaron que solían morir de aburrimiento a bordo. Mucho tiempo después aquello me inspiró un poema, uno de cuyos versos reza: «La desazón que entonces no sentí la siento ahora». Reconozco que es un verso extraño. Más tarde realicé otros viajes en barco, lo que demuestra que la desazón no fue tan grande como para no repetir la experiencia, y sin embargo aquel verso había sido sincero. La vasta superficie del mar produce cierta congoja. Cada barco que divisábamos en el horizonte devenía un acontecimiento, aunque normalmen - te no había nada que ver. Sólo muy de vez en cuando un pez volador, motivo de gran revuelo. El duro trabajo ocupaba los días, no había tiempo para pensar, la superficie del mar nos envolvía permanentemente. Los oficiales de puente me hicieron sudar la gota gorda. Nunca olvidaré algunas de las cosas que me dijeron: «Oye, ¿por qué a ese tipo le pones el cuchillo derecho y a mí inclinado? ¿Será porque tiene la piel más clara que la mía?». «No señor, es por el movimiento del barco.» «Muchacho, no seas impertinente.» «No, señor.» «Vete a limpiar el váter, que tiene el borde marrón.» «Sí, señor.» Días instructivos para un marinero que había escrito un libro que no importaba en aquel mundo. Las actitudes de los compañeros, las conversaciones, los sucesos. Por la noche me retiraba a un rinconcito de la cubierta y pensaba en las historias que me habían contado. Recuerdo el sonido de los motores, el rumor de las olas batiendo contra el barco, y en el cielo aquel otro mar, el de las estrellas, unas estrellas como no se ven desde la tierra. Imposible leer o escribir. Me pasaba horas apoyado en la borda de la cubierta de popa observando la estela de espuma que dejábamos atrás y que se abría en abanico hasta formar un triángulo infinito de largos lados que desaparecía en la nada.

El jefe de cocina era un hombre menudo, un poco amarillento, y tenía un bulto. Era amable, eso sí. La gente se quejaba de la comida, claro está, pero él no perdía el ánimo. A pesar de que era verano comíamos rancho de invierno. Había que limpiar los arenques, cortar cebollas, pelar patatas para el puchero. Judías pintas con arroz, pescado en salazón, el alimento del trópico. Un día el jefe de comedor vino a preguntarme si «les» podía prestar la máquina de escribir. Con el «les» se refería a los otros marineros. No me atreví a preguntar qué pretendían hacer con mi máquina, mas no tardé en percatarme de sus intenciones. Desaparecieron todos en el camarote del jefe de comedor. Yo los oía hablar y reír desde la distancia y luego escuché las primeras pulsaciones sobre mi Olivetti. A continuación se hizo un breve silencio, una voz habló en sranan y acto seguido se desató un huracán de risas y carcajadas, frases hilarantes con exclamaciones continuas de ¡Hombre! ¡Chico!, y luego de nuevo el tecleo. Reconocí las risas de Demarara y del jefe de cocina y me sentí excluido. Una hora después se disolvió la reunión. El jefe de cocina vino a devolverme la máquina de escribir con el semblante sospechosamente serio y me tendió una hoja mecanografiada. El relato concluía con la advertencia: «¡¡¡Tirar por la borda frente a Trinidad, por favor!!!». Todavía hoy lamento haber obedecido esa instrucción. En su relato, mis compañeros se presentaban a sí mismos como unos muchachos que estaban en clase con una profesora blanca y rubia de exuberantes formas y agraciada con toda suerte de atributos físicos de los que ellos disponían a su antojo. Un

barco es en cierto sentido un monasterio, así que esas situaciones se dan y se viven con alegría. Al parecer también la profesora llevaba años esperando aquel momento, pues aquello desembocó en una gran fiesta. Los detalles se me han borrado de la memoria, pero sí recuerdo que todo el mundo estaba muy feliz y contento.

Un instante misterioso. Lo notas mientras duermes. El bar - co se balancea de manera diferente, es como si rodara. Te levantas y miras por el ojo de buey. Tierra, colinas. Después de catorce días, nos aproximamos a Port of Spain, el puerto de Trinidad. No sé si fue ahí donde vi cómo el mar se tornaba de repente marrón, color tierra. Le pregunté al oficial de navegación a qué se debía ese fenómeno y él me contestó: «Arena del Orinoco». Esas palabras aparecieron más adelante en mi poema «Gran Río». Seguí al capitán hacia la oficina de administración del puerto como si fuera un sirviente chino. Él me precedía, grande y blanco; yo llevaba la cartera con los documentos. Seis años después de mi primera salida al extranjero, mi primer trópico y mis primeras crónicas de viaje. A la semana siguiente remontamos el río Surinam rumbo a Fort Zelanda. El barco iba todo engalanado. Fuera bailaba una multitud negra ataviada con prendas de colores vivos. Primera lección: el calor. Mi futuro suegro subió al barco, zapatos blancos, traje *palmbeach*. Por la noche se celebró una gran fiesta en el casino, mambos y merengues, una música de otro mundo, una alegre algarabía, mujeres acicaladas con colores maravillosos, un bautismo de fuego. Entre todas aquellas mujeres había una a la que mi futuro suegro llamó haciéndole señas con el dedo. Ignoro si su intención fue someterme a examen, pero cuando la chica llegó, él me empujó con suavidad hacia la pista de baile y ordenó: «A ese *bakra*¹¹ hay que enseñarle a bailar. *Nancy, give him the lead!*». Luego los sonidos de la noche del trópico, los bufidos o el croar de sapos y ranas, y tantas cosas que yo aún no era capaz de identificar. Las risas y la algazara de la gente convertían el silencio del mar en un lejano recuerdo. Nunca he podido desprenderme de todo aquello. Todo cuanto escuché y viví a bordo de aquel buque y en los puertos durante la travesía y lo que aún estaba por suceder en las semanas siguientes... –mi viaje a la Guinea francesa, el ancho río con sus canoas, los pueblos de los negros cimarrones y de los indios cerca de Marowijne–, todo quedó almacenado en mi memoria para ser vertido en el libro al que pondría por título *De verliefde gevangene* (El prisionero enamorado).

Gran Río

Para F. D. L.

1957

Catorce hombres, catorce días,
Un buque en el océano.
Por la gran red del verano
El buque avanza como una araña
Dejando atrás un diario de espuma de mar
Que nadie leerá.
En ese preciso lugar del tiempo
Hago guardia bajo las estrellas
Que no se designan a sí mismas.
La desazón que entonces no sentí la siento
Ahora.
Yo estaba en cubierta, a solas,
Dentro de mi cuerpo de antes, distinto.
Ni un pensamiento, ni un barco a la vista,
El cargamento de la vía láctea
Iluminaba la superficie del mar
Hasta que ésta adquirió el color del barro
Y el barco avanzaba de otra manera, y el oficial exclamó
Arena del Orinoco.
Entonces vi la tierra dentro del agua
La boca delante de los ojos
Y más adelante la ciudad de tu casa.

El rey de Surinam

Nunca he sido capaz de retener los nombres de los aviones raros en los que he volado, excepto el Antonov 140 y el DC-3. Ojalá hubiera sido capaz, aunque sólo fuera por el placer de sorprender a la posteridad. En alguna ocasión sí he sabido impresionar a mis acompañantes. Siempre que divisó uno de esos aparatos prehistóricos posado sobre el asfalto sudoroso de algún aeropuerto del Tercer Mundo proclamo, como quien no quiere la cosa, que yo he volado con eso. El comentario delata mi edad, obviamente, pero al mismo tiempo me otorga un aura de aventurero.

Sólo por eso ya es de lamentar haber olvidado la mayoría de los nombres de esos aviones. Habrían embellecido mis relatos, desde luego.

Corría el año 1957 y yo estaba en Surinam, en el aeropuerto de Albina, cerca del Maroni, el río que hace frontera con Cayenne, en la Guinea francesa. Había llegado a Sudamérica en barco trabajando de marinero, y de Paramaribo me trasladé a Moengo a bordo de un barco de la Compañía de Navegación de Surinam. Era mi primera visita al trópico. Recuerdo el río de color fangoso flanqueado por un escuadrón de árboles susurrantes, de denso follaje, en apariencia impenetrables. Yo estaba entusiasmado con todo aquello. Mi viaje se había vuelto un relato de aventuras: la excursión en autobús a Albina por una carretera que en realidad no era aún una carretera, la tierra extraordinariamente roja, la magia de aquellas voces fuertes e ininteligibles que me envolvían, y más adelante, en Albina, el silencioso recorrido en canoa por el ancho y terso río. Fue todo maravilloso, pero el viaje llegó a su fin y tuve que regresar a Paramaribo. Había viajado en barco desde Ámsterdam, de modo que el vuelo de Albina a Paramaribo iba a ser, si no recuerdo mal, el segundo vuelo de mi vida. El primero había sido un paseo en avión sobre Ámsterdam, que había ganado dos años antes en un concurso de aviación organizado por el diario *De Volkskrant*.

¡Han transcurrido cincuenta años! ¿Quién se acuerda de cómo era por aquel entonces el aeropuerto de Albina? A través de la opacidad de los años divisó una especie de campo de fútbol enorme en medio de lo que, por simplificar, llamaré la selva. Junto a un pequeño edificio había un avión minúsculo, parecido a un cochecito alado, con el morro extrañamente elevado. El avión, cuyo nombre no recuerdo, disponía de tres plazas.

Y una de esas plazas era para mí, eso estaba claro. La segunda para el piloto, como era lógico. Yo estaba muy excitado y también un poco asustado. Estuvimos esperando al tercer pasajero en un baño de sudor. Al cabo de un buen rato, el piloto me comunicó que no podíamos despegar todavía porque el pasajero que esperábamos era un hombre de peso. Y, en efecto, así fue, y en más de un sentido. Al cabo de una hora, durante la cual el calor había ido en aumento, apareció en el campo una enorme limusina negra envuelta en una nube de polvo rojo. El automóvil estaba totalmente fuera del contexto de la selva, las cabañas y las canoas. La banderita de colores que ondeaba sobre el guardabarros delantero lo hacía aún más especial. El chófer vadeó el polvo para abrir la puerta de atrás del automóvil y se apeó un hombre negro, extraordinariamente corpulento, vestido con un uniforme impecable. El rey de Surinam, pensé, no podía ser menos. El hombre se encaminó hacia el mosquito en el que nos encontrábamos. El chófer le seguía, con paso corto y rápido, cargando con carteras y una valija diplomática.

—¡Madre mía! —exclamó el piloto.

Eso lo recuerdo muy bien. El rey de Surinam tomó asiento y el aparato dio un bandazo definitivo hacia la derecha.

—¡Madre mía! —repitió el piloto—. Esto va a ser imposible.

El chófer depositó una cartera sobre el regazo impecablemente uniformado del hombre, y luego otra, y otra más, y a continuación la valija diplomática. El césped del campo se veía cada vez más cerca.

El rey de Surinam nos saludó afablemente, con una sonrisa de esas con las que uno podría disfrutar todo un año, y empezó a abrocharse el cinturón. Yo intentaba inclinarme un poco hacia la izquierda, pero, como ocupaba el asiento infantil del centro, no me sirvió de mucho.

Este último pasajero resultó ser el jefe del distrito de Marowijne. Puede que no sea cierto que el piloto se dirigiera a él con el título de Su Excelencia, pero doy fe de que el piloto le advirtió, en el tono más humilde que alcanzaba su registro, que todas aquellas carteras no podían ir en el avión.

—Las carteras se vienen conmigo —respondió el rey—. Y además llevo una maleta. Con mi uniforme —añadió, por si acaso.

—En tal caso no podremos despegar —sentenció el piloto.

Silencio. Calor.

El rey se dio la vuelta y se me quedó mirando. Advertí que estaba tanteando mi peso.

—Tengo una importante reunión con el gobernador —puntualizó el hombre.

No recibió respuesta alguna.

—Así no vamos a despegar —repitió el piloto al cabo de un rato, como si se le acabara de ocurrir—. Quiero decir, es imposible.

—¿Tiene usted prisa? —preguntó el rey. Una pregunta que sólo podía ir dirigida a mí.

—El señor tiene un billete válido —intervino el piloto.

Le habría besado.

—Tengo que estar en Paramaribo dentro de una hora —dijo el rey.

—Pues, tal como están las cosas, ni siquiera es posible despegar —insistió el piloto.

El piloto zanjó el asunto ordenando pesar a todos los pasajeros. Como no éramos más que dos, la operación fue rápida. En aquellos días yo era más bien delgaducho, razón por la cual me había librado del servicio militar. Pesaba poco más de cincuenta kilos, lo cual era bastante menos que el equipaje del dignatario. Cuando el hombre se subió a la balanza, la aguja empezó a girar como si quisiera arrancar un vals. Había llegado el momento de negociar, o mejor dicho, de comenzar el teatro propio de toda negociación. De mi minúscula estatura no se podía eliminar nada, eso estaba claro, y equipaje no tenía. Entre suspiros, el jefe del distrito fue abriendo una cartera tras otra, se puso a repasar los documentos y negó con la cabeza. ¿Cómo iba a gobernar el país sin sus documentos? ¿Qué diría el gobernador si se presentaba con el uniforme sudado en el palacio blanco? El argumento de que nos esperaba una muerte segura fue lo único que pareció causarle cierta impresión. Las negociaciones se centraron a continuación en los kilos. Un par de zapatos por aquí, un archivador por allá, un legajo de cartas, un bote de *aftershave*, la propia cartera, la valija diplomática revestida de cobre, todo acabó encima de la balanza, hasta que llegó el momento de arriesgar la vida.

–El peso sigue siendo excesivo –concluyó el piloto desafiando los intereses nacionales.

Miré por última vez la querida tierra que en aquel momento se me antojaba bellísima. Entonces el avioncito empezó a deslizarse por aquel campo de fútbol dirigiéndose en línea recta hacia los árboles malévolos. Debí de cerrar un instante los ojos, pues de repente se acabaron las fuertes sacudidas y sentí esa extraña y excitante sensación de estar en el aire.

–¡Madre mía! –exclamó el piloto, y podrían haber sido sus últimas palabras, pues volábamos derechos hacia las copas de aquellos altos árboles. ¡No! ¡Casi! ¡Sí! ¡No...! Y, con la visión de aquellas amenazadoras ramas que se acercaban, volví a cerrar los ojos y me puse a esperar el final, hasta que escuché al rey de Surinam canturrear la mar de feliz. Y entonces vi debajo de mí la ancha lámina del río Maroni perdiéndose como una culebra brillante en la selva que sobrevolábamos con el motor jadeante. Selva para la que ni un piloto ni un escritor han inventado jamás un mejor símil que el de una col rizada.

Herbario

Este cuaderno también es azul, si bien no se parece al otro. Lleva anillos de metal en el dorso. Todavía no de plástico. Y es que estamos en el año 1948. ¿Tenía yo quince años? Clase 2B, pone en la cubierta. Aparece también un dibujo mío, bastante torpe, que probablemente represente un lirio. El interior del cuaderno es un cementerio de plantas y flores muertas. Mi caligrafía se alarga aunque conserva los típicos caracteres redondos infantiles. En aquella época yo estudiaba en Venray, el seminario de los franciscanos. Salíamos de excursión una vez por semana, una costumbre que más adelante volvería a ver en España, practicada por los pocos monjes cartujos que quedan. Estábamos cerca de Zaragoza, en un paisaje árido y desértico. Los monjes formaban una larga fila india. Los sacaban de excursión literalmente, como hacían con nosotros en el pasado. Por aquel entonces éramos unos chicos ya mayores, unos semiadultos sin derecho a voto. Leíamos la prensa: o el diario *De Tijd* (que te procuraba un aire de distinción) o *De Volkskrant* (que indicaba tu pertenencia a las clases populares). Fumadores de pipa con boina, holandeses en construcción, eso es lo que éramos: unos hombrecitos raros, no acabados, que querían llegar lejos sin saber todavía adónde. Algo así éramos. La mayoría de mis compañeros nunca recuperó del todo la normalidad.

Muchos de ellos fueron a parar a Nimega. Su religión les llevó a uno u otro extremo: miembros de la Nueva Iglesia de Marx, obispos en algún lugar de África o Nueva Guinea o sencillamente padres. Ninguno de ellos logró adaptarse de nuevo a Holanda. Durante aquellas felices excursiones debí de cortar todas esas flores que ahora, transcurridos casi sesenta años, me miran fijamente desde la muerte: momias de espino albar, ortiga muerta, nabo del diablo, cerezo aliso, hierba golondrinera, verónica –un buen ejercicio para mis traductores–. Algunas de las hojas de mi cuaderno se conservan sorprendentemente verdes. Con una de ellas, la translúcida ala de libélula de la flor de tilo, aún podría prepararme una tisana. La acedera, la margarita, la bolsa de pastor, la miel de avispas..., voy persiguiendo una vez más mi inalcanzable yo, ese que se inclina para cortar zarzamoras, belladona, argentina, anís, hiedra terrestre y cola de caballo, y que luego pega las plantas en el cuaderno con trocitos de cinta adhesiva marrón y anota al lado sus nombres condenados al olvido. La oruga, la hierba de las almorranas, la bola de nieve...

Ese individuo interesado en la acedera, la margarita, la consuelda, es una de mis identidades pretéritas. ¿Qué sucedería si le abordara a la orilla de aquel camino limburgués? ¿Le revelaría hacía dónde se dirigía mientras cortaba flores? ¿O sería eso echar azúcar a la máquina del tiempo? No, más vale que le deje en paz. Entre él y yo se interpone el monje con su hábito marrón con el cordón blanco y los tres nudos, ese lejano descendiente de lo que en su día fue una orden mendicante mística cuyo fundador en Asís aún era capaz de hablar con los pájaros. Tal vez él sí sepa que el tiempo futuro consume y quema y que de momento sólo puede soportarse en pequeñas dosis. Mujeres, aeropuertos, libros, barcos..., todo ello está aún lejos de esas plantas que se mecen en el arcén o en la orilla de la acequia. Su proceso de desecación en este cuaderno representa la medida, extremadamente lenta, en que puede soportarse la metamorfosis. 1949-2007,

los colores se desvanecen pero las formas son aún visibles. A través del marrón del trébol, vislumbro el morado; las flores del acanto, en su día blanquísimas, se han granulado y se han tornado amarillas al igual que la hoja del cuaderno. No ayuda que yo apuntara al lado la palabra «umbela». Nunca llegaría a ser un botánico, aunque sí una persona que en las pequeñas apariciones apenas perceptibles del reino vegetal reconocería a sus aliados. Unos aliados que más adelante obligarían a mi álter ego Arthur Daane¹² –una escisión muy posterior de ese muchacho que cortaba flores con devoción– a filmar su insignificancia, para que al menos un par de lectores comprendieran que también lo más nimio merece ser observado, filmado y descrito.

Turbulencias

Absenta y Ambré Solaire

Reprocharse a uno mismo una mala conducta del pasado es una forma de soberbia, y más cuando uno no tenía más que veinticuatro años. Además, no se desea escuchar de un individuo de setenta y cuatro años cómo tendría que haberse comportado cincuenta años atrás. Corría el año 1957 y yo estaba en Ibiza, no la Ibiza de hoy, la de las fiestas y las drogas, sino una isla pobre donde los campesinos vestían todavía el traje regional y los pescadores jugaban en un sótano del puerto con unos peculiares instrumentos primitivos. Al poco tiempo esos sótanos se transformarían en discotecas, donde ya no habría lugar para los pescadores, y los trajes regionales desaparecerían junto con la absenta que por entonces aún podía adquirirse. Según los pescadores, la absenta podía provocar ceguera o impotencia, lo cual, unido al aura literaria que le habían conferido Rimbaud y Verlaine, que también la consumieron, la hacía aún más interesante. Puede que esos poetas hubieran acabado bastante mal, pero su obra había resistido todo un siglo y de eso se trataba. Los pescadores bebían absenta mezclada con esencia de cerezas o fresas, con lo que el tono verde veneno se tornaba rosado. Por alguna razón que se me escapa, llamaban al brebaje «suiza».

Debieron de ser muchas suizas las que me tomé aquella memorable noche en una fiesta que devendría en catástrofe. Tiempos salvajes, eso es lo que eran. En Ibiza se había formado por aquel entonces una pequeña colonia de artistas neerlandeses. Recuerdo una competición entre Hugo Claus, Karel Appel y yo consistente en ingerir la mayor cantidad de *pudding* posible, competición que yo naturalmente perdí. Todavía hoy siento un ligero estremecimiento al recordar aquella gran mesa llena de pequeños y trémulos *puddings* amarillos, a los que los españoles llaman «flan». En otra ocasión no se nos ocurrió otra cosa que esperar a Harry Mulisch junto al barco, que en aquella época sólo salía una vez a la semana, con un cartel que debió de ser visible desde el mar a un kilómetro de distancia: HARRY GO HOME.

Del principio de aquella noche catastrófica no recuerdo nada, pues está envuelto en una cortina de absenta. Lo que sí sé con certeza es que, por alguna razón, sentí la necesidad de lanzar contra el suelo (de piedra) todo cuanto se encontraba a mi alcance en la casa que había alquilado para medio año. Era otoño, pero eso no significa mucho en aquella tierra. Hacía calor, bochorno, la atmósfera estaba cargada. Según me revelaron los testigos de mi conducta, me consagré con ahínco a la tarea. Sillas, mesas, platos..., todo objeto imaginable en una casa de alquiler acabó estrellado contra el suelo. Podría decir, a modo de disculpa, que sigo avergonzándome de lo que hice, pero también debo hacer constar que expié mi culpa aquella misma noche con un castigo que en cierto sentido sigo llevando conmigo en forma de dos cicatrices, visible la una e invisible la otra, una en la mano izquierda y otra debajo de la ceja izquierda, dos terribles brechas que me gané a pulso. Como apoteosis de mi frenético baile solitario, lancé contra el suelo un bote de cristal de Ambré Solaire, debido a lo cual resbalé y me caí sobre los añicos. Eso me enseñó contra qué nos protege el cráneo con su forma tan peculiar. Uno de los añicos se me incrustó al lado del ojo y me rozó el hueso. El otro me hizo un tajo profundo en la mano izquierda, una herida grande y abierta, que sin embargo no sentía. La absenta es un eficaz analgésico siempre que se consuma en cantidades suficientes. Mi arrebató de

lanzar objetos al suelo me había calmado el ánimo, y satisfecho me senté en la terraza, sin más vestimenta que un pequeño bañador y completamente inconsciente de la sangre que manaba de la herida en mi cabeza. El mar, la luna llena asomando entre las nubes, el espectáculo era magnífico. El baile de derviche había provocado en mí un estado de euforia; el mundo, por lo que a mí respectaba, estaba en orden. Aquél debió de ser el momento en que mi vecino, un conocido actor holandés, salió de su casa para tomar una copa. No voy a repetir textualmente su relato de los hechos. En resumidas cuentas, el hombre descubrió al conde Drácula sentado en mi terraza, pues la sangre me había alcanzado la boca y seguía fluyendo, a través de mis modestos colmillos, hacia abajo, donde se unía a la sangre de la otra herida. Mientras yo charlaba animosamente, el hombre hizo todo lo posible por restañar la sangre y limpiarme las heridas. No hubo manera de que acudiera una ambulancia, pues el caminito de arena que pasaba por delante de su casa estaba aquella noche intransitable por el fango causado por la lluvia. Por ese caminito mi vecino me llevó en su coche al hospital atravesando las colinas que nos separaban de la carretera nacional. Más adelante me enteré de que aún tuve la moral de cantar por el camino. En el hospital también fui la alegría del quirófano. Del médico no recuerdo sino que tenía un puro enorme en la boca mientras me examinaba las heridas. Me dijo que mi insensibilidad al dolor le hacía sospechar que me había quedado sin nervios. No recuerdo si mantuvo el puro en la boca mientras me cosía las heridas con hilo y aguja (¡Ibiza, 1957!). Durante aquel trance conservé intacta mi alegría, según me contaron más tarde. El médico me dijo que necesitaba una inyección antitetánica, pero que no me la podría poner hasta el día siguiente. Hoy eso resulta inverosímil (¿acaso no tenían suero?, ¿o es que no conviene ponerle una inyección a un borracho?), pero en aquel momento todo me parecía estupendo.

Al día siguiente ya no. Me desperté con una gran resaca en medio de un caos de mil demonios. Descubrí que mi mano izquierda estaba vendada y de repente empezó a dolerme mucho. Con la mano derecha me palpé la frente, justo encima del ojo, y me percaté de que ahí la cosa tampoco andaba bien. Luego empezó el autoexamen, primero en busca del cómo y luego del porqué. Lo último, como siempre, no hubo manera de averiguarlo; lo primero sólo fue posible con la ayuda de otras personas, en aquel caso del vecino. El hombre se presentó en casa para acompañarme al hospital. Nada quedaba ya del alegre artista cantarín del día anterior. Envuelto en una nube de resaca, sed, dolor y arrepentimiento, anduve a trompicones por el caminito enfangado por la lluvia. No sé si hoy las inyecciones antitetánicas siguen siendo tan dolorosas como entonces, pero sí sé que el médico, con satánico placer, sacó una jeringa que me pareció más adecuada para caballos que para personas. Con ella añadió más dolor a todas las formas de dolor ya presentes en mí, era como si me bombeara en el cuerpo una especie de carbonilla venenosa y oxidada. Luego me quitó la venda de las dos heridas, examinó con satisfacción el resultado de su artesanía doméstica y me dijo que pasara por el despacho a pagar la cuenta. Desde entonces no he vuelto a embadurnarme con absenta ni he vuelto a beber Ambré Solaire.

Pseudoinfarto precoz

Hará unos treinta años de eso. Había terminado un libro que me exigió mucho tiempo de reflexión y acababa de aceptar un trabajo complicado: escribir sobre edificios cuyos planos habían sido diseñados en el siglo pasado y no habían llegado a ser construidos (como, por ejemplo, una ópera en Ámsterdam; un largo puente sobre el río IJ flanqueado por bloques de viviendas, un proyecto de 1856. Oh, ¡qué distinta habría sido Holanda de haberse ejecutado esas obras!). Además, en aquella época me estaba afectando mucho un problema personal. Ésas son las típicas circunstancias en las que la gente decide emprender un viaje con la idea de «dejarlo todo atrás», una huida que carece de sentido, por supuesto. Uno no deja nada atrás, se lo lleva todo consigo. Le pongas el nombre que le pongas a esa sensación –estrés, pena, agotamiento...–, ella vuela contigo en el asiento de al lado, reside en tu maleta y baja contigo del avión en el J. F. Kennedy. Eso sí, no tendrás que declararla en la aduana, dado que no eres consciente de que te acompaña. Yo tenía previsto visitar a unos amigos en Maine y pasar antes unos días en Nueva York para ir al teatro. No recuerdo ya qué obras vi pero sí los extraños mareos que me acometían en los momentos más inesperados para luego por suerte desaparecer, y que yo atribuía a ese misterioso síndrome llamado *jet lag* del que todo el mundo solía quejarse y que a mí hasta aquel momento me había afectado bien poco. De no ser eso, debía de ser el *bourbon* de la noche anterior o el ruido y la agitación de la metrópoli o la carencia de sueño causada por las habitaciones de hotel excesivamente caldeadas y los silbos nocturnos de las sirenas de la policía, los coches de bomberos y las ambulancias que forman parte del decorado acústico de Nueva York, y más cuando el hotel está ubicado en un cruce de avenidas.

Después de esto Maine supuso un respiro. Se trata de un lugar alto, lejano, nórdico, situado en la costa del océano Atlántico, un estado americano detenido en el tiempo, con casas de madera, anchas avenidas de altos árboles y (por aquel entonces) automóviles enormes con aletas de cromo y señoras mayores al volante.

La localidad donde residían mis amigos, ubicada en una hermosa bahía, tenía un nombre francés. Nada podía ir mal en aquel lugar. La vida poseía un ritmo decimonónico. Yo no tenía otra cosa que hacer que deambular por el astillero, observar a un pescador solitario haciéndose a la mar, pasear y buscar setas, pues era otoño, esa modalidad maravillosa de la estación que llaman *indian summer*, el oro del sol en el oro de las hojas, días de *blueberry pancakes* y de un buen fuego por la noche, junto al cual leíamos en voz alta y por turnos. Recuerdo que leíamos a Voltaire, aunque eso no encaje con la idea que la mayoría de holandeses tienen de los americanos. Mis amigos vivían en una casa de almirante del siglo XVIII, con una rosaleta y un césped y hayas centenarias. El canto de los pájaros, los chupitos de *bourbon* con hojitas de menta fresca al atardecer..., la felicidad terrenal era completa y sin embargo mis mareos persistían. Mis amigos empezaron a preocuparse, y cuando en cierta ocasión, sentado a la mesa, me acometieron unos extraños temblores, me enviaron al hospital municipal. «Es un hospital muy pequeño, pero hay un médico inglés excelente. Será mejor que te hagan un chequeo. No será nada –ah, la famosa frase que la clase médica siempre tiene preparada–, pero así estaremos tranquilos y tú también.»

Pequeño sí era. En realidad uno entraba en aquel hospital con placer. Había flores por todas partes, pabellones de una sola planta, dalias, césped..., un hospital de esos en los que las ancianitas pasan a mejor vida canturreando. El médico, más que inglés, era desmedidamente inglés. Estaba sentado en su despacho frente a una pared llena de diplomas enmarcados, expedidos por el Royal College de aquí y allá, y lucía la bata más blanca del mundo. Nada más verle me sentí ya casi del todo recuperado. En el contexto americano, su acento de Oxford tenía un toque de irrealidad, empezando por su nombre, Dr. Cooper-Smythson, es decir, Cupah-Ssmaiszzn. Mi nombre se transformó de repente en Noetbum, aunque no era la primera vez que lo oía pronunciado de esa manera. Me pidió que le explicara lo que me pasaba. El don de la palabra es tanto una maldición como una bendición. Empleando las metáforas adecuadas, pueden provocarse graves malentendidos. El doctor me preguntó qué sentía. Necesité muchas palabras para responder a su pregunta. Doctoras y doctores, no permitáis la entrada en vuestras consultas a escritores y actores, pues os pondrán sobre una pista falsa. El doctor me preguntó a continuación si notaba algo en el pecho. Nada más formular la pregunta, empecé a notar lo. Un ladrillo fue lo que sentí, un ladrillo de esos holandeses, grandes y rosados, deslizándose poco a poco hacia mi interior. Poco a poco, sí, pero con mucha fuerza. El Dr. Cupah, meditabundo, tamborileó con sus dedos sobre la reluciente caoba de su mesa. Luego se inclinó hacia delante y preguntó:

–¿Hoy también lo ha sentido? ¿Y ayer por la noche?

Le contesté que me parecía que sí. Entonces el doctor se inclinó un instante hacia atrás, la cabeza envuelta por la aureola de sus diplomas, y dijo casi en un susurro:

–*Well, Mister, eh, em, Noetbum, please, sit quietly now. I am afraid I have to tell you that either –no pronunció ither, sino either– last night or this morning you have suffered a light heart attack*¹³.

¡Cómo te quedas! Pero el Dr. Cupah no había terminado aún. Añadió que había un problema. El hospital carecía de cardiólogo. No importaba, no había que preocuparse, vendría la *nurse*, me tumbarían en una camilla, y conectarían mi pobre corazón por teléfono con la State Capital, Augusta, donde se encontraba el cardiólogo más cardiológico imaginable, el cual examinaría las hilachas de mi bomba fatigada y emitiría su juicio. Entretanto ya eran dos los ladrillos que sentí deslizarse hacia mi interior. Me acordé por un instante del famoso cardiólogo de Ámsterdam, a quien vi esconder apresuradamente una cajetilla de Gauloises detrás de sus libros cuando entré en la consulta, pero no era el momento de pensar en frivolidades. No tenía ninguna intención de acabar mis días en Estados Unidos y además estaba de camino a Japón. La situación era muy incómoda, desde luego, pero qué podía hacer; era él quien poseía los diplomas, no yo, de modo que de momento me resigné hasta que llegó la *nurse* con su camilla. «Please, relax», aún acertó a decir el Dr. Cupah, pero cómo iba yo a obedecerle, si la *nurse* pertenecía a esa especie de enfermeras que acelera los latidos del corazón, y no es que fuera una Venus de Milo, que no es precisamente el tipo de mujer que me excita, sino su variante terrenal, cuya belleza está al alcance de la mano. Intenté quitarme de la cabeza tales pensamientos. Hay un tiempo - po para todo, pero cuando el tiempo amenaza con desaparecer para siempre de tu vida, no hay más remedio que plegarse a las

circunstancias. La *nurse* se me llevó en la camilla. Afortunadamente, pues así tumbado al menos no la veía, aunque sí la *sentía* a mis espaldas. Con paso firme, me metió en un cuarto luminoso y empezó a desabrocharme la camisa. No debería haberlo hecho, pues ello la obligó a inclinarse sobre mí, pobre agonizante. Y la cosa se agravó cuando comenzó a pegar en mi pecho un montón de tiritas. Creo que fue en aquel momento cuando decidí aplazar por un tiempo el instante de mi muerte. La *nurse* me advirtió que estaba conectado con la State Capital, mi corazón emitía unas señales desconocidas a través de los grandes bosques de Maine. Me mantuvo la mano sujeta, aunque puede que eso lo imaginara más tarde, su melena dorada pendía ante mis ojos (eso seguro que me lo he inventado), y yo me sentí como si tuviera una nueva misión en la vida, un instante glorioso que mi corazón acompañó con la música pertinente, un rítmico *allegro ma non troppo*, que un decepcionado Dr. Cupah me mostró al día siguiente. «Una regularidad absoluta, perfecta», dijo el doctor disgustado. Juntos estuvimos examinando la partitura compuesta por mi corazón. A la *nurse* no la vi por ningún lado. Cuando nos despedimos, el Dr. Cupah me dijo mientras me hacía entrega del cardiograma: «You might as well take it with you, in case you have another attack of hysteria»¹⁴. Por la noche, al amor de la lumbre, mis amigos admiraron la simétrica línea melódica de mi cardiograma y yo preferí no mencionarles el arma secreta del Dr. Cupah.

La espalda del viajero

Hasta aproximadamente mis treinta y tres años no tuve espalda. Un día regresé de EE. UU. en un barco de la Holland America Line, alguien vino a recogerme en coche, el muelle estaba muy concurrido y nuestro parachoques se quedó enganchado al remolque o al parachoques de otro vehículo. No me pareció un problema serio, bastaba con levantar un poco el coche. Pero sucedió que después de ese episodio tuve una espalda, y hoy, al cabo de muchos años, sigo teniéndola. Tal vez se debió a algo más que el esfuerzo de levantar el coche, debió de influir también la culpabilidad y la inocencia. Los niños no tienen espalda, yo al menos no recuerdo haberla tenido. Quizá ni siquiera tuve un cuerpo en mi infancia. Ésa es la paradoja: no somos conscientes de nuestro cuerpo hasta que lo enojamos. Hay diversas maneras de hacerlo: levantando un coche, ingiriendo bebidas alcohólicas, durmiendo poco, sometiendo el cuerpo a presión, atosigándolo, descuidándolo. Sea lo que sea, tarde o temprano el cuerpo te pasa factura, y de repente eres consciente de que posees una cabeza, un estómago, una espalda. Yo tenía una espalda, una espalda que desde aquel momento tomó las riendas de mi vida. Primero me obligó a acudir al fisioterapeuta, donde fui estirado en un instrumento de tortura. Ése fue el primer acto de venganza de mi espalda. Luego, durante un tiempo, mi espalda hizo como que no pasaba nada y me permitió regresar por un breve periodo a la época sin cuerpo. Mas no por mucho tiempo, pues, estando en el sur de Francia, un día me desperté y no pude salir de la cama, a no ser disfrazado de anciano centenario. De esta guisa y arrastrando los pies, entré pasito a pasito en la consulta del *docteur* Depussé en Saint-Raphaël. El suelo encerado, una mesa de despacho grande, una maceta de cobre con un cactus, la fotografía de la señora Depussé, una camilla invitadora (en realidad no sé cómo se llama semejante mueble, la menos cama de todas las camas, que ocupa las consultas de los médicos y donde siempre le sucede a uno algo desagradable mientras le piden que se relaje). Así pues, me hicieron tumbarme en ese mueble y levantar las piernas. No llegué muy lejos. Ni al veinte por ciento, masculló el médico alarmado. Me propuso dos soluciones. Quedarme al menos un par de meses en Francia inmovilizado en una cama con mi pierna en una polea (acompañó su explicación con un dibujo terrorífico) o irme directo a casa, en cuyo caso me recetaría unos analgésicos para el viaje. Lo que no le conté es que tenía que hacer el viaje en un Mini Austin. La cuestión es que, no sé si debido a los analgésicos o al dolor, aquel día batí el récord mundial Saint-Raphaël-Ámsterdam de ancianos centenarios en Mini. Recuerdo con exactitud el tiempo que me llevó: diecisiete horas y veintitrés minutos. Mi espalda jamás me lo ha perdonado. Su siguiente venganza fue obligarme a estar tres meses postrado sin poder salir de la cama en ningún momento, con el consiguiente sufrimiento y humillación. Fue entonces cuando se inició la extraña relación entre mi espalda y yo, muy similar a una relación de pareja por los reproches continuos que me lanza. Todo lo hago mal. Me he equivocado de profesión. Me paso demasiado tiempo viajando en avión. (Espalda: ¿Qué narices haces ahora en Los Ángeles? ¡Doce horas inmovilizado en un asiento!) Leo mucho. (Espalda: ¡Siéntate al menos recto!) Hago viajes que no le interesan nada. (Espalda: ¡No quiero volver a subir ochocientos escalones de un templo japonés y menos aún bajarlos!)

Las relaciones equivocadas conducen a la aberración. La menor de las aberraciones es el *ménage à trois*. Cuando Espalda y yo no nos soportamos, median otras personas: quiroprácticos, fisiosacerdotisas, masajistas femeninos y masculinos, lámparas, acupuntores, osteópatas, embalsamadores y verdugos de todos los rincones del mundo. La mayoría de esos individuos no se me ha borrado de la memoria: un tipo medio desnudo de monstruosas dimensiones en un cuarto de tortura en el sótano de un hotel brasileño, el cual pretendía librarme de mi sufrimiento mediante un chorro de agua que acabó atravesándome el cuerpo (en vano); un chino anciano no del todo limpio en una cama no del todo limpia en un ático parisino que me clavó un ejército de hormigas de agujas (en vano); y una conocida doctora Rambo que me arrastró por el cuello hacia el matadero susurrando: «Voy a ponerle derecho el esqueleto» (en vano).

Pero lo más inolvidable de todo fue el doctor Strangelove. Lo llamo así por temor a pronunciar su verdadero nombre, más que nada porque es un nombre mortífero para un médico. En neerlandés vendría a significar doctor Cáncer (no me lo invento). Estaba yo en una gran ciudad europea adonde me había enviado mi editor local después de haber oído mis quejidos de dolor.

En la impresionante consulta del doctor C. todo era blanco como la nieve, los muebles eran de neón y la luz de plástico blanco, por así decirlo. En el ambiente se percibía ese misterioso elemento que intuimos como factura elevada. Las princesas que me habían inscrito en el ordenador parecían llevar tiempo sin comer ni beber. Sus voces no hablaban, susurraban. Me reclinaron sobre un mueble moderno. A continuación fui transportado hacia el doctor C., cabello blanco, zuecos blancos, calcetines blancos, bata blanca, dientes blancos. Me sentía sumamente desgraciado, desaliñado y cutre. El doctor me introdujo en un ordenador o me conectó a él o me habló de él. Había que hacer algún tipo de cálculo con mi cuerpo defectuoso, mi espalda sería sometida a un tratamiento inclemente y luego se iniciaría una nueva era sin espalda, la nueva infancia, la inocencia recuperada. Salí flotando por la puerta con una nota que contenía todas las indicaciones. «Entréguesela a su médico cuando llegue a casa.» Pronunció estas palabras en un tono como si estuviera viendo delante de sí a mi médico en la lejana Holanda: un individuo con zuecos, sentado en el carro de la leche y con un grueso puro en la boca.

Mi médico en Holanda tenía una consulta normal, con un retrato de su madre sobre la chimenea. No tenía princesas, abrió la puerta él mismo. Me hizo mover un poco el esqueleto atormentado, me pidió que me inclinara, me estirara y efectuara algunas flexiones y luego se puso a leer el listado de consejos de su célebre colega extranjero. Se detenía en cada punto que leía, me lanzaba una mirada y me decía: «Yo en su lugar no lo haría». Yo estaba de acuerdo con él sin haber visto siquiera el listado. «Vaya usted a visitar a la señora X», me recomendó a continuación. «Le mandará unos cinco ejercicios, kinesiología, que usted debe practicar a diario.»

Así que eso es lo que hago. ¿Y Espalda? No sé, a veces pienso que Espalda tiene un romance con Kinesiología, pues la oigo poco últimamente. Alguna vez ella me lleva a nadar, pero en realidad tengo la sensación de que nos hemos perdido un poco de vista.

Rembrandt Hotel

Debió de ser antes de 1972, pero no revelaré hasta el final por qué recuerdo esa fecha. Fue en Londres. Pensándolo bien, a lo largo de mi vida he pasado por un periodo londinense, otro parisino y otro berlinés. Lo que quiero decir es que durante cierto tiempo he sentido una especial predilección por una de esas tres ciudades. Esta vez hablaré de Londres, pues Londres fue la primera ciudad extranjera donde fui al teatro. En el colegio me enseñaron que en Londres siempre había niebla, y así lo corroboraban las viejas películas en blanco y negro. *Double-deckers*, London Bridge.

Tomé el barco hasta Harwich, el mar estaba bastante picado. Era muy temprano y desde la cubierta vislumbré las tenues luces del puerto. La niebla había llegado puntual a su cita y lo envolvía todo con su manto. Aquella imagen me pareció bellísima. Por aquel entonces yo aún no había viajado mucho, si bien ya había visitado Escandinavia y Francia y era consciente de que en el extranjero las cosas eran diferentes.

Llegué a la estación a las seis de la mañana. Hacía frío. En el puerto sonaba aún la sirena de niebla, a mi alrededor había gente leyendo el diario matutino, casi nadie hablaba. Pedí una taza de té sospechosamente negro. Durante la transacción, el hombre, sorprendido de que no quisiera leche en mi pócima letal, se dirigió a mí llamándome *Love* y luego *Dear*. Como yo ignoraba aún que tales apelativos cariñosos eran de uso general y por tanto no significaban nada, me sentí como en otro mundo, un mundo en el que se me apreciaba mucho. Así que fue amor a primera vista lo que me inspiró Inglaterra, un amor que conservé durante largo tiempo. Llegó el tren arrastrado por una locomotora. Me impresionó el quejido de la máquina, un quejido que yo sólo conocía por las películas. La siguiente maravilla que descubrí fue que los compartimentos del tren disponían de puertas. No sé cómo será hoy en día, pero recuerdo que mi asiento era como una butaca de felpa y que para comer me sirvieron un pescado ahumado caliente y otra taza de pócima letal. El paisaje era invisible, lo que apenas cambió cuando entramos en la ciudad. No sé dónde me alojé. Anduve un poco perdido por la calle con mi exiguo equipaje y casi fui atropellado por uno de esos *double-deckers* rojos por ignorar que el tráfico circulaba del lado contrario. Olía a carbón, en las esquinas de las calles había gente pregonando noticias a voz en grito con unos acentos para los que mi inglés escolar no me había preparado. Los pubs estaban aún cerrados. Cuando al fin los abrieron me encontré con un mundo inesperado. Su interior me pareció maravilloso. Las butacas afelpadas, de nuevo; la luz atenuada; el humo de cigarrillos a juego con la niebla de la calle. Ahí también fui tratado de *Dear* y *Love*, si bien me hicieron pagar la copa al instante con unas extrañas monedas que en aquel momento aún me resultaban incomprensibles. Ahora que lo pienso me doy cuenta de que en la vida el hábito es el peor enemigo del placer. Viajar en cambio es excitante, nos aporta la emoción de la novedad y esa cauta desconfianza con la que uno se mueve en un ambiente extraño. Yo había acudido a Londres por mi afición al teatro. No recuerdo en absoluto las obras que vi pero sí la impresión que me causó que en la pausa uno pudiera tomarse un *brandy*, una ginebra o un *bitter*, algo que en Holanda no existía en aquella época. En el Stadsschouwburg, el teatro municipal de Ámsterdam, había visto mis primeras obras de

Chéjov, interpretadas por Ko van Dijk y Han Bentz van den Berg; las de Anouilh, con Paul Steenbergen en Fie Carelsen; y las primeras obras de Hugo Claus con Ina van Faassen, Ton Lutz en Hans Croiset. Me había enamorado del teatro, y en los años siguientes realicé con frecuencia peregrinaciones a Londres para ver con mis propios ojos a John Gielgud, Peggy Ashcroft, Maggie Smith y Alec Guinness, y luego tomaba el barco rumbo a París con el mismo objetivo y veía obras de Sartre, Jean Genet o de nuevo de Anouilh. ¿A qué se debió mi repentina pasión por el teatro? ¿Cuándo la sentí por primera vez? No recuerdo la obra pero sí el lugar, el Stadsschouwburg de Ámsterdam. Si cierro los ojos, aquí en mi casa de España, veo con claridad la sala ante mí, a través de un infinito agujero en el tiempo. Corría el año 1951. Veo hileras de butacas rojas que durante los años siguientes formarían parte de mi vida, como mi propia habitación. Me había llevado al teatro un amigo mío, mayor que yo, creo que se trataba de una obra de Chéjov. Para cerciorarme debería revisar la programación de aquel año. En mi casa de Ámsterdam tengo un baúl lleno de programas de teatro, aquí en Menorca tendré que recurrir a la memoria. Escenografía de Nicolaas Wijnberg y Metten Koornstra, rostros y posturas de Ank van der Moer, Guus Oster, Jaume Remmelts, Ellen Vogel, Mary Dresselhuys, Mien Duyaer van Twist. Mi memoria los salva a todos del terrible olvido a que les somete esa profesión, nombres transformados en leyendas que sólo significan algo para quienes han asistido a la función.

Desaparecido el público, ya no queda ni esto último. En el silencio español de mi habitación escucho la voz de Ko van Dijk, una voz que reconocería hasta en mi lecho de muerte.

Estoy viendo a Ank van der Moer mordiéndose el brazo en su papel de Electra. Pero ¿a quién contarle todo esto? Yo no tenía ni veinte años la primera vez que acudí al Stadsschouwburg. Al salir a la plaza de enfrente, la Leidseplein, anuncié con grotesca exageración, propia de mi edad: «¡Aquí, dentro de cincuenta años, se representará una obra mía!». Mi compañero se rió de mi jactancia, pero en realidad sólo me confundí de número. No transcurrirían cincuenta años sino cinco hasta que mi primera y única obra dramática se representara en el teatro de Ámsterdam. Se titulaba *Los cisnes del Támesis*. No permitiré que vuelva a representarse, aunque reconozco que me complace que se hiciera entonces. En el reparto intervinieron Ellen Vogel, Mien Hamel, André van der Heuvel, el viejo Jaume Remmelts y la aún más vieja Jacqueline Royaards-Sandberg, que por aquel entonces ya pasaba de los noventa años. Debí de quedarme embobado ante aquellos personajes que yo había inventado sobre papel y que de repente se habían transformado en seres de carne y hueso. Las críticas no me dejaron mal parado, la obra se representó treinta y dos veces y más adelante se hizo una versión para la televisión, de la que Dimitri Frenkel Frank eliminó la parte más melodramática, pero mi carrera teatral había concluido. Mi siguiente obra dramática acabó flotando en las aguas de un canal arrastrada por el viento. El dramaturgo de la compañía Centrum iba en bicicleta con el manuscrito en la mano un día de tormenta. Si no me falla la memoria, su título rezaba: *Los contrabandistas españoles*. De la única obra que escribí posteriormente no me atrevo ni a mentar el título, y además no la encuentro por ningún lado. Su acción se desarrollaba en Suiza. Uno de los personajes había ganado el premio Nobel y el otro había estado en la guerra del lado equivocado (en parte). Por lo demás, prefiero dejar

esta obra reposando bajo la misericordiosa ceniza del pasado, que es donde le corresponde estar.

Tales circunstancias no mermaron mi afición por el teatro y los actores. Leí en cierta ocasión que Molière, o Voltaire (de quien ya tampoco se representa nada, así que me hallo en buena compañía), dijo que los actores carecen de alma y que por consiguiente no merecen ser sepultados en suelo sagrado. Es posible que así sea, y eso es justamente lo que más me fascina de ellos. Puede que no posean una sino varias almas, la de Hamlet y la del enfermo imaginario, la del tío Vania y la de Shylock, que sean varias personas en una y estén hechos de muchas capas, librándose así de la penosa unidimensionalidad que caracteriza la vida de la mayoría de las personas. Bien es verdad que los verdaderos monstruos teatrales no siempre son capaces de distinguir la realidad de la ficción. No es fácil tomar en serio a la persona que has visto el día anterior interpretando al rey Lear, con grandes aspavientos y a voz en grito, cuando intenta hablar contigo sobre el problema de los aparcamientos en Ámsterdam. Estás viendo al rey en su locura más que al ciudadano preocupado por la política municipal, y ello condiciona inevitablemente la conversación.

Identifico enseguida las poses teatrales de los actores, de las que por cierto no siempre son capaces de desprenderse en la vida real. Los reconocería en la oscuridad por la modulación de su voz aunque estuvieran hablando de impuestos. El trato con ellos nunca es del todo normal. Hasta en sueños te puede confundir una voz de actor, y eso es precisamente lo que me sucedió en el Rembrandt Hotel de Londres.

La noche anterior se me había hecho tarde. No recuerdo qué fui a ver, si *The recruiting Officer* con Maggie Smith o *The Hostage* de Brendan Behan, obra dirigida por Joan Littlewood. La Acción Tomate¹⁵ todavía no nos había expulsado del teatro ni a mí ni a mis actores favoritos. Yo continuaba realizando mi peregrinaje anual a Londres y a París, a lo que treinta años después se añadiría Berlín. Aquella noche acabamos tarde y bebimos mucho, por lo que no me apetecía despertarme a las seis de la mañana con el *agricultural news* de la habitación contigua. Las voces pregonando los precios del día de la panceta de cerdo y los filetes de ternera atravesaban sin piedad el tabique. Tardé un rato en percatarme de que aquello no era una pesadilla sino la repugnante realidad. Me puse a vociferar y a golpear la pared, pero al otro lado del tabique las voces que gritaban «trigo, centeno, avena» eran tan fuertes como mi voz, de modo que decidí llamar a recepción. Me preguntaron de qué habitación se trataba, a lo que no supe responder de inmediato, porque si estás en la habitación 241 no sabes si la habitación de la derecha tiene un número impar, y además tanto puede ser la 243 como la 239, lo cual significa que has de salir de la cama y entonces empieza el espectáculo.

Cuando volví a acostarme, oí sonar el teléfono en la otra habitación a través del ruido de la radio y del precio de las ocas, pavos y perdices, con ese sonido tan familiar que sólo se escucha en Inglaterra. *Pring, pring, pring, pring, pring, pring, pring, pring, pring.* Claro, no era de extrañar que la persona que estuviera ahí durmiendo no hubiera escuchado mis furiosos porrazos. Cuando al fin contestó el teléfono (era una mujer) pronunciando la palabra *Hallo* con una voz extremadamente afectada, supe que conocía esa voz. No sabría cómo reproducir su acento, pues eso es difícil en la lengua escrita,

pero sí puedo asegurar que al otro lado de la pared se inició en aquel instante una radionovela del absurdo. *I am sorry, I can't hear you.*

Sí, claro, no me extraña. *What's that you're saying. What!! Let me put my radio down.* Silencio, la panceta de cerdo desapareció. Luego una exclamación de horror.

Uuu! I am awfully sorry! (Conozco esa voz, conozco esa voz.)

Please tell the gentleman I am awfully sorry!!

Silencio. Arrastre de pies. Y luego ¡plump! ¿Un objeto pesado cayéndose al agua? Y otra vez ¡plump! Otro objeto aún más pesado. Luego un cuchicheo, frases sueltas pronunciadas con vehemencia. *If that's what you think you must be mad.* Silencio. *No, inspector.* Silencio. *Ja, ja.*

En aquel momento me rendí. No tenía sentido intentar seguir durmiendo. Londres a las siete de la mañana también es muy bonito. No tenía más opción que salir a la calle con resaca. Seguro que en algún sitio podría tomarme una taza de pócima letal, como la de aquella vez. Pero la voz me perseguía. La seguí escuchando incluso mientras me afeitaba. Conocía esa voz, pero no lograba recordar a quién pertenecía hasta que la mujer y yo salimos de la habitación al mismo tiempo. Ahí estaba ella. En su inefable cabeza, como de perro de una raza rara, llevaba una boina de terciopelo, y vestía una ancha capa de paño escocés verde con grandes cuadros de terciopelo. *Good morning,* saluda ella, sí, Miss Marple en persona, Margaret Rutherford, fallecida en 1972, la de *Murder Most Foul* y *Murder, She Said*, la misma que desde su tren en Paddington Station había visto el asesinato cometido en otro tren que pasaba de largo. Como no podía ser de otra manera, nadie la creyó, y ella se dedicó por supuesto a fisgonear en la vía del tren. Como era de esperar, había una casa de campo en las inmediaciones, y ella se incorporó allí al servicio (oh, ese delantalito de encaje blanco y esa cofia blanca como una coronita sobre su gran testa) y descubrió al asesino, cómo no. Desciendo las escaleras detrás de ella y ¿quién hay abajo esperándola? Quién iba a ser sino Mr. Stringer, un personaje inexistente en las obras de Agatha Christie, pero que siempre salía en las películas por deseo expreso de Margaret Rutherford, pues era su marido en la vida real.

Good morning, my darling, exclama ella, y él, al pie de la escalera, emprende el gesto de besarle la mano cuando ella se encuentra aún en el octavo escalón. Ahora lo entiendo todo. Tres veces *plump* es lo que se oye cuando alguien se mete en la bañera. Las frases sueltas eran las del texto que ella estaba memorizando para una obra, y los silencios pertenecían al antagonista ausente. Ella me había interrumpido el sueño y yo le había interrumpido a ella el ensayo en su bañera. El viento le levanta la ancha capa y la veo desaparecer con paso garboso por la acera. Archivo la imagen en el palacio de mi memoria, sección Teatro, departamento de Londres, y salgo a la calle sintiéndome un hombre feliz.

Pastor alemán

Mi primera Provenza fue una Provenza literaria. Textualmente: leí y escribí acerca de esa tierra antes de haber puesto un pie en ella. Y es que mis primeros viajes no me condujeron hacia el sur, que más adelante se convertiría en mi segunda patria, sino hacia el norte, un mundo que en realidad siempre me fue ajeno. Corría el año 1953. Las huellas de la guerra aún tardarían un buen tiempo en borrarse. Recuerdo la vida de entonces como gris, una época de reconstrucción marcada por las estructuras rígidas heredadas del periodo anterior a la guerra, por el provincianismo y la ideología jerárquica de la Iglesia y la política. La bomba no estallaría hasta la década de los sesenta. La Guerra Fría fue en verdad fría, y ese frío, sumado a la constante amenaza de la bomba atómica, había penetrado en el alma de la gente. Descolonización, continentes desprendiéndose en parte de su madre patria, las últimas dolorosas guerras europeas en Indochina, Indonesia y Argelia, los primeros conflictos de poder de un mundo dividido en Budapest, Berlín, Corea... No, no eran tiempos amables aquellos en los que yo, a mis diecinueve años, recorría en autostop el vasto territorio del norte de Europa. Con todo, aquel primer gran viaje al norte que realicé con un desvío fue lo que me dio la oportunidad de descubrir el sur. Desde entonces sé que no existe más que una sola brújula en la que poder confiar, tu brújula interior. Quien parte de viaje en busca de lo desconocido, sin realmente contar con ello, nunca acaba del todo defraudado. No me refiero a los grandes acontecimientos, sino más bien a los pequeños: una mirada, unas palabras, una imagen, un pensamiento que remueve algo en nuestro engranaje interior y gracias a lo cual más adelante, tal vez largo tiempo después, se desata algún hecho o se manifiesta algo que determinará nuestra vida para siempre. Ignoro por dónde andará la muchacha francesa que conocí en 1953 en el norte y a quien dediqué mi primer libro. Le perdí el rastro, y sin embargo, cuando en una tarde otoñal me paseo por las viñas provenzales de mi amigo M., como hice hace poco, y veo a lo lejos la sombra casi negra del Mont Ventoux recortada contra el cielo, me acuerdo de esa chica y del libro del que me habló durante nuestro primer encuentro, un libro que ha labrado para siempre en mi alma la imagen de la Provenza. Éstas son palabras mayores, y las palabras mayores no tienen cabida en los tiempos sobrios. Bien es verdad que no sabría cómo hablar con palabras menores de la tierra que Petrarca divisó desde ese mismo Mont Ventoux. Pero debo narrar la historia ordenadamente.

El libro del que me habló la muchacha se titulaba *Le mas Théotime* y su autor era Henri Bosco. No recuerdo hasta qué punto dominaba yo el francés por aquel entonces, pero sí que al leer las primeras líneas sentí una magia especial.

«En août, dans nos pays, un peu avant le soir, une puissante chaleur embrasse les champs...» Ahora sé cuál es el acento que corresponde a esas palabras, una variante musical del francés inherente a ese mismo calor que el autor describe. Un acento que evoca el calor, el olor a lavanda, la melancólica silueta de los cipreses, el eterno canto de los grillos, la antigüedad de los olivos, el vaho azulado de las infinitas hileras de cepas que antes de los impresionistas nadie se había atrevido a pintar de ese modo. Yo nunca había experimentado en carne propia ese calor, nunca me había adentrado hasta ese extremo en el sur, y sin embargo, leyendo aquellas palabras, fui capaz de sentirlo. Me veía en aquella

métairie (casa de labranza) y sentía cómo el calor cercaba el caserón, sabiendo que no se podía hacer más que esperar la caída de la tarde y que el frescor de la noche acudiera a liberarnos. Ese tipo de casas provenzales reciben el nombre de *mas*, un vocablo pedregoso, breve, que expresa exactamente lo que es: una fortaleza que protege del frío del invierno y del calor del verano. La anécdota del libro, una historia de amor, se me ha borrado de la memoria; no recuerdo sino la atmósfera, la forma de escribir, el alma de la Provenza. Desde aquel mismo instante supe que tenía que visitar esa tierra. Y como yo era joven, aquel mundo iba a ser idéntico al descrito en la novela: el café del pueblo junto a los plátanos, la vendimia, las tardes de calor sofocante... Todo estaba ahí.

Ahora, después de tantos años, no sé qué elementos de aquel mundo son producto de mi imaginación, sólo sé que esa imagen de la Provenza nunca ha cambiado esencialmente para mí. Es cierto que ahora hay allí supermercados e industrias *hightech*, es inevitable, y el paisaje que se divisa desde las carreteras en las inmediaciones de Aviñón y Nimes se asemeja más al oeste americano que al mundo de los años cincuenta, aunque al mismo tiempo existen todavía lugares como el mercado de los jueves, frecuentado por mujeres de ojos como cerezas negras, o la plaza donde los bolos del *jeu-de-boules* hacen clic al entrechocar y las señoras mayores siguen contándose las mismas historias de toda la vida junto al gorgoteo de la fuente, que por supuesto está debajo de los plátanos. Y uno de esos lugares es el pueblo donde vive mi amigo M., propietario de un *mas* como el que describía en su libro Henri Bosco, una antigua casa de labranza provenzal con los colores del sol poniente, un caserío al que yo regreso regularmente y en cualquier estación del año. La casa está aislada y rodeada de viñas; a lo lejos se alza el Mont Ventoux, y si uno se sitúa de espaldas a la montaña, se divisa, también en lontananza, la pequeña torre de la iglesia del pueblo. El pueblo no es muy grande, sus calles sinuosas son muy antiguas, y las casas disponen de silos medievales y pesados muros que apenas dejan traslucir la vida que discurre en su interior.

La serpenteante carretera que va de Carpentras a Salut y Villes-sur-Auzon atraviesa el pueblo. En esa carretera hay un café llamado Le Siècle, una oficina de correos, el banco del Crédit Agricole, una *maison de la presse* donde comprar el *Nice-matin* y el *Provençal* y una inmobiliaria que anuncia toda suerte de tentadoras casas de la región. A la entrada del pueblo, al fondo de una plaza donde a veces se celebra un mercado de caballos, está el ayuntamiento, y en el otro extremo una carreterita que lleva hacia unos sarcófagos sombríos, un poco como los Alyscamps en Arles, y es que también aquí dejaron los romanos sus huellas y sus muertos. Un poco apartado, como si al pueblo le causara cierta vergüenza, se alza el castillo del marqués de Sade. El recuerdo de sus ingeniosas torturas se ha borrado. No es sino una edificación cuadrada y en ruinas, a la espera de un nuevo inquilino que no tema los fantasmas de las inocentes muchachas martirizadas, tal vez sólo existentes sobre papel. Hay un pequeño museo y un monumento a los caídos del «1418», esos jóvenes franceses que jamás llegarán a saber cuánto ha cambiado su pueblo aun siendo el mismo.

Mi pueblo no es famoso, no figura en la guía Michelin, carece de atracciones especiales. Es lo que es, un pueblo de la Provenza, un conjunto de casas en torno a una iglesia en medio de una región vinícola. Tiene un alcalde, un teniente de alcalde y una gendarmería. Y en la gendarmería hay un perro. Es él en realidad el protagonista de este

relato, el perro y un amigo checo mío de EE. UU., médico e inventor de medicinas, un hombre que publica magníficas ediciones bibliófilas y que viaja de un continente a otro, que posee un laboratorio en California y una fábrica en Praga, que siendo un joven oficial se fugó de su país comunista en el interior del maletero de un coche, que estudió medicina en Dinamarca, fue profesor en Los Ángeles, domina al menos seis idiomas y de vez en cuando se deja caer por este pueblo provenzal transformándose de inmediato en un auténtico viticultor hasta que de repente vuelve a adoptar la identidad de uno de sus otros personajes y parte hacia su correspondiente mundo. El destino del eterno desterrado, como dice él. Caminando por un estrecho camino rural se llega en unos veinte minutos a la salida que conduce a su casa. Ésta está señalizada con una columna cuadrada coronada por una cruz de hierro que mi amigo ha restaurado para gran satisfacción del viejo agricultor que le vendió la casa. Desde la cruz arranca un camino de entrada en el que mi amigo ha plantado cipreses que dentro de un siglo verterán largas sombras sobre el sendero de arena. A izquierda y derecha del camino, los viñedos echan a finales del verano unas uvas negras y duras que producen un vino que le mira a uno directo a los ojos y desdeña los grandes vinos de alto copete. Con mi amigo y el *adjoint-maire*, que lleva toda la vida cuidando estos campos, me siento debajo de la morera negra. Y de las botellas sin etiqueta nos servimos el interminable vino purpúreo.

A los pies de mi amigo yace, siempre avizor, un pastor alemán, atento a cada uno de los movimientos de su amo. Cuando éste se pone en pie, el perro (o la perra, es una hembra pero me cuesta imaginarlo como tal) se pone también en pie, como si el animal estuviera unido a su amo mediante una correa invisible. Yo no soy un hombre de perros, soy hombre de gatos, razón por la cual me ha costado un poco acostumbrarme a esa unión física a la par que mística entre ambos, pero ahora nos soportamos mutuamente. Respeto esa peculiar unidad dual y el servilismo mutuo de mi amigo y su perro, entre otras razones porque sé cómo han surgido.

Una tarde de verano tardío, debajo de esa misma morera negra, el *adjoint-maire* le habló a mi amigo de los robos cada vez más frecuentes que se producían en las casas y de las personas que habían desaparecido en los tupidos bosques de Mont Ventoux. El jefe de la policía local, cuerpo denominado *gardes champêtres*, confirmó la historia y añadió apesadumbrado que el perro de la policía había pasado a mejor vida y que el presupuesto del ayuntamiento no permitía adquirir un nuevo perro. M. preguntó qué raza de perro era. Un pastor alemán. Eso le evocó asociaciones desagradables, una relativa a un antiguo habitante de Berchtesgarden y otra relativa a un sobrino suyo que en un intento de fuga por la frontera checa había sido despedazado por perros de esa raza. Sabía además que tales perros suelen sufrir displasia de la cadera, debido al *overbreeding*, la reproducción intensiva. Pero por otro lado se enteró de que en Bohemia, es decir su propio país, vivía un criador y entrenador de esa raza de perros llamado Konijn. Los perros que él suministraba eran de una perfección nada perruna. Así que mi amigo resolvió adquirir uno de esos perros para el pueblo.

Cada pueblo provenzal cuenta con su extranjero excéntrico, quien con el transcurso del tiempo acaba formando parte de la leyenda local. *Le chien du docteur américain* no sería una excepción a eso. Pero la cosa no resultó tan fácil, pues una vez que M. compró el perro se produjo una situación que al parecer sólo es comprensible para los psiquiatras

de perros. Por mucho que mi amigo lo intentara, el perro llamado Fula no quería, literalmente, perderle de vista ni un segundo. Era como si el perro le hubiera comprado a él y no a la inversa. En las relaciones humanas llamaríamos a este fenómeno amor. Comoquiera que fuese, M. acudió con Fula al señor Konijn para preguntarle qué tenía que hacer con un perro que se metía con él en la ducha, que dormía debajo de su cama y que trataba de protegerle del silbido del hervidor del agua. El maestro criador Konijn le explicó que se trataba de un raro caso de teología perruna, algo que él en su larga vida de entrenador de perros no había presenciado más que un par de veces. En resumidas cuentas, vino a decirle que la perra había adoptado la «química» de M. (yo diría que el «alma») y que el animal había decidido ser el «líder de la manada», una situación que era imposible modificar. Si la abandonaba o la cambiaba por otro, la perra sufriría una depresión, dejaría de comer y con toda probabilidad moriría. En cualquier caso, en semejante estado la perra no le servía de nada al criador. Le propuso devolverle el dinero y que se la llevara a Francia gratuitamente, donde el jefe de los *gardes champêtres* la esperaba con ansia.

Pero ¿qué hacer con un perro que sufre de mal de amores en lugar de perseguir a traficantes de coca? El jefe de policía miró un segundo los ojos perrunos y lo tuvo claro: a esa perra ya no se la podía separar de su amo. Le acompañaría en los viajes entre los continentes y el pueblo. Se quedarían sin perro guardián, una trágica situación que se mantuvo hasta que el señor Konijn volvió a llamar desde la lejana Bohemia para comunicar que había disponible un nuevo perro, esta vez un macho llamado Hir, un nombre que en checo probablemente tenga un significado aterrador, pues Hir no era un macho sino un machote de órdago, un perro de aspecto fiero, parecido a un lobo, nacido para perseguir a delincuentes.

Y así sucedió. Una delegación del ayuntamiento se presentó en el aeropuerto de Marsella con mi amigo M. Hir saludó a *monsieur le maire* y al *adjoint-maire* y se enamoró de Fula (han tenido un hijo llamado Athos), y no tardó en convertirse en el terror de los atracadores, ladrones y traficantes de coca. Las historias circulan rápido en la Provenza. Muy pronto corrió el rumor de que el perro que *monsieur le docteur américain* había regalado al ayuntamiento protagonizaba un acto heroico tras otro, su foto apareció en la prensa e incluso llegó a recibir una condecoración. El pueblo tenía una nueva leyenda.

Monsieur le docteur américain, que en realidad sigue siendo checo, ha logrado entretanto integrarse plenamente en la región. Se pasea por sus viñedos como un auténtico señor provenzal seguido por su sombra Fula, novia de Hir y madre de Athos. Y así sucede a veces que en una hermosa tarde de verano, cuando el calor ha dejado de apretar pero el sol se desliza todavía por los campos, nos sentamos un gran grupo de gente a una larga mesa debajo de la morera negra. La mesa está llena de los productos que esa misma mañana hemos adquirido en el mercado de Isle-sur-la-Sorgue: las olivas, la pata de cordero aromatizada con tomillo y romero, los quesos de cabra recubiertos de ceniza y especias, el *pastis* elaborado con vino que parece haber pasado directamente de la vid a las jarras. Los perros yacen debajo de la mesa y sueñan que vivirán así para siempre, y cuando más tarde escucho al *adjoint-maire* contar sus historias y veo al jefe de los *gardes champêtres* marchándose en el coche oficial con las luces giratorias azules

acompañado de toda la familia y haciendo hermosas eses por el camino, yo regreso al mundo de Giono y Bosco, el mundo de la luz meridional, una región mítica que en días como éstos se me figura uno de los limbos del paraíso, y entonces entiendo otra vez por qué hace más de cincuenta años, cuando en mi tierra nórdica calvinista abatida por la guerra leí las primeras páginas de *Le mas Théotime*, deseé tanto estar en ese mundo.

Intermezzo II

Un encuentro en Recanati

Algunas personas viajan para encontrarse con amigos, otras para encontrarse con un recuerdo, una pintura, un paisaje, y también, excepcionalmente, las hay que peregrinan hacia un poema. No existen mapas de poemas, por supuesto, aunque no sería muy difícil confeccionar uno. Algunos poemas describen un lugar, otros nos remiten al lugar en que fueron concebidos. El genuino amante de la poesía recorre el Mont Ventoux con Petrarca, pasea por Nápoles del brazo de Shelley, viaja a Ítaca en compañía de Homero y en las orillas del Tajo recuerda a Slauerhoff.

Algo similar hizo el viajero solitario que un gélido día de enero se instaló con su gabardina demasiado ligera en el hotel La Ginestra de Recanati, un hotel algo triste y uno de los pocos en el mundo que lleva el nombre de un poema: La Ginestra, «la hiniesta». La muchacha de la recepción le inscribió en el registro como Michael Krüger¹⁶. Habida cuenta de que esto no es una novela policíaca, suponemos que ése es el verdadero nombre del cliente rezagado. Cuando la recepcionista le preguntó por su profesión, él pareció vacilar un instante, como si necesitara sobreponerse a algo, pero enseguida contestó con voz bastante clara: «Poeta». La palabra, tan poco usual en aquel contexto, resonó por el vestíbulo vacío y la recepcionista, que acababa de ver un documental sobre animales en extinción, pensó, según recordaría más adelante, que ese señor amable que tenía enfrente se parecía un poco a un tejón, un animal que había visto en el documental y que le había encantado por el simple hecho de que los tejones son muy espantadizos y apenas se dejan ver. El único poeta que ella había visto hasta entonces era una estatua que presidía la plaza frente al ayuntamiento, y si bien éste no se parecía a un tejón, el parecido entre ambos poetas era innegable. El poeta de la estatua tenía más cabello, cierto, pero eso era porque no había llegado a viejo.

La muchacha acompañó al cliente a su habitación. Su equipaje era exiguo, una talega con ropa y una bolsa de plástico con algunos libros, y lo depositó sobre el pequeño escritorio. La muchacha quiso mostrarle cómo funcionaba el televisor, pero él le indicó con un gesto que no era necesario. La recepcionista salió de la habitación arrojando una mirada fugaz sobre los libros que él había colocado sobre la mesa. En la portada del libro que estaba encima de la pila, la muchacha alcanzó a ver el nombre del poeta de la estatua. Al abandonar la habitación se detuvo junto a la puerta para advertirle que la cocina no tardaría en cerrar.

Los otros clientes, dos viajeros, ya estaban sentados a la mesa cuando Krüger entró en el comedor. Pidió una jarra de vino que apuró con cierta urgencia y preguntó qué era lo que olía tan bien. La muchacha le explicó que se trataba de la salchicha típica de la región, que se preparaba cortándola longitudinalmente por la mitad y colocando la parte interior sobre la brasa. Él no quiso un primer plato, pero sí una *arrabbiata* y a continuación la salchicha, cuyo nombre anotó en una libretita. Después de comer se tomó un café expreso y una *grappa*, preguntó a la muchacha a qué hora cerraban la puerta del hotel y si le podía facilitar un callejero de Recanati. La muchacha le contestó que la acompañara a la recepción. Mientras buscaba el callejero cogió un par de postales, una de la estatua y otra del palacio en el que había residido el poeta y donde, le dijo ella, seguía residiendo su familia. Poco ha cambiado aquí en los últimos doscientos años,

quiso ella decir, pero él ya había adquirido un par de postales blancas con poemas manuscritos del poeta, poemas que ella en su día había tenido que estudiarse de memoria en el colegio. La muchacha se preguntó por qué le había contado eso a aquel hombre. Le salió espontáneamente. El poeta se echó a reír y le recordó más que nunca a ese tejón que había visto en la televisión, el semblante enjuto, los ojos penetrantes, un poco juntos pero muy amables.

–Recítame el poema –le pidió él.

La muchacha se sonrojó negando con la cabeza pero él insistió.

–Ya no me acuerdo –dijo ella.

–Sí que te acuerdas –repuso él–. Ese poema no se olvida. Anda, qué más te da, no hay nadie aquí.

Y entonces ella lo recitó en voz baja, mientras la televisión emitía un *talk-show* estúpido. Pero a él eso no pareció molestarle. La escuchó con suma atención moviendo ligeramente la cabeza, con lo que ella supuso que él también conocía el poema, a pesar de ser alemán.

Cuando Krüger salió a la calle, le asaltó el viento. Como si de un hombre se tratara, se dijo, pero hacía demasiado frío para anotar la ocurrencia en un papel. Enfiló la Via Calcagni. Si pasada la iglesia Augustina giraba a la derecha, le había dicho ella, y seguía luego recto por la Via Roma, llegaría a la Casa Leopardi.

Algunos poetas, pensó él, tienen un nombre afortunado, un nombre que posee un significado anterior a su obra. Quién no desearía tener un leopardo rondando sus poemas, una fiera salvaje y peligrosa, capaz de asomar en cualquier momento por detrás de los versos amargos y melancólicos. Krüger pensó en la muchacha y en cómo había recitado el poema.

Sempre caro mi fu quest'ermo colle,
e questa siepe, che da tanta parte
dell'ultimo orizzonte il guardo esclude¹⁷.

¿De dónde surge la magia de ciertos versos? ¿Por qué ciertas palabras colocadas en un determinado orden te acompañan a lo largo de la vida y otras no? Además de poeta, Michael Krüger era editor y redactor de una revista de poesía, pero ni siquiera el trato cotidiano con la poesía le había ayudado a desvelar ese misterio. La diferencia entre un poema y otro reside en determinadas categorías, como belleza, innovación, misterio. Algunos poemas se distinguen por su cualidad de inolvidables. Éstos son los que resisten la decadencia y la fugacidad, los que no envejecen nunca. Suceda lo que suceda, mientras exista la lengua, alguna boca pronunciará esos versos, ya sean de Safo, de Dante, de Baudelaire o, como en este caso, de Leopardi.

Krüger pasó por delante de la iglesia de San Vito y junto a la entrada vio, sin verlas, las altas columnas en espiral de doble fuste que más adelante irían a parar a uno de sus poemas.

Reinaba el silencio por todas partes. No había ni un alma, ni salía luz alguna por las ventanas. Krüger se preguntó cómo habría sido ese lugar en tiempos de Leopardi. El silencio debía de ser aún más sepulcral a esa hora de la noche. Antes de emprender el viaje había releído la biografía de Leopardi escrita por Iris Origo, una indagación en la

triste y solitaria vida del poeta confinado en esta ciudad de provincias que detestaba. El poeta siempre ansió conocer el mundo. Estudiaba y escribía en la biblioteca, como una araña en su tela, entre los miles y miles de libros reunidos por su padre, el conde Monaldo Leopardi, un hombre severo, siempre vestido de negro. La biblioteca se había conservado intacta y él, Krüger, iría a visitarla al día siguiente. En toda la ciudad se respiraba Leopardi. Krüger pasó por delante del palacio de los Antici, la familia de Adelaide, madre del poeta, que no pudo disfrutar de la fama de su hijo ni después de la muerte de éste. Fue una mujer de una devoción obsesiva, que ataba corto a sus hijos tanto como a su marido, y cuya familia se consideraba a sí misma de más alta alcurnia que la de Leopardi. Adelaide despreció su matrimonio con ese conde venido a menos que dilapidaba su fortuna en libros.

¿Cómo se hacen los poetas? Mientras sus pasos marcaban, como un reloj, los segundos en la calle solitaria, Krüger reflexionó acerca de su propia vida, en ocasiones fatigosa y turbulenta, y se propuso perseguir el silencio, ese silencio que al otro poeta le había pesado en exceso. La casa de los Antici estaba en estado ruinoso, la pintura de las ventanas desconchada. Se fijó en la inscripción que rezaba: *DATE PAUPERIBUS – TIMETE DEUM– NIMIS USQUE NOCET*. El temor de Dios, la caridad con los pobres y el pecado de los excesos, la ética represora con la que la madre había ligado el alma del muchacho como con alambre de espino durante una juventud eterna de la que éste nunca logró desprenderse. Y sin embargo, de no haber existido el poeta, nadie sabría hoy quiénes fueron los Antici. Y también se le ocurrió pensar que no existe una receta para la poesía.

Bajo la tenue luz de una farola, Krüger examinó el callejero que le había facilitado la muchacha. Debía de andar ya muy cerca de la casa del poeta. Tras una ligera curva enfiló la Via Leopardi. Allí estaba. Un edificio de ladrillo, alto y ancho, con unos portones sin adornos. Tres plantas, un balcón de hierro forjado. Pilastras, contraventanas verdes. En la planta superior vio un *flash* de luz procedente de un televisor. Alguien no leía, sino que miraba. El edificio parecía inmenso. No lograba asociarlo con las referencias a la pobreza. Era más bien un castillo. Expresaba aislamiento, distancia. Krüger miró a su alrededor. Enfrente del palacio había una casa más sencilla, la casa de esa mujer que Leopardi llamó Silvia en sus poemas, un amor cercano y sin embargo imposible, que marcó la vida del poeta como un signo negativo, una de esas figuras femeninas que siempre le rehuyeron. La eterna nostalgia de lo femenino latente en sus poemas hasta el día de hoy.

Roland Barthes empleó el término *punctum* para referirse a la emoción estética que transmiten ciertas fotografías. El mismo concepto podría aplicarse a la poesía. Los poemas de Leopardi poseen *punctum*, una suerte de dolor punzante e intenso. Las emociones no hacen la poesía, eso lo sabe cualquier redactor de revistas. Es la propia poesía la que hace la poesía, se dijo Krüger, por emplear una tautología. Sólo en ese caso el poema es más grande cuanto más grande sea el dolor. ¿Era eso un desvarío romántico? Krüger se encaminó hacia la casa y trató de leer los versos en la penumbra. Un dolor solidificado, grabado en mármol, empotrado en la casa de ese amor imposible que jamás llegó a leer las palabras que le dedicaron a una distancia de doscientos metros.

quel tempo della tua vita mortale...

En la hermética alquimia con la que se crean los versos, Teresa Fattorini, la hija del cochero de la casa de enfrente que el poeta escuchaba cantar tras las ventanas de su biblioteca, se transformó más adelante en Silvia. El paseante nocturno entre las dos casas, la poderosa y la humilde, cree palpar en el aire esa reconocible sensación de impotencia. ¿Y si el poeta hubiera sido un Byron, un conquistador de lo imposible? ¿No habría compuesto versos? ¿Tal vez otros versos? En cualquier caso no éstos. ¿Cómo cambiar unas vidas ya consumadas y renunciar a unos poemas que forman parte indisoluble de tu propia vida?

Krüger volvió a girar sobre sus pasos y se encaminó al palacio. Advirtió entonces a su izquierda una profunda oscuridad, una zona sin luz ni casas. Al dirigirse hacia allí comprendió que había llegado al lugar del que había supuesto que estaba mucho más lejos, fuera de la ciudad. No cabía la menor duda, un rótulo lo indicaba. Todo cuanto había pertenecido a un solo hombre había dejado de pertenecerle. La colina desde la que el poeta había divisado la eternidad estaba tan cerca como la casa de su lejano amor. Un par de poemas, todo un universo. *COLLE DELL' INFINITO*, indicaba el rótulo. El nombre original de la colina, monte Tabor, había sido sustituido por un poema. El paseante que se adentra en ese parque camina envuelto en palabras. Pero Krüger no quiso continuar. A sus pies se extendía el llano; más allá intuía la presencia del mar. Divisó las tenues luces de los coches que circulaban a lo lejos, un ruido que no existía en época del poeta. Regresó al hotel por el mismo camino. Abrió la puerta con la llave que le había facilitado la muchacha. Ella ya no estaba. Krüger se dirigió a su habitación, colgó su chaqueta en la percha de la puerta. Algo tenía que suceder todavía. Escuchó un campanario dar las doce. Se preguntó si el poeta oyó esas mismas campanadas desde su habitación, se sentó delante del pequeño escritorio y se puso a hojear los libros que había llevado consigo. La misma colina descrita en diferentes lenguas; Rilke, Lowell... *Immer lieb war mir dieser einsame Hügel und das Geholz, das fast ringsum... That hill pushed off by itself was always dear to me and the hedges near it*¹⁸... Palabras italianas que habían penetrado en otra lengua, palabras que, gracias a esa alquimia que transforma el oro de una lengua en el oro de otra, conservaban su significado al tiempo que lo modificaban. Krüger conocía al menos diez variantes del mismo poema en alemán e inglés. Y eso era lo misterioso: que en la lengua del poeta que había compuesto esos versos las palabras serían siempre las mismas, mientras que todos esos otros poetas, algunos tan grandes como él, habían intentado manipular el texto, no por querer apropiarse de él sino por respeto y admiración. Krüger ordenó los libros sobre la mesa, abrió unos cuantos y volvió a cerrarlos, sacó una hoja de papel y escribió a ritmo rápido:

Ich habe fast alles gelesen
was bisher geschrieben.
Die Eselsohren in meiner Bibliothek ergeben mein eigenes Buch:
man muss nur die Anstreichungen nehmen, die Glossen verbinden,
die ich am Rande notierte...¹⁹

Entonces sintió que le invadía el cansancio del día y escribió un par de palabras más junto con un signo de interrogación. ¿Heroína? ¿Gramática? Las miró un instante y

decidió acostarse. Antes de dormirse se quedó mirando la postal con el retrato de Leopardi, el cuello blanco levantado, el cabello peinado hacia arriba a la moda de la época, una pechera negra. Era como si su cabeza, con su sonrisa irónica y sus grandes ojos incitantes, estuviera colocada en una bandeja. Krüger sintió tal vez que el poeta se reía de él, lo cual le hizo sonreír a su vez, y se durmió.

Le despertó el olor a café. En la calle se escuchaban voces de niños. Estaba acostumbrado a dormir en hoteles, aunque solía salir temprano para tomar un vuelo a primera hora de la mañana. Esta vez no tenía prisa. Decidió quedarse en la cama un rato más y familiarizarse con ese mundo extraño: la cadencia del italiano, el ruido de las motos y los coches, las campanas de una iglesia cercana. ¿Cómo sería vivir aquí todo el año? De repente se acordó del poema que había empezado el día anterior, se puso en pie para cogerlo, volvió a leerlo y continuó, como si lo recordara:

... und auf dem Vorsatz, dann schreibt es sich ganz von selbst²⁰.

Se preguntó si durante la noche, en su sueño, había continuado componiendo el poema inconscientemente, y siguió escribiendo:

Das genre meines Werkes:
ein philosophischer Liebesroman,
seine Heldin: die Grammatik,
umworben vor der reinen Vernunft.
Jetzt lese ich, in Ermangelung
neuerer Bücher, mein Unbewusstes.
Gott weiss, was herauskommt,
aber wahrscheinlich wieder ein Buch²¹.

Se quedó mirando el texto un buen rato y a continuación le puso punto final. Pensó en cuán distintos eran entre sí sus poetas favoritos y en que era precisamente la reflexión sobre estos asuntos lo que se manifestaba en sus propios poemas como un perpetuo comentario acerca del mundo, un interminable diálogo consigo mismo.

Sonó el teléfono. Una voz masculina. Que si quería desayunar. Sí, quería desayunar, un *dolce* y una taza grande de café. Media hora después estaba en la calle paseando bajo la tibia luz del sol. Lo primero que vio fue una estatua de Beniamino Gigli. Al parecer Recanati no había tenido un solo cantor, sino dos. Recordó que esa voz de bálamo había sonado en otros tiempos en el salón de su casa, allá por los años cincuenta, y saludó con la mano al divino tenor. En el callejero que había examinado durante el desayuno, la estatua del poeta estaba indicada con una crucecita. Sí, tal como estaba señalado, en la Piazza Giacomo Leopardi se alzaba la estatua, un hombre con una capa sobre un pedestal de insólita altura adornado con unos relieves de bronce. Un águila devorando a una serpiente, un libro abierto junto al inevitable búho de la sabiduría, y el poeta en lo alto, los brazos cruzados, la cabeza inclinada, pensativo, su joroba disimulada bajo la capa. Krüger tiene la sensación de que Leopardi le está mirando, como si le invitara a hablar con él. A continuación se aleja de la estatua y se encamina hacia el monumento a los caídos en las dos guerras mundiales, se pone a leer las infinitas listas de nombres de hombres jóvenes, ve cómo las poderosas agujas del Orologio tachan de

nuevo un fragmento del tiempo finito y regresa a la estatua. ¿Le está el poeta guiñando el ojo o se lo está imaginando? Pero hay algo más. Ve un pie de la estatua moviéndose lentamente. Como no tenga cuidado, se caerá del pedestal. Krüger retrocede un paso y entonces lo ve clarísimamente: la imagen acaba de dedicarle el más típico gesto italiano. Con el dedo índice de la mano izquierda se ha bajado un poco el párpado del ojo izquierdo, un signo que Krüger entiende muy bien: ¡Eh, amigo! Tú y yo sabemos que la vida es un invento delirante.

Cuando los poetas de piedra guiñan el ojo, los poetas vivos empiezan a dudar de su sano juicio. Krüger emprende el mismo camino de la noche anterior. Las puertas del Palazzo Leopardi están abiertas esta vez. Compra una entrada para la exposición permanente, válida asimismo para una visita guiada por la biblioteca, lo que asegura la asistencia de público. Qué extrañas son las casas de los poetas muertos. Al entrar, Krüger tiene la sensación de atravesar unas telarañas. El guiño de la estatua le ha descolocado, se imagina convertido en un personaje de las *Operette morali*, en uno de cuyos diálogos fantásticos él diría que los poetas muertos viven en su propia obra y no en la casa donde nacieron hace más de doscientos años. Su antagonista le preguntaría qué hacía allí entonces. ¿Por qué no se había quedado en casa leyendo? Pero si yo estoy aquí precisamente porque soy un apasionado lector de su obra. Al autor de los *Pensieri* y el *Zibaldone* no le desagradaba una paradoja, y alentado por esa idea el poeta alemán recorre las vitrinas que exponen el chaleco bordado del padre, el retrato de la madre, los manuscritos, los libros de la hermana infeliz, los pequeños bustos de Dante, Petrarca, Tasso y Ariosto, las doctas composiciones en latín escritas con letra infantil, la gramática con la que el poeta estudió la lengua hebrea, los libros que leyó, los objetos que sostuvo entre sus manos. Al cabo de una hora todo ello se le hace excesivo a Krüger, el polvo de principios del siglo XIX le produce una sensación de ahogo. Pero aún queda la biblioteca. Junto con un grupo de americanos perdidos, le conducen a su interior. A un ritmo demasiado acelerado pasan por delante de los altos anaqueles señalizados con números romanos. X Liturgia, XIX Ascetica, XXI Prohibiti, XX... Krüger mira por la misma ventana por la que el poeta observaba a la muchacha de la casa de enfrente como un pájaro con las alas cortadas. Y entonces descubre de repente en la calle al poeta de la estatua. No hay lugar a dudas, es él. Lo compara con la imagen del poeta de mármol blanco posada sobre una alta columna entre los miles y miles de libros, y sí, en efecto, es el mismo hombre que se encuentra ahí abajo delante de la casa haciéndole señales.

—¿Me hablas a mí? —pregunta Krüger sin palabras señalándose el pecho.

—Sí —asiente con la cabeza el poeta desde la calle.

Cuando Krüger ha alcanzado la calle, Leopardi ya se le ha adelantado en dirección a la colina. Krüger le da alcance. El hombre es más pequeño que su estatua, tiene la cara blanca como el papel en el que están escritos sus versos. Pasan por delante de unos pinos y unos setos de boj. Sobre un muro de ladrillo, en la parte superior, está escrito el primer verso del poema, pero Leopardi no parece verlo. Se sientan en un banco.

—El poema que escribiste esta noche... —dice el poeta posando su mano sobre la de Krüger—. Tuve la sensación de que lo escribías para mí.

—¿Por qué crees eso?

Leopardi se encoge de hombros, impaciente.

–La ventaja de estar muerto es que uno se cuele fácilmente en cualquier sitio. Y cuando alguien escribe un poema en Recanati, yo me entero enseguida. Fue muy emocionante verte escribir anoche y sentí curiosidad por saber cómo ibas a concluir el poema esta mañana. Yo he sido un gran lector durante toda mi vida. Has visto la biblioteca. *Gramática como herói - na...*, una novela de amor, te refieres a mí. Tal vez le hayas querido dar un significado irónico, yo ya no sé cómo funciona hoy en día vuestra mente, pero cuando dices que en un libro todo se transforma constantemente, te refieres a la historia de mi vida. Habría deseado que fuera de otra manera, pero eso poco importa ya. La ventaja del alemán es que te permite expresarlo en una sola palabra: *Vielleser*, un lector prolífico. En mi idioma eso es imposible. Pero de todos modos me atrevo a intentar traducir el poema.

Krüger quiso responder algo, pero en ese momento pasó la muchacha del hotel por el camino de grava del brazo de un joven que intentaba besarla. La muchacha vio a Krüger y se sonrojó, pero entonces se percató de la presencia de Leopardi y su mirada se llenó de inquietud.

–Nunca tuve suerte con las mujeres –masculló el poeta. Desde el valle llegó el tañido de doce campanadas–. Tengo que regresar –dijo Leopardi–. He estado demasiado tiempo fuera, debo volver a mi pedestal. Pero antes quisiera entregarte esto. No vas a poder anotarlo y sólo vas a escucharlo una sola vez. Escucha:

Ho letto quasi tutto
ciò che è stato scritto.
Le orecchie piegate nella mia biblioteca
sono mio libro...

Krüger cerró los ojos. Escuchó a su lado la voz profunda, casi susurrante, y escuchó también el ritmo de los versos. Sintió crecer en su interior un amor, una amistad y una gratitud inefables, y cuando pronunció la última palabra, quiso estrechar entre sus brazos el escuálido cuerpo del poeta y besarle las mejillas de mármol, pero a su lado ya no había nadie. Escuchó el susurro del viento en los pinos, pensó que nunca en la vida le contaría esa historia a nadie, enfiló el camino de grava que rodeaba la colina del infinito y desapareció, un hombre grande con una gabardina demasiado ligera para la estación del año, el poema que iba a escribir esa tarde envolviéndole como una nube.

Entre mañana y ayer

El paraíso al borde del tiempo

Oí hablar por primera vez de las islas Tonga hará unos cincuenta años, con motivo de la coronación de la joven princesa Isabel de Inglaterra como Isabel II. La ceremonia había congregado en Londres a reyes y jefes de Estado del mundo entero. Entre ellos se encontraba la reina de Tonga, un archipiélago perdido en algún lugar del Pacífico Sur. Aquel día la reina adquirió fama mundial, pues, a diferencia de las demás testas coronadas, se negó a que le cubrieran la calesa al desatarse un súbito aguacero. El resultado fue que la reina de Tonga llegó empapada a la catedral de Westminster. Y ello, sumado a que era una mujer altísima, atrajo las miradas de todos cuando se apeó de la calesa.

Ante semejante imagen es natural que el nombre de Tonga se grabe en la memoria y suscite curiosidad. Tan vasta es la extensión del Pacífico que media entre Australia y América del Sur que todos los continentes contiguos podrían anegarse en ese océano. Intentadlo y comprobaréis que no es fácil ubicar el archipiélago de Tonga en el mapa. Es como si una mano poderosa hubiera arrojado un montón de migas de pan sobre esa extensión de agua: las islas Cook, las islas Marshall, las Marquesas, todas a una distancia infinita unas de otras. Si eres un apasionado de las islas podrías pasarte horas mirándolas, deben de ser miles. No sabe uno ni por dónde empezar. Leí sobre Gauguin en Tahití, sobre Louis Stevenson en Samoa; vi pinturas, fotografías y la película *Rebelión a bordo* sobre el motín en el *Bounty*, con Charles Laughton en el reparto. Incluso llegué a visitar Hawái, donde pude saborear un poco ese mundo polinesio, pero Tonga y su altísima reina seguían siendo inalcanzables. Aún tardaría años en hacerse realidad mi sueño de visitar esas islas, y además sucedió de modo completamente fortuito.

Me habían invitado a participar en un festival literario en Sydney, donde conocí a un escritor de Fidji, otrora el secretario personal del rey de Tonga. El rey no tenía la altura de su madre, que entretanto ya había fallecido, aunque compensaba su menor estatura con un volumen de cuerpo importante, algo que en esas tierras es signo de poder y riqueza. El escritor, llamado Epeli Hau'ofa, me recomendó cambiar el destino de mi viaje, y que en lugar de volar de Tahití a Los Ángeles como tenía previsto inicialmente me detuviera en Fidji, Tonga, Vanuatu y Samoa, cuatro sueños juveniles de un solo golpe. De Fidji recuerdo poca cosa. Más tarde se produjo allí un golpe de Estado relacionado con las luchas y rivalidades entre los habitantes autóctonos y los inmigrantes originarios de la India.

Epeli, quien me invitó a su casa, me contó con nostalgia un sinfín de historias sobre Tonga, lo cual no hizo sino aumentar mi curiosidad por esa isla que aún era un misterio para mí. Así me enteré de que el rey era tan orondo que le reservaban dos asientos en el pequeño avión que comunicaba las distantes islas de su reino; que el domingo era tan sagrado en Tonga que no se movía ni una mosca cuando la gente acudía a la iglesia; que existía una aristocracia de mil años de antigüedad; y que los indígenas se arrojaban a la cuneta cuando veían acercarse el automóvil del rey. Sin embargo, a Epeli se le olvidó contarme una cosa: que saliendo a las cuatro de la tarde del aeropuerto de Suva con destino a Tonga en un vuelo de dos horas de duración, uno llega a su destino a la seis, sí, pero a las seis del día anterior. La vida te obsequia de improviso con un día entero.

Viajas hacia delante en el espacio pero hacia atrás en el tiempo, y así materializas uno de los sueños más hermosos de la humanidad. Y es que Tonga se encuentra exactamente encima de esa línea de separación imaginaria con la que el hombre ha intentado domeñar el mundo: quien avance o retroceda un paso pasa de ser un sujeto de ayer a un sujeto de hoy o viceversa, con lo cual se demuestra, a mi entender, que en realidad el tiempo no existe. Tal vez fue ésa la razón por la que me sentí tan feliz en Tonga.

Me alojé en el International Dateline Hotel y me dediqué a no hacer nada, es decir, me adapté al ritmo imperante: paseé por la ciudad y por la orilla del mar, compré ostras y erizos de mar en el mercado, me senté debajo de una palmera y me quedé mirando los cielos oceánicos, di una vuelta en barca con un pescador..., en suma, me desprendí de la agitación del gran mundo y me entretuve en contemplar, lleno de admiración, a esos bellos individuos que pasaban delante de mí y cuyas vidas se me figuraban maravillosamente sosegadas, alejadas del mundanal ruido y de las cosas que el resto de la humanidad considera importantes.

En el hotel, por las noches, había espectáculos de canto y baile. Las mujeres eran tan bellas como las retratadas por Gauguin. Según decían, eran virtuosas y piadosas gracias a los misioneros anglosajones, lo cual aumentaba su atractivo. Renuncié a mi intención de continuar mi viaje por el archipiélago cuando comprendí que además de Tongatapu, donde yo vivía, había otras 174 islas, de las cuales 39 estaban habitadas. Me conformé con el mar turquesa, las palmeras de coco, la ausencia de periódicos y las increíbles formaciones de nubes en el cielo. Era como si el mundo se hubiera elevado, y me parecía perfecto.

Epeli me dijo con orgullo que Tonga-tapu contaba con el único instituto en el Pacífico donde se podía estudiar latín y griego, y me facilitó la dirección de la Ateneisi University. El rector, Futa Hele, me invitó a su casa. Pasamos una tarde inolvidable de sabiduría antigua, con unos cerdos merodeando debajo de la vivienda, Mozart sonando en un piano desafinado, un grupo de jóvenes entonando canciones tradicionales y el ritual del *kava*. Esto último entrañaba cierto peligro, me advirtieron, pues a pesar del aspecto inocente del *kava* –se asemeja bastante a la leche–, ese brebaje elaborado con la raíz del pimentero (*Piper methysticum*) produce efectos psicotrópicos nada desdeñables. No sé qué es lo que más me cautivó, si el canto lento e hipnotizador de aquellos muchachos, la manera en que trituraban en un gran mortero la blanquecina raíz y el sonido que eso producía, o la hija de Futa Hele interpretando a Mozart en un piano que sonaba como si el compositor hubiera creado una versión especial para el trópico. Quizá la magia se debiera también al viento que agitaba las palmeras y a los efectos del brebaje parduzco. El *kava* se preparaba fermentando la raíz molida en agua en el interior de una gran vasija de madera cuadrada, y era servido en media cáscara de coco. No produce embriaguez (la cáscara de coco iba pasando de mano en mano y regresaba a mí una y otra vez), sino un curioso y agradable efecto relajante, un leve aturdimiento de los sentidos que atempera los rasgos más duros del carácter. Al cabo de un rato me invadió un profundo deseo de elevarme despacio en el aire y volar con lentas aletadas hacia todas las demás islas, donde me esperarían más *kavaka lapu's*.

Pero volar no es sencillo, como advertí el último día de mi estancia en la isla. Con dificultad logré un asiento en el avión con destino a Samoa cuya salida estaba prevista el

sábado por la tarde, un vuelo que me transportaría al día anterior o al día siguiente. Pero eso enseguida dejó de importarme, porque el aparato no despegó. Un grupo de pasajeros esperando un avión en la calle –en Tonga todo acontece en la calle– se parece bastante a un grupo de refugiados. Yo notaba que los refugiados consultaban cada vez más su reloj mientras esperaban nerviosos el anuncio de la salida del avión. Eso de por sí no es nada inusual, pero pronto comprendí que sabían más que yo. En ningún lugar del mundo se respeta tanto el día del Señor como en Tonga. Resultó que sólo faltaba media hora para el domingo y que en domingo no se permite aterrizar a los aviones. Nunca olvidaré aquel instante. Todos los pasajeros escuchaban conteniendo la respiración. Dieron las doce y un instante después oímos cómo el avión surcaba el cielo rumbo a su siguiente destino. Nos quedamos todos un poco desconcertados, cada cual sumido en sus pensamientos. El sonido del solitario avión fue perdiéndose en el silencio de la noche tropical. Aquello me tendría que haber disgustado, y sin embargo no fue así. Había ido a parar a Tonga de forma casi accidental, y de esa misma manera pasaría allí el domingo. Estar más cerca de la Nada es imposible para un ser humano. Eso es lo que sucede los domingos en Tonga: nada de nada, una nada acompañada por las campanadas de la iglesia que cada dos horas indican que no ha sucedido nada durante las dos horas anteriores. Todo, absolutamente todo, está cerrado, y no hay nada que se mueva excepto los pájaros y los feligreses cargados de biblias y misales. Restaurantes, bares, todo está cerrado. Una paz celestial descende sobre la isla ya habitualmente en calma. Por la ventana de mi habitación de hotel veía pasar a esas gentes bellas que en días de Gauguin eran todavía plácidos paganos. Portaban sus libros negros cual joyas, y cantaban, rezaban y escuchaban sermones sobre el infierno y la condenación mientras vivían en el paraíso.

Decidí dar un paseo y reflexionar acerca de todo lo que había visto. Belleza y pecado, calma y movimiento; me vinieron a la mente toda suerte de conceptos sobre los que meditar. ¿Cómo sería vivir en ese lugar para siempre? Pescar un poco, recolectar un coco de cuando en cuando, apartarse del mundanal ruido y fundar un monasterio unipersonal de la Orden del Silencio. En mis viajes solía distinguir dos territorios esenciales: aquellos a los que tenía la intención de regresar y aquellos a los que no. De quedarme en esa isla, tendría que declarar el mundo entero como territorio al que no regresaría –para entenderlo basta echar un vistazo al mapa del océano Pacífico–. El archipiélago de Tonga abarca 362.500 kilómetros cuadrados. Los trozos de tierra que asoman a la superficie del agua suman 688 en total. Una eternidad de agua se extiende en todas las direcciones. No es de extrañar que sea precisamente en esta zona del mundo donde el tiempo se ha dividido en dos, porque el tiempo carece aquí de valor. Existe el tiempo Tonga, que fluye más despacio que la melaza y prescinde del reloj. Existe un tiempo Papalangi, el tiempo del mundo real. Según los cálculos, ambos tiempos guardan una relación de 1:12. Ahora bien, si el tiempo deja de tener valor, hay otras muchas cosas que también dejan de tenerlo, y yo dudaba si había alcanzado la suficiente paz de espíritu como para pertenecer para siempre a la Orden del Silencio.

En cierta ocasión una joven escritora canadiense de visita en Ámsterdam me preguntó a qué se debía mi necesidad de viajar constantemente cuando residía en una de las ciudades más bellas del mundo. Es una buena pregunta, sobre todo si uno piensa en ella sentado, apoyado en una palmera. El sol iluminaba las piedras preciosas del océano en

eterno movimiento y yo veía ante mí una brumosa tarde de octubre en Ámsterdam y seguidamente una tarde gélida, también nublada, en la laguna de Venecia con las lucecitas de la ciudad al fondo. Venecia y Ámsterdam, tal vez las dos ciudades que yo más amaba. ¿Y Los Ángeles qué? Ésa es una ciudad que uno no debe amar, consideran muchos de mis amigos americanos, y sin embargo, en aquel instante, al otro extremo del inconmensurable océano, experimenté una punzada de nostalgia hacia esa ciudad de crecimiento incontrolado que nunca ha renegado del todo de su origen desértico. Residí un año entero en Los Ángeles y fue allí donde escribí mi libro *El día de todas las almas*. Mientras veía moverse las grotescas formas de las palmeras abanico bajo el sol californiano en la costa de Santa Mónica, yo escribía acerca de un Berlín nevado durante un crudo invierno.

De repente, en aquel momento, mi archivo interior me recuperó toda una serie de imágenes: la extraordinaria llanura de Bagan en Birmania con sus cientos de templos; una travesía nocturna en un viejo barco por el interior de Gambia; una noche de 1955 en un balcón de Salamanca con vistas a la Plaza Mayor, donde estudiantes y profesores paseaban en un gran círculo hablando y gesticulando... Todos esos mundos no existían únicamente en mi memoria, existían también en el mundo real; de quererlo, podía tomar un avión y viajar de inmediato hacia uno de esos lugares. Puede que el desafío más grande para el eterno viajero sea precisamente ése, el deseo constante de volver a ver el mundo que ha conocido. Un deseo imposible de realizar.

Nadie obtiene el don de un segundo cuerpo. Sin embargo yo tuve uno allí, en Tongatapu. Las otras ciudades y paisajes debían permanecer donde estaban, en mi memoria. Las campanas empezaron a tañer de nuevo. Esta vez me pareció que se dirigían realmente a mí, en el aquí y el ahora, algo que no me había sucedido en Japón, Mali o Múnich. Divisé a lo lejos los arrecifes del Hakau Tapu asomando en el mar, el sol enrojecía, los grandes murciélagos negros que pendían de los árboles cual extraños frutos empezaban a prepararse para la caza. Era la hora de los oficios vespertinos. Delante de mí caminaba un caballero de avanzada edad con una estera trenzada a la cintura, una especie de mandil que suelen lucir los tongoleses ilustres, la *ta'ovala*, que se ciñe con un cordón de fibra de coco, el *kafa*. Suele ser una herencia familiar que se luce en ocasiones solemnes como el servicio religioso. Resolví seguir al hombre. La decisión resultó afortunada, pues gracias a ello fui a parar a la iglesia donde Taufu'ahau Tupou IV, el rey de Tonga, celebraba el domingo rodeado de toda su familia real. Cuentan que en tiempos inmemoriales el dios del sol Tangaloa se enamoró de una muchacha a quien había visto buscando conchas en la playa. El dios sedujo a la joven, llamada Ílaheva, tal como hizo Zeus con Europa –parece que los dioses no tengan otra cosa que hacer, salvo el nuestro, claro, pero eso es porque el nuestro está solo–. Ílaheva dio a luz a 'Aho'eitu, quien se convertiría en el primer Tui. Aquello fue el origen de lo que sería un largo linaje, como sucede en Japón. Incluso hoy en Japón se da la circunstancia de que el emperador duerme con la reina del sol la noche anterior a su coronación, aunque a nadie le esté permitido presenciarlo.

Seguí al caballero de avanzada edad hacia el interior de la iglesia. Debía de formar parte de la nobleza, comprendí más adelante, pues se colocó cerca de la familia real, que

ocupaba una tarima en la parte delantera. Tonga cuenta con treinta y tres familias reales a cuyos miembros no se les permite contraer matrimonio con el común de los mortales. El rey vestía de blanco, sujetaba un bastón plateado y llevaba unas grandes gafas de sol. Unas *kafas* de espléndidos colores le ceñían la cintura como si le mantuvieran el cuerpo ensamblado, pues su volumen era en verdad impresionante. Tenía todo el aspecto de un rey. Poco me importaba a mí –aunque sólo fuera por mi afición a los cuentos– si era descendiente de los antiguos Tu’i Tongas o de otras dinastías enfrentadas entre sí. En su porte se traslucía la herencia de su antepasado, el sol. Las jóvenes princesas de rostro angelical que le rodeaban conferían aún mayor relieve a su regia figura. Del servicio religioso no entendí nada. El sermón me trajo a la memoria los ecos apocalípticos que solían emitir por la radio neerlandesa los domingos por la mañana, tormentas calvinistas de infierno y condenación. Sin embargo, los rostros de la gente a mi alrededor expresaban seriedad. Y es que quienes viven en el paraíso no se dejan amedrentar fácilmente. De existir el infierno, existe el pecado. Eso me tranquilizó un poco a la vista de tanta gente bella. Luego entonaron unos cantos que no olvidaré fácilmente. Era como si contuvieran todas las pasiones reprimidas. Se escuchaban por todo el archipiélago, desde Niuatoputapu hasta Vava’u. Los cormoranes, los cangrejos, los centollos, las almejas gigantes y las ballenas que pasan por ahí cada año, todos escuchaban los cantos hasta en lo más profundo del mar. Un gran órgano de voces humanas ascendía al cielo y la familia real cantaba como la que más.

El resto de mi último día en la isla discurrió en silencio. Los feligreses habían vuelto a recluirse en sus casas y yo caminaba por las calles vacías de Nuku’alofa. Pasé por delante del palacio real de madera blanca, por extraños cementerios con botellas clavadas boca abajo en la arena, por la Sincere Variety Store y el mercado de pescados, en aquel momento tan solitario, el *maketi Ika*. Al día siguiente yo ya no estaría allí, tomaría un avión a Samoa para visitar la tumba de Robert Louis Stevenson. La vida en la isla seguiría su curso y prescindiría completamente de mí, porque nadie se había fijado en mi persona. Sólo así, pasando desapercibido, logra uno integrarse un poco en una comunidad, ya sea en una isla del océano Pacífico, en Los Ángeles o en Nueva York.

Tal vez es eso lo que buscamos en los viajes: desaparecer entre los demás. En Nueva York no se necesita nada para pasar desapercibido, ahí uno es su propio camuflaje. En medio de sirios, judíos polacos, tibetanos, vikingos y portugueses, uno no es sino un matiz más, una partícula, un individuo que compra un bote de vitaminas en la farmacia, una persona con nombre y sin embargo anónima, un transeúnte. Eso es algo que inquieta a mucha gente. A mí sin embargo me excita. El viajero frecuente debe enfrentarse hasta el hastío con la pregunta de si está huyendo de algo. No, no huye. Lo que busca es desaparecer estando presente. El viaje te permite desaparecer mientras sigues llevando tu vida –puedes llamar a un número de teléfono y al otro lado de la línea, si todo va bien, siempre habrá alguien que te reconozca–. La gente te ve, y sin embargo tú eres invisible en tu propia identidad. Podrías ser cualquiera. Te has desprendido de la anécdota de tu propia existencia, te has convertido en un habitante de la Provenza o de Río de Janeiro o acabas de despegar con el avión de New Zealand Air rumbo a Samoa. Debajo de ti se extiende el océano salpicado por las islas, tan pequeñas de repente, donde has pasado los últimos días. La ilusión consiste en pensar que en todos esos lugares a los que te diriges o

a los que regresas tienes una segunda vida que discurre en sincronía con tu otra vida. Viajar es además, si se hace bien, una forma de meditación, algo que puede hacerse tanto en Venecia, en las Zattere, como en Zagora, al borde del Sáhara. Al contrario de lo que hoy suele decirse, el mundo sigue siendo infinitamente grande para quien viaja consigo mismo.

Stevenson fue un tipo así, un hombre que hizo un viaje en asno por Las Cevenas, un viajero tranquilo a la vez que inquieto. Los últimos años de su vida los pasó en esas islas que le inspiraron unas epístolas y unos libros magníficos.

Me he alojado en el Aggie Grey's Hotel atraído por los exuberantes jardines tropicales y la reputación de Aggie, que en su larga vida logró convertir ese hotel en el más famoso de todo el Pacífico. Su popularidad se debe asimismo a las *fia fia*, las tradicionales veladas de canto y bailes polinesios, que le hacen sentir a uno como si regresara a un tiempo pasado. Pero la inocencia ya la hemos perdido. Esos cantantes y bailarines ya no son los de la época de Stevenson. Tampoco él conoció ya a los cantantes y bailarines indígenas anteriores a la llegada de los occidentales, cuando los nativos de Samoa, al igual que los de Tonga, vivían aún en comunidad sin ser observados por ojos extraños. Lo que nosotros vemos no es más que un eco de lo que fue en su día, pero aun así vale la pena. Como dijo el escritor inglés Tim Parks en una entrevista, para quienes vivimos rodeados por cinco culturas resulta saludable sumergirse de vez en cuando en un entorno donde se ha conservado una única cultura auténtica.

Aggie Grey no vive ya. Junto con Stevenson y Margaret Mead, ella es una de las personas que ha contribuido a difundir en el mundo la imagen de Samoa y de todo el territorio: una ilusión de belleza inmaculada y la insinuación de una sexualidad sin complicaciones y por lo tanto paradisíaca. Se trata naturalmente de una ficción, como lo son las historias de Stevenson, quien vivió en las islas en un periodo de guerras tribales, de afirmación de la propia identidad. Con todo, esa imagen ficticia, alimentada por el paisaje, el carácter y la belleza de la gente, ha permanecido viva. No es lo mismo ver unas flores tropicales de intensos colores dentro de un jarrón que verlas adornando el cuello de seres vivos que además cantan y bailan. Eso debió de causar gran impresión a los primeros turistas, ya fuera en Tahití, Oha'u o Raratonga. Al fin y al cabo deseamos creer en lo que nos hemos propuesto creer. Y por esa razón hoy yo no creo en la realidad ni en las estadísticas ni en lo que dice la prensa, sino en el rumor de las olas, en el mercado de raíces de mandioca, especias y centollos, en los pandanos con su tronco de múltiples pies, en el sonido de las voces humanas que entonan canciones que no entiendo y que el tiempo me ha traído desde un pasado inconcebible, esas mismas canciones que escuchó hará más de cien años el autor de *La isla del tesoro*.

En uno de los últimos días de mi estancia visito la gran casa de Stevenson, que hoy es museo. El escritor debió de recorrer un largo camino desde su Escocia natal, camino que por aquel entonces aún se realizaba a la velocidad de los barcos. Nuestra velocidad de hoy no aporta grandes ventajas. Vivimos bajo la presión de lo simultáneo. Ya no experimentaremos nunca más esa sensación de recibir una carta al cabo de meses como respuesta a otra carta que enviamos el doble de tiempo antes. Aquello era un destierro voluntariamente elegido, un destierro que nos hacía felices. «Me puede envidiar», escribió Stevenson el 7 de noviembre de 1890 –tenía por aquel entonces cuarenta años y

no le quedaban más que cuatro de vida—. «Vivimos ahora en nuestra finca, en una pequeña barraca. Vemos el mar a seiscientos pies debajo de nosotros rozando dos valles de selva pluvial. La montaña se alza mil pies por encima de nosotros. Nuestra hacienda está rodeada de grandes árboles, los pájaros cantan y cantan, nunca había vivido en un cielo como éste.»

Las casas de los escritores muertos me inspiran cierta melancolía. Ellos no están, han desaparecido, no existen sino en sus libros. Manuscritos, fotografías amarillentas, antiguas ediciones, telarañas del pasado. Y sin embargo, la naturaleza que rodea las casas sigue siendo la misma, los árboles tienen el mismo aspecto que en las viejas fotografías.

Stevenson gozaba ya de fama mundial cuando llegó a Apia en la goleta *La Equator*. Continuó la travesía hacia Sydney, pero la llamada de la isla era fuerte y en 1890 compró la finca en la que construyó su casa Vailima. Ya estaba enfermo entonces, y tras su muerte fue sepultado en la cima del monte Vaea, que domina la casa. Durante los cuatro años que vivió en Samoa la gente se encariñó con él. Los nativos lo bautizaron como Tusitala, el contador de historias. Un grupo de jefes tribales trabajó toda la noche para abrir un *camino* en la vegetación hasta la cima del *monte*. Decido recorrer ese camino al día siguiente y por la noche caen unos fuertes aguaceros. Es como si toda la selva emanara vapor debido al calor. Arbustos silvestres, extravagantes helechos, emblemas del universo tropical. A mi alrededor oigo las conversaciones de los pájaros, las mismas que escucharían los jefes tribales al subir esa cuesta portando el ataúd. La excursión es larga, no me cruzo con nadie por el camino. Cuando al cabo de un buen rato llego a la cima, estoy empapado. La tumba está aislada en un lugar despejado. Excepto los pájaros y el viento, no hay nadie ni se oye nada.

Muy al fondo se extiende el mar. Estoy a solas con el poeta y leo esos versos suyos que cualquier viajero desearía tener como epitafio.

Under the wide and starry sky,
Dig the grave and let me lie.
Glad did I live and gladly die,
And I laid me down with a will.

This be the verse you grave for me:
Here he lies where he longed to be;
Home is the sailor, home from the sea,
And the hunter home from the hill²².

Cuando al bajar la cuesta paso por delante de una cascada de gran altura en el bosque, comprendo que he emprendido mi largo viaje de regreso hacia mi isla mediterránea. La mayor tentación para el viajero moderno que no desea someterse a la tiranía del tiempo es el *round-the-world ticket*. Enlazo viajes pasados con viajes futuros y prescindo ya completamente de la tiranía del tiempo y del orden de sucesión de los hechos. Me apea -ré en Japón, y en los alrededores de Kyoto proseguiré la ruta de los 33 templos que inicié anteriormente, caminando y subiendo cuestas, visitando los lejanos monasterios budistas donde se venera a Kannon, la diosa de la misericordia, en todas sus 33 manifestaciones, con sus once cabezas y sus mil brazos. Luego, movido por la nostalgia de mis años californianos, me apearé en Los Ángeles, y en el Tpopanga National Park subiré al Eagle's Rock y desde allí divisaré el mismo mar que veo ahora a mis pies, el mismo que

seguiré viendo a mi izquierda cuando circule por la Highway 101 en dirección a San Francisco y a Marin County, que está justo encima, y después descenderé el largo camino hacia McClure's Beach, sencillamente porque es el camino que hago siempre desde que viví ahí un tiempo impartiendo clases en Berkeley. Puede que a alguien todo esto le sugiera agitación, para mí es paz. Son lugares tranquilos, apenas transitados. En esa playa casi me ahogué una vez. Una enorme ola me levantó y me arrojó a la tierra, y desde entonces no puedo visitar esa zona de EE. UU. sin acercarme a esa playa.

Puede que sea una tontería, pero lo que a mí me anima a regresar a esos lugares es precisamente la constante repetición de lo mismo. Desde las cimas de las altas montañas, te observan los *elks*, esos alces de anchas y extrañas cornamentas. Sé exactamente dónde recolectar berro silvestre en el angosto arroyo que discurre junto al camino empinado, y una vez abajo, allí donde la marea viva es siempre peligrosa, me quedo mirando el eterno movimiento de los pajaritos que al filo de toda esa vehemencia trazan en la arena sus secretos jeroglíficos. Entonces llega el día en que mi archivo está lleno. Los recuerdos han sido guardados. Es hora de regresar a esa ciudad sobre el agua donde está mi casa, a la Europa de mis primeros viajes en autostop, a la isla de mis veranos y al jardín de las dos palmeras que planté hace más de treinta años y que durante todo ese tiempo no se han movido de su sitio mientras yo recorría el mundo. Y en ese lugar permaneceré meses sin moverme escribiendo sobre cuanto he visto, sobre los milagros y los contrasentidos de este mundo cada vez más grande.

El camino

El camino

Yo soy el camino.

Estoy como una flecha
indicando a lo lejos,
pero en la lejanía me pierdo.

Quien me siga
hacia allá, hacia acá, hacia aquí, ha de ponerse en camino
a la fuerza.

En camino y perderse²³.

Obras de Cees Nooteboom publicadas en Ediciones Siruela:

La historia siguiente (1992)

El desvío a Santiago (1993 y 2006)

¡Mokusei! / El buda tras la empalizada (1994)

Cómo ser europeos (1995)

El día de todas las almas (2000)

Hotel nómada (2002)

Perdido el paraíso (2006)

Tumbas (2007)

El enigma de la luz (2007)

Lluvia roja (2009)

En las montañas de Holanda (2009)

[1](#) Algunas de las crónicas de viaje contenidas en este libro fueron editadas en 2002 por Siruela con el título *Hotel nómada*. (N. de la T.)

[2](#) Serena está empeñada en conocer la verdad acerca del pasado, sin entender que el pasado, al igual que el futuro, sólo puede ser imaginado. (N. de la T.)

[3](#) Se refiere a dos destacados novelistas neerlandeses: Willem Frederik Hermans (1921-1995) y Gerard Kornelis van het Reve (1923-2006). (N. de la T.)

[4](#) El título original de la novela es *Philip en de anderen*. (N. de la T.)

[5](#) Conocido ateneo artístico y literario de Ámsterdam. (N. de la T.)

[6](#) Siruela, Madrid 2000, trad. de Julio Grande. (N. de la T.)

[7](#) Embutido típico de la cocina alemana, elaborado con sangre e hígado. (N. de la T.)

[8](#) *Schweinhaxe* es codillo; *Hackepeter* es un tipo de *steak* tártaro, y *Saumagen* es un plato tradicional alemán con alto contenido cárnico. (N. de la T.)

[9](#) Véase nota 1. (N. de la T.)

[10](#) Siruela, trad. de Julio Grande, Madrid 1998. (N. de la T.)

[11](#) Hombre blanco o miembro de la clase dominante en tiempos del colonialismo. (N. de la T.)

[12](#) Arthur Daane, creador de documentales televisivos residente en Berlín, es el protagonista de *El día de todas las almas*. Véase nota 6. (N. de la T.)

[13](#) Bueno, señor, eh, em, Noetbum, por favor siéntese tranquilamente. Debo decirle que anoche o esta mañana ha sufrido usted un leve ataque al corazón. (N. de la T.)

[14](#) Más vale que se lo lleve por si le da otro ataque de histeria. (N. de la T.)

[15](#) Acción de protesta en el teatro neerlandés que tuvo lugar en 1969-1970. La acción comenzó en Ámsterdam cuando unos jóvenes actores y dramaturgos lanzaron tomates a los actores de la *Nederlandse Comedie* para manifestar su oposición al teatro «burgués» convencional. (N. de la T.)

[16](#) Michael Krüger (1943), editor alemán. Desde 1972 publica poesía, relatos y novelas.

[17](#) Siempre caro me fue este yermo monte / y ese obstáculo, que de esta parte / del último horizonte la vista excluye (trad. de Hernán Isnardi).

[18](#) Amé siempre esta colina, y el cerco que me impide ver más allá del horizonte.

[19](#) He leído casi todo / cuanto se ha escrito hasta ahora. / Los dobleces de mi biblioteca constituyen mi propio libro: / Busca todo cuanto he subrayado, / y une las glosas que he anotado al margen...

[20](#) ...y en la portada, entonces el libro se escribe solo.

[21](#) El género de mi obra: / Una novela de amor filosófica, / su heroína: la gramática, / a quien la razón pura corteja. / Ahora leo, por falta de nuevos libros, mi inconsciente. / Dios sabe qué saldrá de eso, / probablemente otro libro.

[22](#) Bajo el inmenso y estrellado cielo, / cavad mi fosa y dejadme yacer. / Alegre he vivido y alegre muero, / pero al caer quiero haceros un ruego. / Que pongáis sobre mi tumba este verso: / Aquí yace donde quiso yacer; / de vuelta del mar está el marinero, / de vuelta del monte está el cazador (*Poesía para los que leen prosa*, Miguel Munárriz [ed.], trad. de Javier Marías).

[23](#) Trad. de Josefina Vidal Morera.

Título original: *Rode regen*

Edición en formato digital: diciembre de 2011

© Cees Nooteboom, 2007

© De la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-849-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

La memoria como preludio	2
Murciélago	2
El jardinero sin jardín	2
Isla	2
Vecinos	2
Correo	2
Gallina	2
Freixura	2
El jardinero sin jardín	2
Intermezzo I	2
Encuentro con una mayúscula	2
Huellas	2
Lluvia roja	2
Primeros viajes	2
Solo o acompañado	2
El Gran Río	2
Gran Río	2
El rey de Surinam	2
Herbario	2
Turbulencias	2
Absentia y Ambré Solaire	2
Pseudoinfarto precoz	2
La espalda del viajero	2
Rembrandt Hotel	2
Pastor alemán	2
Intermezzo II	2
Un encuentro en Recanati	2
Entre mañana y ayer	2
El paraíso al borde del tiempo	2
El camino	2
El camino	2

Obras de Cees Nooteboom	2
Notas	145
Créditos	2